



En nuestro próximo *dossier* abordaremos el tema de las cárceles, en consonancia con el quincuagésimo aniversario del cierre de la Penitenciaría de Lecumberri como la temible prisión que fue para convertirse en el Archivo General de la Nación.

Grupo Proceso Pentágono, *Pentágono* [registro de la producción de la obra], 1977. Centro de Documentación Arkheia, MUAC (DGAV, UNAM). Forma parte de *Los grupos y otras revueltas artísticas* en el MUAC, exposición abierta hasta el 30 de agosto.

RM

#933: JUNIO 26
ISSN: 0185-1330
\$50 MXN

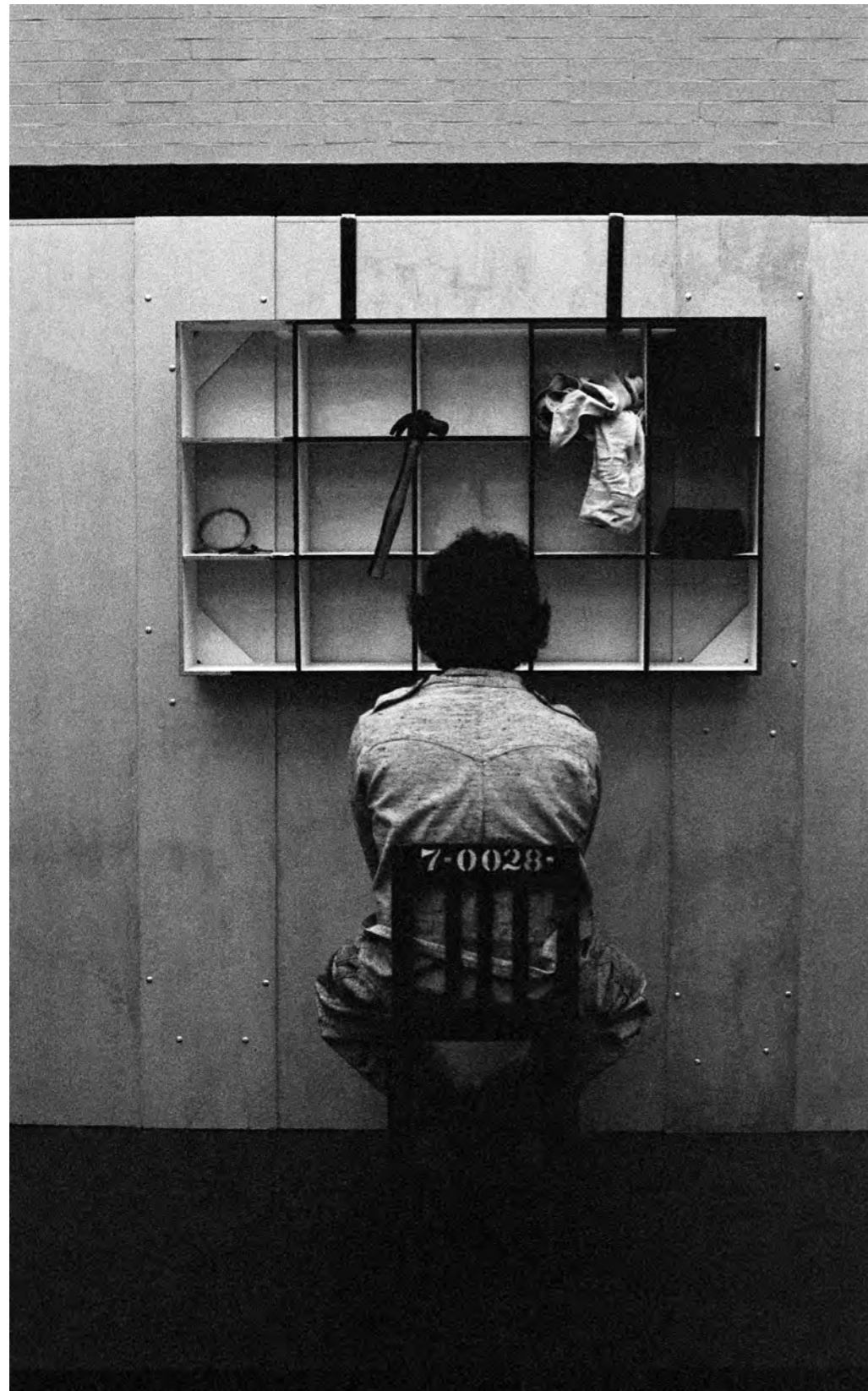
REVISTA
DE LA

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

CALOR LEONARDO PADURA YURI HERRERA JESÚS GARDEA
EVA HORN JULIA TAGÜEÑA PARGA ADRIANA VALLARINO
MONCADA AMELIA DE PAZ GABRIEL E. GARCÍA PEÑA ANIELA RODRÍGUEZ
ALEJANDRA MANJARREZ PABLO MOLINET GIANCARLO POMA SOFÍA GARNICA
ESTEVA RAFAEL LEMUS NORA DE LA CRUZ HORIZONTE UNIVERSITARIO HUGO CASANOVA
CARDIEL BITÁCORA LA PRIMERA EXPEDICIÓN MEXICANA A LA ANTÁRTIDA
ÁREA NATURAL PEDRO ÁLVAREZ ICAZA LONGORIA PERFIL SILVESTRE UN GORILA ALBINO

#933: CALOR

REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM



(002-003) EDITORIAL

094 RODRIGO CÍRIGO
Celsius sueña con manzanas

(004-109) DOSSIER

098 SOFÍA GARNICA ESTEVA
Reacciones febriles: de la culpa moral como síntoma

006 EVA HORN
La estética del calor. Para una historia cultural del clima en la era del calentamiento global

104 RODRIGO SALIDO MOULINIÉ
Escenas de agua y fuego: las fotografías de César Rodríguez

016 LEONARDO PADURA
Mario Conde, beisbol, la esquina y el calor

(110-135) PERIÓDICAS

022 YURI HERRERA
Dying declaration

112 (ÁREA NATURAL)
PEDRO ÁLVAREZ ICAZA LONGORIA
Sanarnos en la tierra: por una sociedad de los cuidados

026 GABRIEL E. GARCÍA PEÑA, YVONNE DÁVALOS DUNNIG Y JULIA TAGÜEÑA PARGA
Adaptarse a la complejidad del calor

118 (HORIZONTE UNIVERSITARIO)
HUGO CASANOVA CARDIEL
Las posibilidades de la autonomía

032 AMELIA DE PAZ
Días caniculares.
La Sicilia de Góngora

124 (BITÁCORA)
HUMBERTO BASILIO
Donde late el océano. La primera expedición científica de México a la Antártida

038 GIANCARLO POMA
Los aborígenes del apocalipsis

046 ISABELLA JIMÉNEZ ROBLES E ISRAEL RODRÍGUEZ NAVARRO
Barbas de oro: incendios de la caña en Jalisco

130 (PERFIL SILVESTRE)
AGUSTÍN B. ÁVILA CASANUEVA
Copito de Nieve: un gorila con el corazón tan blanco

052 ADRIANA VALLARINO MONCADA
¿Sobrevivirán mis crías a un calor cada vez más fuerte y duradero?

(137-155) CRÍTICA

056 CHRISTINA SOTO VAN DER PLAS
Los estratos alertas del incendio

138 RAFAEL LEMUS
La crítica en tiempos de poscrítica

062 RODRIGO GORDOA DE LA HUERTA
Viajeros y habitantes acalorados en el México del siglo XIX: experiencias y explotación

141 NORA DE LA CRUZ
Padre, perdóname porque he pecado de Sierra Simone

066 LEO MORENO
Calentamiento global. Historieta

143 DANTE SAUCEDO
Lugares de Georges Perec

072 DRUSILA TORRES ZÚÑIGA
Noche de 31°

146 CHRISTIAN MENDOZA
Los nombres de mi padre de Daniel Saldaña París

073 JESÚS GARDEA
Poemas

150 MARIANA DEL VERGEL
Sol negro de Nicté Toxqui

074 ANIELA RODRÍGUEZ
Una ola de cálido silencio

153 MOISÉS ELÍAS FUENTES
"Oración por Marilyn Monroe": Ernesto Cardenal y la exterioridad del misticismo

078 ALEJANDRA MANJARREZ
Quemazón con notas de pimienta y habanero

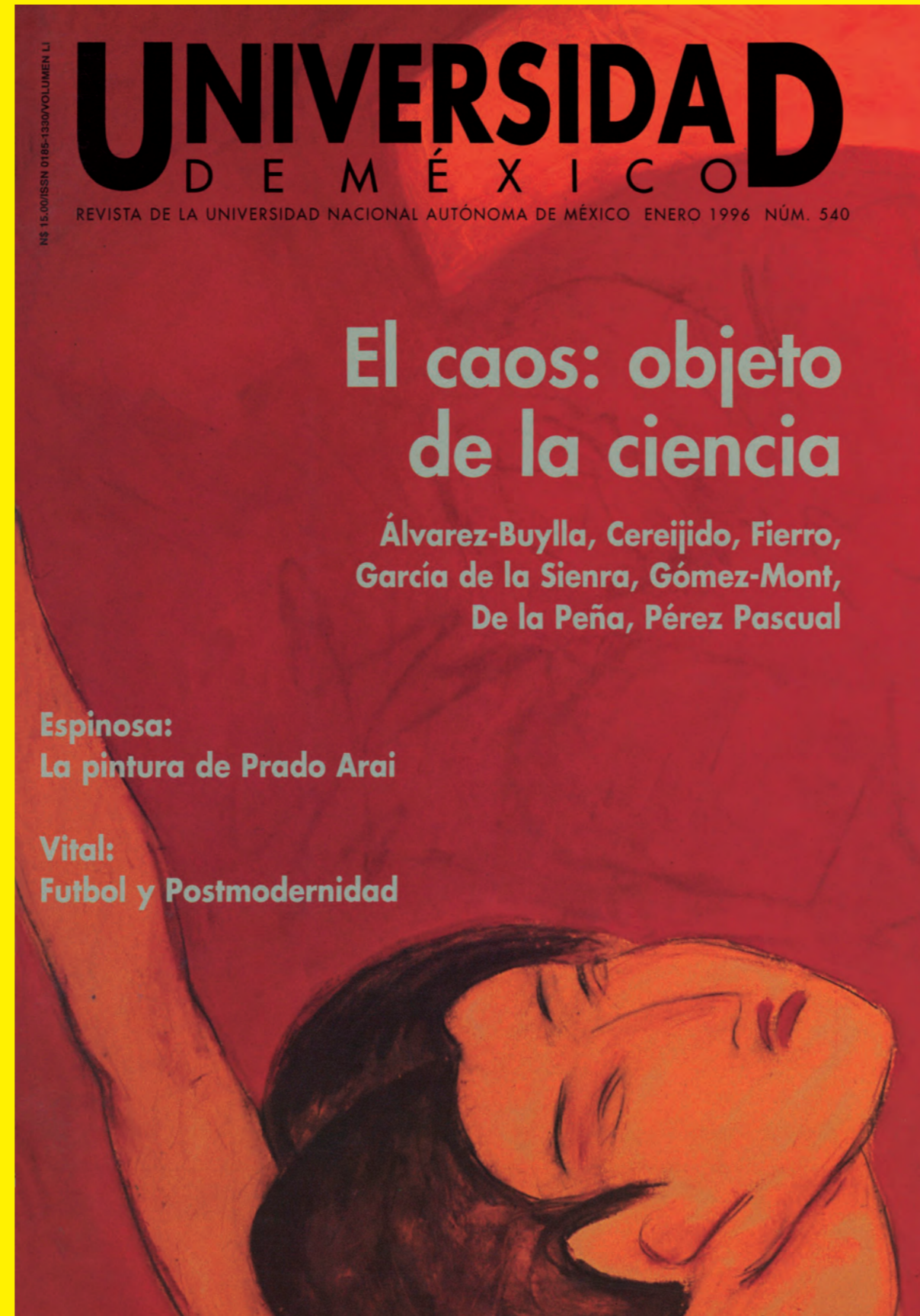
(156-159) COLABORADORES

086 PABLO MOLINET
Poemas

088 MARIANA MASTACHE MALDONADO
La Tierra ardiente: una crónica del calor que casi lo borra todo

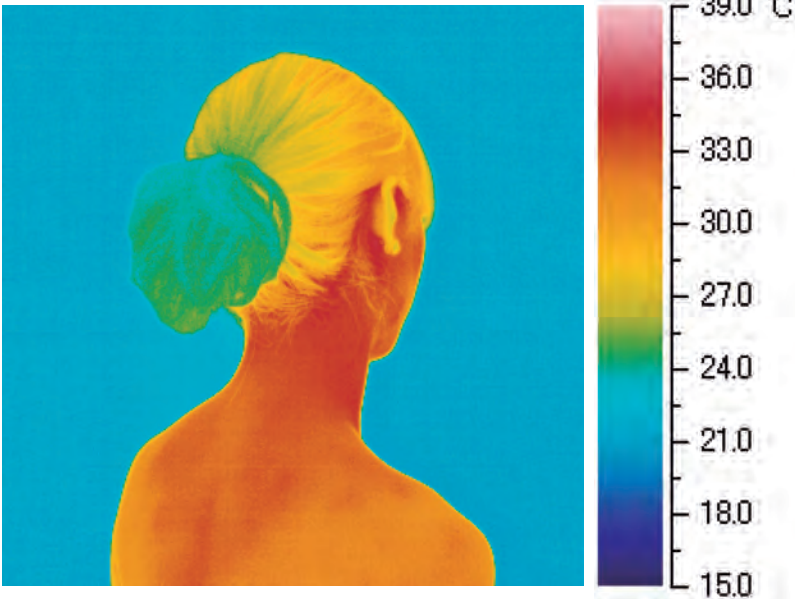
Portada de la *Revista de la Universidad de México* [entonces *Universidad de México*], núm. 540, enero de 1996.

Con la elección de este número de los años noventa recordamos a Julieta Fierro, quien escribió sobre caos y orden en la astronomía. En su artículo nos explica que, en el universo temprano, “la temperatura reinante era de millones de billones de grados”, algo inconcebible para quienes nos incomodamos con el calor veraniego de nuestros tiempos. Por su parte, Alberto Vital reflexionaba acerca del fútbol como un sustituto posmoderno de la épica, ya que, en este deporte, una persona cualquiera “tiene apenas noventa minutos para alcanzar el heroísmo o la ignominia”. Otro eco cálido en aquel número se halla en los encendidos tonos de la portada, obra de la artista mexicana-japonesa Namiko Prado Arai. En este mes de junio, caluroso y futbolero, invitamos a nuestros lectores a acercarse a estos y otros textos de este caótico número de nuestro archivo.



Ama rápido, me dijo el sol.
Y así aprendí, en su ardiente y perverso reino,
a cumplir con la vida:
yo soy el guardián del hielo.

JOSÉ WATANABE



La temperatura de nuestro planeta ha aumentado alrededor de 1.5 grados con respecto a la época preindustrial debido a la emisión de gases de efecto invernadero. Sin embargo, hace tiempo se dejó de hablar del calentamiento global y empezamos a oír de cambio climático. Para entender las repercusiones de esta sustitución, abrimos este *dossier* con un ensayo de Eva Horn sobre la estética del calor; la pensadora sostiene que éste resulta la mejor metáfora para transmitir “el trauma y el *shock*” del calentamiento global. Incluimos también una precisa y sofocante descripción literaria de Leonardo Padura: “El calor cae como un manto de seda roja, ajustable y compacto, envolviendo los cuerpos, los árboles, las cosas, para inyectarles el veneno oscuro de la desesperación”. En efecto, las lenguas de fuego en las zafras pueden ser hipnóticas, pero muy peligrosas, nos cuentan Isabella Jiménez e Israel Rodríguez en su crónica. Yuri Herrera recuerda la esclavitud en las calurosas plantaciones de Luisiana, mientras que Gabriel García Peña y Julia Tagüeña describen el ecosistema semiárido del valle de Tehuacán-Cuicatlán, que se encuentra amenazado por el monocultivo y la industria del mezcal. ¿Y qué pasará con las aves?, se pregunta Adriana Vallarino; si continúa el aumento de la temperatura, buena parte de las especies podría extinguirse. Respecto a nuestro futuro inmediato, el Programa de Investigación en Cambio Climático de la UNAM advierte que este verano experimentaremos los efectos del fenómeno El Niño con inusual intensidad: sequías, altas temperaturas e inundaciones. Y en la Antártida, el derretimiento del hielo puede afectar las costas del mundo entero. El periodista Humberto Basilio narra la primera expedición de México al continente blanco. En su crónica, los científicos que hicieron este viaje advierten sobre los efectos que el calentamiento global está provocando en el polo sur y que, eventualmente, devastarán la vida en los mares y en la tierra. Ante la necesidad, en este contexto, de proteger la biósfera, inauguramos la sección Área Natural con un texto del titular de la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas, Pedro Álvarez Icaza Longoria, en el que nos urge a asumir colectivamente nuestra responsabilidad con el resto de la vida en la Tierra.

Amy Lai, de la serie *Portraits*, Londres, 2008.
Fotografía de 320 x 240 píxeles con cámara termográfica de Kenji Hirasawa [izquierda] y su escala de temperatura [derecha]. © Del artista.

DOSSIER

PP.006-015 EVA HORN PP.016-021 LEONARDO PADURA
PP.022-025 YURI HERRERA PP.026-031 GABRIEL E. GARCÍA PEÑA,
YVONNE DÁVALOS DUNNIG Y JULIA TAGÜEÑA PARGA
PP.032-037 AMELIA DE PAZ PP.038-045 GIANCARLO POMA
PP.046-051 ISABELLA JIMÉNEZ ROBLES E ISRAEL RODRÍGUEZ NAVARRO
PP.052-055 ADRIANA VALLARINO MONCADA
PP.056-061 CHRISTINA SOTO VAN DER PLAS
PP.062-065 RODRIGO GORDOA DE LA HUERTA PP.066-071 LEO MORENO
P.072 DRUSILA TORRES ZÚÑIGA P.073 JESÚS GARDEA
PP.074-077 ANIELA RODRÍGUEZ PP.078-085 ALEJANDRA MANJARREZ
PP.086-087 PABLO MOLINET PP.088-093 MARIANA MASTACHE MALDONADO
PP.094-097 RODRIGO CÍRIGO PP.098-103 SOFÍA GARNICA ESTEVA
PP.104-109 RODRIGO SALIDO MOULINIÉ

(004-109)

Las investigaciones llevadas a cabo en la UNAM y en otras instituciones nacionales e internacionales [...] nos permiten ver que el cambio climático global ya ha superado, por lo menos temporalmente, el umbral de los 1.5 °C en periodos recientes y tanto las observaciones

como las indican que en el cambio acelerando. país, la tasa miento es



proyecciones la velocidad se está

En nuestro de calenta- mayor que la

del promedio global [...]. El principal reto climático de México hoy no es sólo reducir emisiones, sino evitar daños.

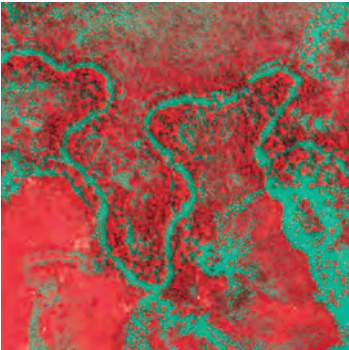
Boletín del Programa de Investigación en Cambio Climático, 11 de febrero de 2026

EVA HORN

La estética del calor.

Para una historia cultural del clima en la era del calentamiento global

Traducción del inglés de Marén García



CALENTAMIENTO GLOBAL: EL HIPEROBJETO Y LA HIPERMETÁFORA

A fin de transmitir un sentido de urgencia respecto a la transformación ecológica del planeta, quienes han escrito en los últimos años sobre el clima antropogénico han tendido a recurrir a una sensación muy familiar: el calor.¹ Éste parece ser la traducción sensorial de una amenaza, en libros como *Feeling the*

1 George Monbiot, *Heat. How We Can Stop the Planet from Burning*, Allen Lane, Londres, 2006; Jim Motavalli (ed.), *Feeling the Heat. Dispatches from the Front Lines of Climate Change*, Routledge, Londres, 2004; A. Barrie Pittock, *Climate Change: Turning Up the Heat*, Routledge, Londres, 2005.

*Heat*² [Sintiendo el calor] y *Beating the Heat*³ [Venciendo el calor]. Aunque el tema del calor como sensación sofocante está prácticamente ausente de los libros que lo ostentan en sus títulos, la metáfora térmica ha sido de vital importancia para cualquier política relacionada con el cambio climático. Si μεταφορεῖν (metaphorein) significa “trasladar o transportar”, el calor, en este caso, es una metáfora que traslada una cuestión fáctica a una preocupante, de la ciencia a la política. De hecho, “cambio climático” parece un eufemismo para un proceso mucho más dramático: el hecho de que —entre muchas otras crisis ambientales— las temperaturas globales se están elevando.

Timothy Morton, por ejemplo, expone esta lógica del eufemismo cuando explica por qué se rehúsa a emplear el término “cambio climático” en su libro:

A lo largo [de mi libro] lo llamaré *calentamiento global* y no *cambio climático*. ¿Por qué? [...] “Cambio climático”, como sustituto [de lo que debería llamarse “*cambio climático como resultado del calentamiento global*”], le permite a la razón cínica (tanto de la derecha como de la izquierda) afirmar que “el clima siempre ha estado cambiando”, lo que a mis oídos suena como cuando se usa el argumento fatuo “la gente siempre se ha matado entre sí” para no controlar la venta de ametralladoras.⁴

2 Ian Bailey y Hugh Compston (eds.), *Feeling the Heat. The Politics of Climate Policy in Rapidly Industrializing Countries*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2012.

3 John J. Berger, *Beating the Heat. Why and How We Must Combat Global Warming*, Berkeley Hills Books, Berkeley, 2000.

4 Timothy Morton, *Hyperobjects. Philosophy and Ecology After the End of the World*,

Al comparar el discurso en torno al cambio climático/calentamiento global con las justificaciones en favor de la venta descontrolada de armas, Morton propone una retórica de la urgencia y del trauma como condición necesaria para politizar el tema:

Lo que necesitamos urgentemente es un nivel adecuado de conmoción y ansiedad ante un trauma ecológico específico —desde luego, *el* trauma ecológico de nuestra era, aquello que define al Antropoceno como tal.⁵

La metáfora del calor no sólo está ahí para conmocionarnos al punto de generar consciencia y acción política, sino que también funciona como el fundamento oculto del punto central de Morton: el concepto del hiperobjeto. Los hiperobjetos, argumenta, tales como el cambio climático, el material radioactivo, las partículas omnipresentes de poliestireno o plástico y otras entidades perjudiciales y ontológicamente extrañas fabricadas por el ser humano, son objetos que evaden la percepción y la conceptualización debido a la manera en que se distribuyen en el tiempo y el espacio. Para él, el calentamiento global —por su elusividad y omnipresencia— es *el* “hiperobjeto” por excelencia: invisible, apenas calculable, que no consiste en una entidad materialmente asible, sino en un entramado vasto y complejo de efectos interobjetuales e interrelaciones. El carácter “hiper” del calentamiento global como hiperobjeto sólo se puede expresar mediante la metáfora térmica del calor: una cualidad ineludible

University of Minnesota Press, Minneapolis, 2013, p. 8.

5 *Ibid.*, pp. 8-9.

de las atmósferas en las que los cuerpos pueden estar atrapados, una amenaza a la vida orgánica y, finalmente, un estado físico de entropía creciente.

La metáfora térmica también puede funcionar como marca distintiva para identificar amigos y enemigos en la batalla política sobre cómo lidiar con la crisis ecológica actual. En una conversación con el fallecido sociólogo Ulrich Beck, Bruno Latour lanzó una declaración de enemistad casi schmittiana hacia todos aquellos que hablan tibiamente de “cambio climático” en lugar de “calentamiento global”. Los equipara con los “escépticos del cambio climático” que niegan el papel que ha tenido el ser humano: “La decisión es brutalmente clara: o haces una distinción entre amigos y enemigos, y entras en la arena política, o te abstienes de librar guerras y de tener enemigos, y le das la espalda a la política”. A quienes hablan de “cambio climático” los considera enemigos, una especie radicalmente distinta:

Viven en un mundo diferente del mío, y viven en un mundo que está siendo destruido. Se están apropiando de mi tierra. El hecho de que esta tierra no se defina como una nación no significa que ello no sea una usurpación. Para decirlo sin rodeos: ellos son humanos, yo soy gaiano.⁶

Hablar de “calor” y no sólo de “cambio” parece ser esencial al momento de lidiar con la epistemología, la política y la ontología de lo que se puede sintetizar con el término geológico “Antropoceno”, el hecho de que el ser humano

está dejando su huella indeleble en la superficie del planeta. En este caso, el calor es más que una metáfora que transmite la sensación física de un conjunto de procesos hipercomplejos, aunque impalpables, de destrucción ecológica. De un modo muy similar al de los hiperobjetos de Morton, el calor en este contexto se convierte en una *hipermetáfora*: no sólo evoca una dimensión de la percepción sensorial carente en el término “cambio climático”, sino que también genera afectos —la “conmoción y el trauma” de un mundo vital que está cambiando dramáticamente—. Aunque no podemos sentir el calentamiento global en la piel, necesitamos *sentirlo* aquí y ahora o que se nos haga *sentirlo sensorial y afectivamente*. La metáfora del calor busca transmitir una sensibilidad fenoménica ante un proceso misterioso, complejo e irrepresentable que excede nuestras categorías perceptivas y cognitivas.

Este afecto tiene un efecto político. Al tiempo que seguimos debatiendo la transición de las economías occidentales ricas hacia la neutralidad carbónica, nos enfrentamos también a problemas cada vez mayores de “justicia climática” en los países asiáticos y africanos que aseguran que reducir los gases de efecto invernadero obstaculiza de forma injusta sus posibilidades de desarrollo económico. Atrapados en las grietas políticas de estos debates sobre el costo-beneficio en Occidente y en el deseo de un estilo de vida occidental en otras partes, la hipermetáfora térmica quizá transporta un afecto de trauma y ansiedad, pero también transmite la sensación de que se está redefiniendo la unión del ser humano como especie, incluso la de todos los organismos vivos. ¿Acaso no somos todos cuerpos que sufren de calor? ¿Y acaso el calor no sólo está afectando las vidas humanas y los estilos de vida,

6 Sabine Selchow, “Erderwärmung als Politikum. Die Apokalypse duldet keinen Sachzwang. Ein Gespräch mit Ulrich Beck und Bruno Latour”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 14 de mayo de 2014.

sino también a todas las demás especies? En este sentido, el calor podría ser un común denominador que vincule las vidas humanas a todo lo que está vivo y no es humano, pero que igualmente sufre el impacto del aumento de las temperaturas y los niveles del océano. Así, la metáfora del calor puede ayudar no sólo a comprender la urgencia del problema, sino también a *volver a dar forma a la comunidad* de aquellos implicados. En palabras de Bruno Latour:

Quizá la tarea no consista en “liberar a la climatología” del peso indebido de la influencia política. Por el contrario, se trata de seguir los hilos con que los climatólogos han construido los modelos necesarios para poner en escena a la Tierra en su conjunto. Con esta lección en mente, comenzamos a imaginar cómo hacer lo mismo en nuestros esfuerzos por *ensamblar un cuerpo político capaz de asumir la responsabilidad que le corresponde por el estado cambiante de la Tierra*. Después de todo, esta mezcla de ciencia y política es precisamente lo que encarna la propia noción de Antropoceno: ¿Por qué seguir intentando separar lo que los propios geólogos —personas serias, si las hay— han entrelazado?⁷

Llamar metáfora al “calentamiento global”, sin embargo, no significa que sólo sea una metáfora. Con esto no pretendo desestimar la metáfora térmica, sino apuntar a que ni siquiera es posible

abordar el cambio climático *sin recurrir a las metáforas*. Esto incluye también sus frutos estéticos, como las imágenes, los símbolos, los imaginarios y las ficciones. El cambio climático y otras dimensiones de la crisis del Antropoceno, por su naturaleza abstracta, requieren una traducción a tropos visibles, sensibles e imaginables para poder penetrar con eficacia a los terrenos de la consciencia colectiva y del debate político. Como declaró el filósofo Hans Blumenberg, la inevitabilidad epistémica de la metáfora muestra su dimensión eminentemente política de forma más clara en el caso del calentamiento global.⁸ ¿Cómo podemos analizar esta hipermetáfora ineludible? Desde luego, cuando nos referimos al calentamiento global, no lo estamos desestimando como “*mera metáfora*”. Por el contrario, Blumenberg ha señalado que algunos conceptos cruciales de la filosofía occidental, de hecho, son “metáforas absolutas”, metáforas que no tienen *proprium* conceptual y no se pueden reducir al lenguaje conceptual abstracto. La función esencial de la metáfora en el pensamiento es llenar un “vacío conceptual que sólo la imaginación puede llenar”.⁹ Por lo tanto, una lectura “metaforológica” de la metáfora térmica significaría explorar las implicaciones imaginarias que ésta transmite, su historia y su impacto epistémico.

[...]

7 Bruno Latour, “Waiting for Gaia. Composing the common world through arts and politics”, conferencia en el French Institute, Londres, 8 de noviembre de 2011.

8 Hans Blumenberg, “Ausblick auf eine Theorie der Unbegrifflichkeit” [1979], en H. Blumenberg, *Ästhetische und metaphorologische Schriften* (Anselm Haverkamp, ed.), Suhrkamp, Frankfurt, 2001.

9 H. Blumenberg, *Theorie der Unbegrifflichkeit* (Anselm Haverkamp, ed.), Suhrkamp, Frankfurt, 2007, p. 74.

LA ESTÉTICA DEL CALOR

Físicamente, el calor presenta un reto particular, es una condición mucho más poderosa, mucho más invasiva que el frío, del que el cuerpo puede protegerse fácilmente mediante la contracción muscular, el arropamiento y la vivienda. Del calor no se escapa tan fácilmente. En la tradición de una antropología del clima (determinista o no, colonial o poscolonial), el calor se percibe como el epítome de la influencia climática en toda regla, un clima que moldea radicalmente al ser humano y a la cultura. El frío es externo a los cuerpos humanos que (en un estado sano) mantienen una temperatura de 36 °C. Nos hace contraernos en nosotros mismos, lo que a cambio brinda más libertad de movimiento, moderación y control —en otras palabras: una mayor independencia del entorno que nos rodea—. Como influencias térmicas sobre los cuerpos y las culturas, el calor y el frío no sólo son valores gradualmente diferentes en el termómetro. Son *cualitativamente* diferentes. El frío aísla al cuerpo de su entorno, el calor hace que se funda con él, que se abra a él. El calor trasciende e infunde al cuerpo. Mientras que el frío permite distancia, autorreflexión y objetividad, el calor detona apatía y relajación, pero también, como lo sugiere el fisiólogo y psicólogo Willy Hellpach, tiende a facilitar la interacción social y la comunicación. Nos hace abrirnos tanto al entorno natural como al social. El calor nos involucra, por decirlo de algún modo, con el mundo a nuestro alrededor debido a que agudiza nuestros sentidos al punto del exceso de sensibilidad. Nuestra imaginación se intensifica. Nuestros cuerpos se suavizan y se derriten ante los apetitos sensoriales y sexuales que el calor estimula.

Aunque la mayoría de los autores que examinan las influencias de la tem-

peratura en los cuerpos humanos favorecen los “climas templados” —en los que generalmente viven— o entonan alabanzas sobre los efectos vigorizantes de los climas fríos, con el auge del viaje moderno y del turismo a países tropicales, los climas cálidos se han ganado la simpatía del público e incluso se han vuelto un objeto de fascinación. Lo que antes era visto como el carácter nocivo de las zonas tropicales ahora se ha vuelto su atractivo: la naturaleza exuberante, los cuerpos exóticos, el estilo de vida “relajado” del sur, la estimulación erótica, etc.¹⁰

Michael Taussig, uno de los pocos etnógrafos que abordó el calor como la condición casi ineludible de la investigación antropológica en países tropicales, esboza una teoría del calor como fuerza para transformar la percepción y la consciencia.

El calor es una fuerza que, como el color, hace a un lado el razonamiento en favor de algo menos consciente y más desbordante, resplandor en lugar de línea, inmanencia en lugar de la célebre vista aérea. A medida que nuestro planeta se calienta y los trópicos se expanden, ¿no es posible crear no sólo un nuevo cuerpo humano, sino un nuevo tipo de consciencia corporal, tanto en las regiones templadas como en las tropicales?, ¿una consciencia que vuelva a conectar el cuerpo con el cosmos?¹¹

10 Catherine Cocks, “The Pleasures of Degeneration. Climate, Race, and the Origins of the Global Tourist South in the Americas”, *Discourse*, vol. 29, núm. 2 y 3, primavera-verano, 2007, pp. 215-235.

11 Michael Taussig, *My Cocaine Museum*, University of Chicago Press, Chicago, 2004, p. 31.

Al sugerir que simplemente nos rindamos a la intensidad y a la facultad para abrir nuestra mente que posee el calor, Taussig toca el punto medular de su impacto. La fuerza penetrante del calor nos permite comprender cómo el clima transforma al ser humano, no sólo su cultura, su pensamiento, su eficiencia laboral y su mentalidad, sino, de forma más radical, las condiciones mismas de su relación con el mundo. El calor irradia, penetra y transforma la materia sólida, con lo que disuelve las líneas y fronteras definidas. Emanada de la atmósfera hacia los cuerpos y las cosas, se adhiere a los objetos, distorsiona nuestra visión, intensifica los sentimientos. El calor es, en cierto modo, la sensación corporal de lo que Morton describe como la “viscosidad” del hiperobjeto. Argumenta que los hiperobjetos siempre están muy cerca de ser percibidos. No se prestan a un tipo de cognición distanciada y reflexiva. Siempre estamos inmersos en ellos, al igual que ellos están inmersos en nosotros:

El calentamiento global [...] es viscoso. Nunca deja de adherirse a ti, sin importar en qué lugar de la Tierra te muevas. [...] El objeto ya está ahí. Antes de que lo veamos. El calentamiento global no existe en función de nuestros dispositivos de medición. No obstante, debido a que está distribuido por toda la biósfera y más allá, es muy difícil verlo como una entidad única.¹²

El calor, dicho de otro modo, es la cualidad de algo que no tiene cualidades, y sin embargo es una cualidad que desafía los términos y condiciones de la percepción en sí misma. No permite ver

el calentamiento global desde una vista aérea, percibirlo a la distancia ni comprenderlo por medio de la cognición. El calor debe ser sentido, como un afecto. El calor podría sólo ser un afecto.

¿Cómo se podría representar el calor, hacer que se sienta? Podemos observar gráficas de las temperaturas en aumento, pero eso no ayudará mucho —como aconsejan los libros sobre el calentamiento global— a “sentir el calor”. ¿Cómo podemos “sentir” el calor más allá de su inminente presencia? ¿Qué apariencia, textura, sonoridad o sabor tendría una estética del calor? ¿Qué revelaría de él? Ofreceré ejemplos que se desprenden de tres posibles semilleros de una estética del calor: la literatura colonialista, la ciencia ficción y el arte contemporáneo. Son tres modos de “invención” imaginativa del calor que revelan algunas de las implicaciones de su impacto en los cuerpos, las mentes y las comunidades.

Mi primer ejemplo es un pasaje de la novela *Tropen* [Los trópicos], del escritor expresionista austriaco Robert Müller, publicada en 1915. *Tropen* es un relato espeluznante, con un ligero toque surrealista, sobre tres hombres que viajan a la selva entre Venezuela y Brasil en una travesía marcada por la violencia, los sueños, los planes utópicos y el deseo por una enigmática mujer indígena llamada Zana. Müller, quien probablemente nunca visitó los trópicos y es posible que haya pasado el tiempo en cuestión en un hospital psiquiátrico, está influido por la literatura colonial, de manera más evidente por *El corazón de las tinieblas* de Conrad. Repite todos los lugares comunes que existen sobre los trópicos en la narrativa de ficción colonial y en los relatos de viaje: la holgazanería y la lujuria que detonan la humedad y el calor sofocante del aire, la frondosidad y el antropomorfismo de la vegetación y

12 T. Morton *Hyperobjects...*, op. cit., p. 45.

el paisaje, y la regresión a etapas más hon-
das y primitivas de la consciencia. Cuan-
do los hombres son conducidos corrien-
te arriba por el río ficticio Taquado, en
medio de un abrasador calor blanco, el
narrador, en un estado semiconsciente,
comienza a contemplar:

Todo esto ya lo había vivido antes.
Estas aguas suaves y fatigadas ya
habían corrido a mi alrededor.
Esta luz ilusoria, este dulzor, este
estado de ánimo, este amanecer
de lo indecible no eran nuevos,
encontraban eco en la memoria
del ser humano, eran una
repetición. [...] Hacía calor, ja,
calor, el río podría haber estado
cruzando la línea ecuatorial [...].
Quizá sólo soy uno de los líquenes
que dan vueltas extrañas en el
agua, uno con cerebro, un cerebro
enfermo y malvado [...]. Los
brazos robustos de las lianas
abrazaban los árboles colgantes y
alimentaban un séquito de flores
de mirada lasciva. Las orquídeas
esparcían sus pequeñas y gruesas
trompas entre los nudos formados
por las hojas [...]. En las
profundidades de mi consciencia,
en la montaña de donde provengo,
dormitaba un estado de ánimo
desde la prehistoria de millones
de seres vivos; el amamantar y
abrevar maternas del río, la
favorable calma del ocio, habían
complacido mi instinto básico [...].
Quizá entre la vida circundante y
yo no sólo exista una afinidad
metafísica, sino también una
extraordinaria afinidad
plenamente material [...]. Soy un
paisaje tropical mejorado.
Dondequiera que vaya y esté, llevo
conmigo una temperatura normal
de 36 grados, una exuberante

efusión de jugos, una vegetación
de cálido esplendor.¹³

El narrador de Müller presenta el
calor como un medio de regresión: di-
suelve el ego y lo conduce de vuelta a
etapas previas de su existencia. Pero lo
más impactante de este pasaje es cómo
se difuminan los bordes entre el obser-
vador y la naturaleza circundante o, de
manera más precisa, la instancia cogni-
tiva. Inmerso en la contemplación de la
selva tropical, de pronto se percibe a sí
mismo no sólo como parte de ella, sino
como si fuera el propio paisaje. Él es el
paisaje invertido, un biotopo tropical a
una temperatura estable de 36 °C, una
“exuberante efusión de jugos, una ve-
getación de cálido esplendor”. En la vi-
sión ficcional del calor de Müller, quien
percibe y lo percibido colapsan en un
mismo flujo productivo o en una sola
masa informe, pero además el narrador
se sumerge en el tiempo profundo de
su ontogénesis —el feto que flota en las
aguas nutricias del útero— y en el tiem-
po más profundo del origen de la vida
misma. Regresa a un mundo de líquidos
y células, moléculas y temperaturas, a la
“prehistoria de millones de seres vivos,
el amamantar y abrevar maternas del
río”.¹⁴ El calor y la humedad son el me-
dio de la filogénesis, pero un estado de
mera potencialidad, en su origen, espe-
cies que aún no se han formado. El calor
abre un camino hacia este mundo pri-
mordial —y con ello quizá hacia la “con-
sciencia corporal [...] que vuelva a conec-
tar el cuerpo con el cosmos” de Taussig—.
Los trópicos ficcionales de Müller abren
un mundo prehistórico, un viaje de re-
greso a los pasados insondables de la

13 Robert Müller, *Tropen. Der Mythos der Reise. Urkunden eines deutschen Ingenieurs* [1915], Reclam, Stuttgart, 1993, pp. 24-30.

14 *Ibid.*, p. 26.

vida orgánica, a la relación del individuo con su origen, a la prehistoria de las especies humanas y al devenir de la vida en general.

Si bien resuena asombrosamente con algunas de las apreciaciones del calor que Müller concibió cincuenta años antes, tomé mi segundo ejemplo de un género completamente distinto, la ciencia ficción —para ser más específica, de la imaginación sobre un mundo en un futuro de calentamiento global radical—. Dado que los últimos años son los más calientes de los que se tiene registro, la novela *El mundo sumergido* de James Graham Ballard, publicada en 1962 —y, por lo tanto, antes del descubrimiento científico del calentamiento global—, hoy se leería como una narración que ilustra la peor pesadilla del IPCC.¹⁵ La novela se sitúa en un mundo donde la intensificación de la radiación solar y el deterioro de la atmósfera han provocado un aumento drástico de la temperatura a nivel mundial. Los casquetes polares y los glaciares se derritieron casi por completo, lo que sumergió las grandes ciudades europeas en agua y sedimentos. Londres, donde sucede la novela, se convirtió en una laguna tropical; su flora y fauna se transformaron en la del periodo triásico. Hay helechos gigantes, insectos y reptiles enormes, mientras que los humanos, apenas cinco millones concentrados alrededor de los polos, son prácticamente los últimos mamíferos que sobreviven. Un biólogo, Kerans, permanece en la ciudad sumergida y pantanosa de Londres, mientras que casi todo el pequeño equipo militar y de investigación se refugia en las zonas más frescas al norte. Kerans se ve cada vez más atraído por la atmósfera de esta naturaleza en fuerte transformación. Las

especies involucionan hacia formas de vida paleozoicas adaptadas a las temperaturas del Triásico, el reloj comienza a ir hacia atrás, los humanos tienen sueños intensos que suceden en el tiempo profundo de la paleohistoria. A medida que el calor y el ritmo acelerado de mutación causados por el aumento de la radiación transforman la naturaleza, la novela desarrolla una teoría del tiempo como clima, y del clima como tiempo. Los cambios en el mundo físico van de la mano de cambios profundos en el mundo psíquico. Un personaje intenta comprender lo que sucede:

Al retroceder a través del tiempo geofísico, regresamos al corredor amniótico y nos desplazamos de vuelta por el tiempo vertebral y arqueofísico; reunimos en nuestro inconsciente el paisaje de cada época, cada una con un terreno geológico distinto, sus propias flora y fauna, tan reconocibles para cualquiera como lo serían para quien viajara en el tiempo con una máquina wellsiana.¹⁶

Al observar la metamorfosis de las formas de vida que lo rodean, Kerans “anhela descender a través del tiempo arqueofísico para llegar hasta su conclusión”, un estado anterior a la civilización, la individualidad e incluso al ser humano.¹⁷ Finalmente se dirige más hacia el sur, viajando en la máquina del tiempo del calor y escapando de la violencia errática de otro personaje, Strangman, quien intenta recuperar una forma extraña de civilización humana drenando el pantano en el que se ahoga Lon-

15 IPCC son las siglas en inglés del Panel Intergubernamental del Cambio Climático.

16 J. G. Ballard, *The Drowned World* [1962], Fourth Estate, Londres, 2014, p. 44.

17 *Ibid.*, p. 84.

dres. En la lógica de Ballard, el calor es una inversión del tiempo, una abertura al abismo de pasados planetarios, la memoria de una especie que conecta al individuo moderno con un tiempo profundo del desarrollo de la vida. El calor disuelve más que los límites del cuerpo y la división entre sujeto y objeto, entre observador y observado, como indica Müller: para Ballard, el calor pone al ser humano en relación con una prehistoria de la vida que trasciende la civilización humana y la consciencia. Es una fuerza posthumana que terminará por hacer que la especie desaparezca, tal como el protagonista de la novela, Kerans, quien al final se desvanece en la selva del sur.

Mientras que Ballard y Müller aún describen el calor como una fuerza relativa a la naturaleza salvaje y tropical que termina por conseguir la victoria sobre la consciencia humana, mi tercer ejemplo es contemporáneo y ha eliminado cualquier alusión a la “naturaleza” o la “vida salvaje”. La instalación *The Weather Project* [El proyecto meteorológico] de Olafur Eliasson se montó en el atrio principal de la Tate Modern de Londres, el Turbine Hall, en el invierno del 2003. Aislados de un lóbrego invierno londinense, los visitantes veían un sol resplandeciente y cálido que brillaba desde un extremo de la nave de ciento cincuenta metros de largo hacia un espacio enorme y difuso; el techo los reflejaba como un espejo: una puesta en escena de un amanecer o atardecer tropical y vaporoso. Y, sin embargo, todo era artificial, un fenómeno creado por medio de la técnica en un espacio interior. Eliasson había instalado media esfera de luces amarillas de monofrecuencia, como la mitad de un sol que se reflejaba en una lámina de espejo colocada en el techo, formando una esfera completa. El vapor en el espacio, que intensi-

ficaba la atmósfera de calor, provenía de máquinas de humo.

En lugar de referirse al calor como una fuerza de la naturaleza, Eliasson retomó una iconografía del atardecer y recreó un fenómeno natural con medios técnicos de forma evidente. El vapor semitransparente que emanaba desde detrás del panel de luz con forma de sol reforzaba la sensación de calidez y unión. Los visitantes reaccionaron a esa atmósfera con una actitud de asombro y maravilla, pero pronto también empezaron a jugar con ella. Al darse cuenta de que la inmensa altura del techo del edificio en realidad era un reflejo, comenzaron a recostarse en el suelo formando distintos patrones y a verse reflejados en aquel enorme espacio especular. Sus cuerpos acomodados en grupos estaban cocreando el espacio. El experimento de Eliasson promueve y pone en primer plano las relaciones sociales por medio de un clima artificial. Con ello explora la atmósfera como un fenómeno climático y social, y así conecta con la tradición de una antropología política. El clima es un factor social. El propio artista declaró que el objetivo de la instalación era superar la distancia modernista entre el espectador y la obra, además de permitir una inmersión en el arte, así como el cuerpo siempre está inmerso al hallarse en un espacio caluroso. Visto de este modo, el clima es muy semejante a la sociedad, un espacio de inmersión ineludible: “El clima ha sido un factor tan fundamental en la configuración de nuestra sociedad que se puede argumentar que todo aspecto de la vida —económico, político, técnico, cultural, emocional— está vinculado a él o es un derivado suyo”.¹⁸

18 Olafur Eliasson, “Museums Are Radical”, en *Olafur Eliasson: The Weather Project*, Susan May (ed.), catálogo de exhibición, Tate

A diferencia de Müller o Ballard, que presentan el calor como una fuerza de la *naturaleza* que establece una relación con el tiempo profundo de la vida, incluso más allá de la humana, Eliasson retoma el antiguo vínculo entre la sociedad y el clima. Construye técnicamente un clima que evoca un atardecer, el calor tropical y la bruma de aquella laguna vaporosa en la que se convierte Londres en el escenario de Ballard. Pero su construcción es más que transparente. Al enfatizar el carácter técnico y artificial de su representación visual y social del calor, la vuelve socialmente reflexiva: en la instalación de Eliasson, el calor no es un medio temporal, sino un medio de relaciones sociales, comunicación y reflexividad humana. Las instalaciones de Eliasson suelen evocar un espacio que ya no admite un “clima natural” ni una “vida salvaje” al margen del impacto humano. En su instalación del 2003, Eliasson traslada una estética del calor, que Müller y Ballard sólo podrían analizar y contemplar como un estado natural, hacia el mundo posnatural del calentamiento global. Las cuestiones fácticas y las cuestiones preocupantes ya no pueden estar separadas. Las “divisiones viejas y desgastadas entre lo salvaje y lo domesticado, lo privado y lo público, lo técnico y lo orgánico”, escribe Bruno Latour a propósito de *The Weather Project*, “quedan sencillamente ignoradas y reemplazadas por un conjunto de experimentaciones en torno a las condiciones que nutren nuestras vidas colectivas”.¹⁹

Entonces, ¿qué podría ser una estética del calor? ¿Qué es el calor, en términos estéticos, en la era del calentamiento global? ¿Qué es el cambio cli-

mático, una entidad natural o cultural? ¿Y cómo es que el calor podría llevarnos a experimentar fenomenológica y estéticamente este entrelazamiento ineludible y misterioso entre la naturaleza y la cultura? El calor saca a la superficie la coherencia indivisible, inobjetivable y “viscosa” de la vida —una vida a la que la humanidad pertenece, pero sin ocupar un lugar exclusivo—. Como cualquier otra especie, el ser humano está formado por esta materia viviente, que a su vez forma y transforma; está sujeto al calor —si bien, un calor que ya no es sólo un fenómeno “natural”—. Es posible que, por lo tanto, comprender el clima profundamente alterado del Antropoceno sea una tarea que necesariamente involucre una nueva mirada hacia las transformaciones recíprocas entre humanos, climas y culturas. Implica volver a situar al ser humano en un tiempo profundo de la historia climática, del surgimiento y de la evolución de la vida. Significa concebir el clima como un “hecho cultural”, una parte de la naturaleza con una carga simbólica y social. Conlleva explorar los imaginarios climáticos que las culturas han creado. Por lo tanto, cualquier antropología histórica del clima debe recurrir a obras de arte, a la ficción, a los extraños imaginarios de los cerebros sobrecalentados de los artistas. “A medida que el planeta se calienta”, como plantea Taussig, una vía posible para repensar el entrelazamiento inexorable entre el ser humano y la naturaleza podría ser una estética del calor. ¶¶

Este ensayo fue publicado originalmente en la revista *Metaphora. Journal for Literature Theory and Media* (ed. invitado Hannes Bergthaller), Edited Volumes 2, Climate Change, Complexity, Representation, 2017. Se reproduce esta versión abreviada con el permiso de la autora.

19 Modern, Londres, 2003.
Bruno Latour, “Atmosphère, Atmosphère”, *ibid.*, p. 30.

LEONARDO PADURA

Mario Conde, beisbol, la esquina y el calor

El calor es una plaga maligna que lo invade todo. El calor cae como un manto de seda roja, ajustable y compacto, envolviendo los cuerpos, los árboles, las cosas, para inyectarles el veneno oscuro de la desesperación y la muerte más lenta y segura. Es un castigo sin apelaciones ni atenuantes, que parece dispuesto a devastar el universo visible, aunque su vórtice fatal debe haber caído sobre la ciudad hereje, sobre el barrio condenado. Es el martirio de los perros callejeros, enfermos de sarna y desamparo, que buscan un lago en el desierto; de esos viejos que arrastran bastones más cansados



Sergio Hernández, monotipos de la serie *Béisbol*, 2026. Todas las imágenes son cortesía del artista.

que sus propias piernas, mientras avanzan contra la canícula en su lucha diaria por la subsistencia; de los árboles antes majestuosos, ahora doblegados por la furia de los grados en ascenso; de los polvos muertos contra los contenes, añorantes de una lluvia que no llega o un viento indulgente, capaces de revertir con su presencia aquel destino inmóvil y convertirlos en lodo o en nubes abrasivas o en tormentas o en cataclismos. El calor lo aplasta todo, tiraniza al mundo, corroe lo salvable y despierta sólo las iras, los rencores, las envidias, los odios más infernales, como si su propósito fuera provocar el fin de los tiempos, la historia, la humanidad y la memoria... ¿Pero cómo puede hacer tanto calor, coño?, susurró mientras se quitaba los espejuelos oscuros para secar el sudor que le ensuciaba la cara y escupía hacia la calle una saliva gruesa y escasa que rodó sobre el polvo demasiado sediento.

El sudor le ardía en los ojos y el teniente Mario Conde miró hacia el cielo, para clamar por la piedad de alguna nube propicia. Y fue entonces que los gritos de júbilo atraparon su cerebro. Volaban trayendo

una algarabía densa, de coro ensayado, que se expandió como si hubiera brotado de la tierra y se deslizara contra el calor de la tarde, se irguiera por un momento sobre el rugido de los autos y los camiones que corrían por la Calzada, y se abrazara taimadamente a la memoria del Conde. Pero sólo al llegar a la esquina, los vio: mientras un grupo festejaba, saludándose con palmadas y más gritos, otros discutían, también en voz alta y con caras de buenos enemigos, culpándose mutuamente por la misma razón por la que los otros eran tan felices: éstos perdieron y aquéllos ganaron, concluyó con facilidad cuando se detuvo a mirarlos. Había muchachos de



varias edades, entre los doce y los dieciséis, de todos los colores y de todas las trazas, y el Conde pensó que si alguien como él, veinte años antes, se hubiera parado en esa misma esquina del barrio al escuchar una algarabía similar, hubiera visto exactamente lo que él veía: muchachos de todos los colores y todas las trazas, sólo que ése, el que más discutía o festejaba, seguramente hubiera sido el Condesito, el nieto de Rufino el Conde. De pronto se respiraba la ilusión de que allí no existiera el tiempo, porque aquella bocacalle precisa había servido desde entonces para jugar a la pelota, aunque en ciertas temporadas apareciera, alevoso y traicionero, un balón de fútbol, o un aro de básquet clavado en el poste de la electricidad. Pero al poco tiempo la pelota —al bate, a la mano, al cuatro-esquinas, a los tres *rolling-un-fly* o la pared— volvía a imponerse, sin demasiadas controversias, sobre esas modas pasajeras: el beisbol los contagió, como una pasión crónica y el Conde y sus amigos la habían sufrido en proporciones virulentas.

A pesar del calor, las tardes de agosto siempre habían sido las mejores para jugar pelota en la esquina. La época de las vacaciones propiciaba que todo el mundo estuviera a toda hora en el barrio, sin nada mejor que hacer, y el sol sobreexcitado del verano permitía jugar hasta más allá de las ocho de la noche, cuando algún partido de veras lo merecía. Últimamente, sin embargo, el Conde había visto pocos juegos de pelota en la esquina. Los muchachos parecían preferir otras diversiones menos enérgicas y malolientes que ésta de correr, batear y gritar,

durante varias horas, bajo el sol calcinante del verano, y él se preguntaba qué harían los muchachos de ahora en las tardes largas de agosto. Ellos no: ellos siempre jugaban a la pelota, recordó, y recordó que de ellos ya no quedaban muchos en el barrio: mientras unos entraban y salían de la cárcel por delitos mayores y menores, otros se habían mudado a sitios tan disímiles como Alamar, Hialeah, Santiago de las Vegas, Union City, Cojímar o Estocolmo, y hasta tenían uno con billete sin vuelta hacia el cementerio de Colón: pobre Marquitos. Por eso, aunque quisieran y tuvieran fuerzas en las piernas y resistencia en los brazos para hacerlo, los de entonces ya nunca podrían organizar otro piquete de pelota, allí en la esquina: porque la vida había devastado aquella posibilidad, como tantas otras.

Cuando la discusión y el festejo terminaron, los muchachos decidieron celebrar otro partido y los dos líderes evidentes del grupo se dispusieron a escoger los jugadores de cada equipo para redistribuir las fuerzas y continuar la guerra en condiciones más equitativas. Entonces el Conde tuvo la idea: les pediría jugar. Se sentía macerado por las ocho horas de trabajo en la Oficina de Información de la Central de Policía, pero sólo eran las seis de la tarde y prefería no regresar aún al calor solitario de su casa. Lo mejor que podía hacer era ponerse a jugar pelota. Si lo dejaban.

Se acercó al grupo, que estaba alrededor de la tabla escogida como *home-plate*, y llamó al hijo del negro Felicio. Felicio fue uno de los que siempre jugó con él y por el tiempo que el Conde llevaba sin verlo, supuso que otra vez estaría preso. El muchacho era tan negro como su padre y había heredado también aquel olor a sudor, abrasivo y amargo, que el Conde conocía de memoria, pues él tenía la facultad de adquirirlo siempre que andaba con Felicio.

—Rubén —le dijo entonces al negrito, que lo miraba extrañado—, ¿tú crees que pueda jugar un rato con ustedes?

El muchacho siguió observándolo como si no lo hubiera entendido, y luego miró hacia sus amigos. El Conde pensó que se imponía una explicación.

—Hace tiempo que no juego y me dieron ganas de coger unas cuantas pelotas...

Entonces Rubén se acercó a los otros jugadores, para no cargar él solo





Se sentía macerado por las ocho horas de trabajo en la Oficina de Información de la Central de Policía, pero sólo eran las seis de la tarde y prefería no regresar aún al calor solitario de su casa. Lo mejor que podía hacer era ponerse a jugar pelota. Si lo dejaban.

el peso de la decisión. En este país es mejor consultarlo todo, pensó el Conde, mientras esperaba el veredicto. Las opiniones parecían divididas y el acuerdo demoró más de lo previsible.

—Está bien —dijo al fin Rubén, en su función de intermediario, pero ni él ni los otros parecían complacidos ante aquella concesión.

Mientras discutían la formación de los equipos, el Conde se quitó la camisa y dobló dos veces los bajos de sus pantalones. Por suerte, ese día no había llevado la pistola al trabajo. Puso la camisa sobre el muro de la casa donde había vivido el gallego Enrique —muerto él también, hacía diez, ¿veinte?, ¿mil años?—, y al fin le dijeron que era del equipo de Rubén y que iba a servir al campo. Pero, al verse rodeado de los muchachos, sin camisa como ellos, el Conde sintió la evidencia de que todo resultaba demasiado absurdo y forzado: percibía en la piel la mirada socarrona de los jóvenes y pensó que tal vez debían verlo como al primer misionero llegado a una tribu remota: era un extraño, con otras palabras y otras costumbres, y no le sería fácil integrarse a aquella cofradía que no lo había solicitado, ni lo quería, ni podía entenderlo. Además, todos aquellos muchachos debían saber que él era policía y, respondiendo a la ética ancestral del barrio, no les resultaría especialmente grato que otros los vieran en tales confianzas con el Conde, por muy amigo que hubiera sido de sus padres o hermanos mayores. Sí, había ciertas cosas que no cambiaban en la esquina.

Mientras los de su equipo avanzaban a cubrir sus posiciones, el Conde recogió su camisa y se acercó a Rubén. Quiso pasarle el brazo por los hombros, pero se contuvo al presentir el contacto de su piel con la capa de sudor que cubría al muchacho.

—Discúlpame, Rubén, pero me acordé de que me van a llamar por teléfono. Otro día jugamos —le dijo y se alejó hacia la Calzada, sintiendo que el sol, rojo, impío, ubicado ya a la altura de sus ojos, le quemaba el cuerpo y el alma. Sobre su cabeza pudo ver la espada en llamas que le indicaba la salida irreversible de aquel paraíso irremisiblemente perdido que había sido suyo, y ya no era ni volvería a ser. Si aquella esquina no le pertenecía, ¿quedaba algo bajo su título de propiedad? La lacerante sensación de ser ajeno, forastero, distinto lo envolvió con tanta fuerza que el Conde debió contenerse y aferrarse a las últimas virtudes de su orgullo para no echarse a correr. Y sólo entonces, al recuperar plenamente la conciencia del calor impropio para estar corriendo en la esquina, comprendió la razón pura por la que no habían querido aceptarlo: cómo no me di cuenta, estos cabrones están jugando dinero... ❧

YURI HERRERA

Dying declaration

Una caja de metal en los pantanos de Luisiana
Una caja de metal de no más de tres por siete por dos
Una caja de metal con puertas de barrotes rectangulares a los lados
Una caja similar a miles de cajas de otras plantaciones
Una cárcel
Una cárcel para gente que, aun fuera de ella, no era libre
Una cárcel para los que desobedecían o intentaban escapar
En verano, las temperaturas aquí llegan a sobrepasar los 35 grados centígrados
Eso, sin estar preso en una caja de metal.



Whitney Plantation
[instalaciones], 2026.
Fotografías de © Elsa Hahne.

De entre las más de 46 mil plantaciones que llegaron a ser la columna vertebral de la economía estadounidense en el siglo XIX, 375 han sido preservadas estructuralmente

La mayoría hoy son usadas como salones de fiestas, sobre todo para bodas, aunque también se rentan para degustaciones de vino, festivales, tours de Halloween

Una de ellas, en Houma, Luisiana, se anuncia como un “Disneylandia para adultos”

En las plantaciones en las que se llega a incluir información histórica, se relata cómo vivían los dueños: eran los tiempos del buen gusto y las buenas costumbres

En Carolina del Norte hay una plantación que utilizó mano de obra esclava para crear fuertes contra los abolicionistas; una ficha llama al esclavista que la poseía “un hombre del renacimiento”

El gusto, las costumbres y el humanismo de las plantaciones:

privación de la libertad desde el nacimiento, o como resultado de un secuestro,

trabajos forzados,
procreación forzada,
robo de salario (por generaciones),
explotación infantil,
torturas,
encarcelamiento,
ejecuciones sin juicio o con juicios sumarios.

Es en esta clase de lugar donde cada año miles de personas se engalanan para jurarse amor eterno

El equivalente a contraer matrimonio en Auschwitz, en la ESMA de Argentina, o en la prisión de Megido en la Palestina ocupada

Hay toda una tradición de este romanticismo

Lo que el viento se llevó es el ejemplo más célebre de cómo idealizar el sadismo: la plantación, escenario del romance y la armonía racial

Pero no es mera nostalgia idiota:

En la Asamblea General de las Naciones Unidas del 25 de marzo de 2026 se votó una resolución afirmando que la tra-



Woodrow Nash, *Los niños de la Whitney Plantation* [esculturas], 2014.

ta trasatlántica de esclavos ha sido el peor crimen cometido por la humanidad

Los únicos países que votaron en contra fueron Argentina, Estados Unidos e Israel

Europa entera se abstuvo, como si el asunto no le concerniera

Hay que escucharlos. Están diciendo: esa barbarie fue el justo precio a pagar por el éxito de la blanca civilización

Hay que escucharlos. Ésa es la grandeza a la que se refieren cuando dicen “great again”.

Existe, 45 minutos fuera de Nueva Orleans, una plantación que, a diferencia de los campos de tortura donde se casan algunos, ha sido conservada para preservar la memoria de las víctimas. The Whitney Plantation

Esta plantación, instalada por esclavistas alemanes a finales del siglo XVIII, se dedicaba originalmente al cultivo de plantas de índigo. Con la introducción de la caña de azúcar la plantación creció rápido, gracias al número cada vez mayor de gente “importada” de África

Después de la Guerra Civil, la plantación fue vendida a un capitalista estadounidense, y revendida una y otra vez, hasta que cerró en 1975

En 1975.

Las habitaciones que ocupaba la gente esclavizada siguen ahí; fueron utilizadas por la gente “no esclavizada” durante los más de cien años que la plantación continuó funcionando

A unos metros, está la celda de acero donde freían a los insumisos

No era una práctica bestial; por el contrario, era un uso racional del medio ambiente como herramienta de tortura

Es especialmente perverso que sea el calor la forma de tortura utilizada contra gente que, a diferencia de los invasores europeos, había aprendido a sobrevivir en esa clase de medio ambiente

La gente que trabajaba en la plantación no era mera fuerza de trabajo, sino individuos con habilidades para trabajar el campo, el metal, la madera, en condiciones adversas

Como hábiles también eran los pobladores originales a los que despojaron de esas tierras: los que entendían las variaciones del caudal del río y cómo adaptarse a una tierra en fluctuación constante.

La industria de las prisiones es, *junto* a la industria petrolera, una de las mayores fuentes de ingresos del estado de Luisiana

Luisiana es también uno de los estados de E. U. con mayor número de zonas de sacrificio

Zonas de sacrificio: áreas que “se vuelven” inhabitables, por la contaminación de industrias que no permiten ser reguladas

Corredores del cáncer
 Costas erosionadas
 Bosques desertificados
 No hay zonas de sacrificio en Zúrich
 No hay zonas de sacrificio en Manhattan
 Ni en Londres
 Ni en la Borgoña francesa
 Las zonas de sacrificio están en lugares habitados por gente “de color”
 Deben estar locos, ¿no? Si siguen ahí
 ¿Por qué no se van?
 ¿No tienen una casa en la playa?
 ¿No han oído hablar de Airbnb?
 ¿Por qué se quedan en una prisión a cielo abierto?

Quizá, piensan los civilizados, no se van porque saben que su destino, como el de sus tierras, es ser dominados
 Hay que escucharlos, a los civilizados.
 Hay que escucharlos y tomarlos en serio

Hay algo que han estado diciendo desde el principio de esta civilización agonizante de inmoralidad, aunque lo hayan dicho en acero

No lo dijeron tan claramente como lo hicieron los invasores españoles cuando, desde los barcos o en las lindes de los pueblos que iban a atacar, leían el *Requerimiento*

Un “documento legal” que explicaba el origen del mundo, quién era Dios, quiénes los reyes, y la obligación de someterse a ellos. En caso contrario:

“entraré poderosamente contra vosotros y os haré guerra por todas las partes y maneras que tuviere y sujetaré al yugo y obediencias de la iglesia y de sus Altezas y tomaré vuestras personas y las de vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos y como tales los venderé y dispondré de ellos como su Alteza mandare, y os tomaré vuestros bienes, y os haré todos los males y daños que pudiere como a vasallos que no obedecen y que no quieren recibir a su señor y le resisten y contradicen y protesto de los muertos y daños que de ellos se registraren serán a culpa vuestra y no de sus Altezas ni mía, ni de estos caballeros que conmigo vinieron”

No era un discurso cualquiera, sino un programa
 Un programa cumplido al pie de la letra
 La celda de acero también era un programa
 Y una idea de progreso.

El planeta no es igual de caliente para todos

No, no vamos en el mismo barco. Unos toman el sol en la cubierta, a los demás les financian un contenedor de acero

Hay que escucharlos, a los civilizados; vienen diciendo, desde el principio, sus últimas palabras. *RM*

GABRIEL E. GARCÍA PEÑA, YVONNE DÁVALOS DUNNIG Y JULIA TAGÜEÑA PARGA

Adaptarse a la complejidad del calor

En el 2070, millones de personas sentirán climas que la humanidad no ha experimentado en seis mil años. México es de los países que más se calentarán.¹ Es difícil imaginar lo que viviremos, porque el calor no se siente igual en cada rincón de la Tierra. A veces se lo lleva el viento; a veces el aire caliente viene cargado de humedad y otras veces es seco. Los vientos y la humedad chocan con las montañas y producen microclimas diversos. Por ello, adaptarnos para sobrevivir dependerá de las condiciones de cada lugar.

1 Chi Xu *et al.*, “Future of the human climate niche”, *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 117, núm. 21, mayo de 2020, pp. 11350-11355.



Bosques de cactus columnares en la Reserva de la Biósfera Tehuacán-Cuicatlán y un lagarto cornudo mexicano, *Phrynosoma taurus*, 2003. Fotografías de Gabriel E. García Peña. Cortesía del autor.

Asombrosamente existe, por ejemplo, un sitio semiárido en una región tropical. Se trata del Valle de Tehuacán-Cuicatlán, que se extiende entre Puebla y Oaxaca. Es árido porque la humedad del aire del Golfo se precipita en Veracruz, en la Sierra de Zongolica, y el aire, ya seco, desciende hacia el Valle, la zona semiárida más biodiversa de América del Norte. Ahí viven cactus pequeñitos y otros grandes como postes y candelabros, magueyes variopintos, matorrales espinosos, aromáticas burseras, palo verde, acacias, mezquites y encinos. Las tunas rojas crecen a cinco metros del suelo en los cactus columnares.² En época de secas, al probarlas, uno aprende que el líquido no fluye de la tuna al cuerpo, sino al revés. La fruta te chupa la saliva. Todo parece absorber agua de donde puede, incluso del aliento. Es de sabios mantener la boca cerrada al explorar una zona árida.

Hace unas décadas Gabriel exploró ese valle. “En equipos bajábamos por los acantilados buscando cactus pequeñitos, mamilarias del tamaño de un pulgar que viven a alturas inaccesibles. Con un calor insoportable, avanzamos un lar-

go trecho entre un acantilado y la pared de la montaña, hasta que encontramos una enorme roca bloqueando el paso. Nos abocamos a moverla con un esfuerzo infructuoso y nos preguntamos si no sería más fácil subir la camioneta sobre la roca. El calor trastocaba nuestra lógica cuando pasaron tres campesinos con unos cuantos pulques en el espíritu. Regresaban de su jornada de trabajo, que había empezado desde las cuatro de la mañana para aprovechar las horas de menos calor. Muy amables, nos ayudaron con su fuerza y juntos logramos mover el monolito. Entonces uno preguntó: ‘¿Ustedes saben en dónde se sube la serpiente de agua que vive en las nubes?’ Nos quedamos atónitos. Mirando el horizonte, respondimos: ‘Se subirá allá, en las montañas’. Con una sonrisa, nuestros salvadores celebraron la respuesta: ‘¡Pues sí, ahí se sube!’ y apuntaban a lo lejos, a una montaña vestida de encinos.”

El Valle de Tehuacán-Cuicatlán tiene una historia biocultural longeva. Los arqueólogos han encontrado pozos, presas y canales con miles de años de antigüedad. Una red de estructuras hidráulicas irrigó el paisaje, desde las montañas hasta el valle. Son un testimonio de que sus habitantes se adaptaron y aprendieron a captar el agua, ex-

2 David Yetman y Alberto Búrquez, *Mexico's Valleys of Cuicatlán and Tehuacán. From Deserts to Clouds*, University of Arizona Press, Tucson, 2023.

traer su sal y distribuir el líquido a lo largo de kilómetros. Formaron diques para contener el escurrimiento y la erosión, lama-bordos o jollas —microclimas de suelo fértil y húmedo para la producción de policultivos de maíz, frijol, amaranto, calabaza, chile, aguacate y agaves.

“Tras dejar el monolito, avanzamos varios kilómetros y encontramos un camino más amplio donde bajaban camiones cargados de grandes troncos. Toneladas de madera extraídas de la montaña, dejando huecos despoblados de árboles en el horizonte verde.” ¿Ahora por dónde subirá la serpiente de agua?



“A la mañana siguiente, desayunamos en La Casa de la Abuela, un comedor manejado por mujeres que atienden comensales desde el alba. Los desayunos son abundantes —caldo de gallina, mole, tasajo, chilaquiles, atole, café de olla y pan dulce—, nutrientes ideales para las personas que regresan de las primeras horas del jornal. Desde el comedor se miran los vestigios de una estación del tren que en el siglo XIX transportaba la producción de azúcar.” Parece insostenible: ¿cómo mantener cultivos de caña si la planta necesita mucha agua para subsistir? Probablemente, el ma-

nejo prehispánico del agua ayudó a impulsar la posterior industria.

En la actualidad, los monocultivos y la deforestación continúan afectando el acervo biocultural de la región. La riqueza de la producción de mezcal se ha industrializado siguiendo estas prácticas devastadoras, amenazando su biodiversidad, su propiedad colectiva y los ecosistemas que los mantienen. Lugares donde se cultivaban los distintos agaves hoy se transforman en monocultivos de unas pocas especies, las más comerciales. Además, estas prácticas agroindustriales son nocivas para la salud de quienes utilizan herbicidas y fertilizantes sin la protección adecuada.

“Ese día, llegamos a un paraje del valle en donde el suelo era duro y blanquecino, y no había nada en el lugar donde debían estar los cactus, árboles y matorrales espinosos. ‘¿Por qué ya no crece nada en esta tierra?’, nos preguntó una señora residente de esos lares, mientras nos vendía tortillas gruesas y deliciosas hechas a mano. Contó que sus abuelos vivían en un vergel de encinos. Había abundante leña, sembraban caña de azúcar y criaban chivos y cabras. Ahora nada crece en el suelo. El agua se resbala y la tierra se seca.”

Sus palabras buscaban a los culpables. La descontrolada tala de árboles, los monocultivos y el sobrepastoreo rompieron el ecosistema —los inmigrantes europeos trajeron animales de pastoreo, como las cabras, que están bien adaptadas a los climas áridos de Irán y Turquía—. En conjunto, estas actividades desnudaron el suelo del valle y lo compactaron, reduciendo la infiltración del agua y aumentando la erosión. La degradación persistente de la biósfera hunde en las carencias a un pueblo y lo vuelve más vulnerable a las sequías y al calor. Preocupa lo que pasará en unos años, cuando el aire se caliente y las llu-

La ciencia nos ayuda a diseñar estrategias de conservación y de sustentabilidad. Tenemos todos, ciudadanos, instituciones y gobiernos, que tomar medidas para proteger el medio ambiente y cuidar los recursos de la única casa de la que disponemos, el planeta Tierra, para las generaciones que siguen.

vias sean más dramáticas por el cambio climático. Entonces caerán lluvias torrenciales y granizo o nada, ni una gota.

A veces la ciencia usa palabras comunes que no tienen el mismo significado que en el lenguaje cotidiano. Usualmente, el calor se mezcla con la idea de la temperatura y se suele hablar del clima del día, cuando en realidad éste es un promedio, en una región y durante un periodo, de los estados diarios del tiempo. Por muchos años se pensó que el calor era un fluido invisible y no fue sino hasta mediados del siglo XIX que descubrimos que se trata de una forma de energía y que la temperatura es una propiedad que mide con un termómetro el equilibrio térmico.

Medio siglo más tarde, con el nacimiento de la física moderna, la mecánica cuántica y la relatividad, entendimos mejor cómo el calor afecta a los materiales. Y en 2021 la Real Academia Sueca de las Ciencias otorgó el Premio Nobel de Física al japonés Syukuro Manabe, al alemán Klaus Hasselmann y al italiano Giorgio Parisi porque “sentaron las bases de nuestro conocimiento sobre el clima de la Tierra y cómo la humanidad influye en él”.³ Sus fundamentales trabajos probaron que el clima es un sistema complejo, cuyo estudio requiere de un enfoque multidisciplinario, y en el cual las partes interactúan y producen propiedades emergentes.

3 “Spotlight on sustainability”, *NobelPrize.org*, 4 de mayo de 2026.

Haber concedido el Premio Nobel a las ciencias de la complejidad fue un parteaguas en el desarrollo de esta disciplina, que desde 2015 se practica en el Centro de Ciencias de la Complejidad (C3) de la UNAM.⁴ El cambio climático se estudia con la participación multidisciplinaria de investigadores de diferentes instituciones de la universidad y mediante la comunicación y retroalimentación con la sociedad, nuestro ecosistema. La ciencia nos ayuda a diseñar estrategias de conservación y de sustentabilidad. Tenemos todos, ciudadanos, instituciones y gobiernos, que tomar medidas para proteger el medio ambiente y cuidar los recursos de la única casa de la que disponemos, el planeta Tierra, para las generaciones que siguen.

Desde hace casi diez mil años, el clima global ha sido benevolente y estable: un periodo cálido dentro de una era de hielo. En este periodo, el Holoceno, se desarrollaron civilizaciones, tecnologías, ciencias y artes. Hace unos cuatro mil años o más, los pueblos mesoamericanos comenzaron a ingeniarlas para sobrevivir en el valle: domesticaron plantas e idearon redes de irrigación, salinas y terrazas de policultivos.⁵ Estas formas milenarias fueron más sos-

4 Aleida Rueda, “Premio Nobel de Física 2021: un antes y un después para los sistemas complejos”, Centro de Ciencias de la Complejidad, UNAM, 5 de octubre de 2021.

5 *Tehuacán-Cuicatlán. Patrimonio de la Humanidad Cultural y Natural*, Secretaría de Cultura, Semarnat, INAH, CONANP, Gobierno de Puebla, Gobierno de Oaxaca, octubre de 2019, pp. 21 y 26.

tenibles que la transformación agrícola industrial y la revolución verde de los años sesenta y ochenta, a base de monocultivos y fertilizantes para alimentar a muchas personas. Estas prácticas modernas pueden destruir los suelos y arrebatar a la biósfera su capacidad de reciclar y capturar el dióxido de carbono, dejando libres en la atmósfera toneladas de este gas, producto de la combustión del petróleo, que mueve nuestras máquinas.⁶ El CO₂ es un gas de efecto invernadero que calienta la atmósfera y, últimamente, desregula el clima.

Ahora, veinte años después de la expedición de Gabriel, en el Valle de Tehuacán-Cuicatlán se escucha el trabajo de manos que cuidan y se preparan para sobrevivir. Reconstruyen los diques, recolectan el agua, combaten los monocultivos y restauran lo perdido.⁷ La lucha es ardua y requiere leyes de protección, de trabajo colectivo, de ciencia y tecnología. Poco a poco se combinan saberes antiguos y nuevos para devolver lo arrebatado, en unas cuantas décadas, a esta biósfera prehistórica y milenaria. Algunas de estas historias pueden escucharse en el podcast *Historias complejas*.⁸ Las historias integran a la sociedad y la investigación. En el episodio sobre el mezcal, productores y productoras (la relevante participación femenina es muy reciente) de la región de este valle relatan sus experiencias y Alfonso Valiente, investigador del Instituto de Ecología de la UNAM, explica

cómo el monocultivo y la extracción a mansalva pueden terminar con la gran tradición mexicana del mezcal y su riqueza biocultural.⁹ Finalmente, en colaboración con el Instituto de Energías Renovables de la UNAM, se propone una solución: construir sombra, fomentar la diversidad de plantas y, en lugar de quemar leña, usar celdas solares para la destilación.

Así como en Tehuacán, en muchas ciudades y estados de la República está aumentando la temperatura media de la atmósfera y nos estamos calentando más rápido de lo que alcanzamos a entender y de lo que podemos adaptarnos.

La pregunta de la señora —“¿por qué ya no crece nada en esta tierra?”— no surge sólo de ese valle. Es la misma

9 Alfonso Valiente Banuet, Mari Carmen Serra Puche y Antonio del Río, “Mezcal: ciencia, tradición y complejidad”, vol. 13, video, Centro de Ciencias de la Complejidad y Academia Mexicana de Ciencias, 29 de octubre de 2024.

6 Johan Rockström *et al.*, “A safe operating space for humanity”, *Nature*, vol. 461, pp. 472-475, 2009.

7 Víctor M. Toledo y Leonor Solís, “Ciencia para los pobres. El programa ‘Agua para siempre’ de la región Mixteca”, *CIENCIAS*, núm. 64, octubre-diciembre de 2001, pp. 33-39.

8 Conducido por Aleida Rueda y Cecilia Lartigue, en el C3 y en colaboración con la Dirección General de Divulgación de la Ciencia de la UNAM. Disponible en www.c3.unam.mx/PodcastC3.html.



que se hace alguien en Sonora frente a un río seco, otra persona en la Mixteca que carece de agua para los cultivos y otro más en la Ciudad de México bajo el granizo en marzo. Cambian los paisajes, no la pregunta.

El Climatón comienza en esa pregunta que se repite en cada territorio del país, de una a otra península. La UNAM y el Unicef convocan, mediante el Climatón, a los jóvenes de dieciséis a veintiséis años, de cualquier entidad de la República, a mirar de cerca los efectos del calentamiento global y el cambio climático en los lugares donde viven y a reunirse para idear soluciones.

En una edición previa del Climatón, un grupo de jóvenes se propuso comprender y resolver la sobrepoblación de gusanos cogolleros —la principal plaga del maíz a nivel mundial— en los campos mexicanos. El voraz insecto prospera en el calor: mientras más se eleva la temperatura, más se multiplican estos gusanos. Los agricultores utilizan plaguicidas (incluso aquellos clasificados como altamente peligrosos, PAP) para contenerlos. El uso de estas sustancias estropea la calidad de los alimentos que llegan a nuestras mesas y de los suelos donde éstos se cultivan. Por si fuera poco, los PAP ponen en riesgo las vidas de los campesinos, que suelen desmayarse tras usarlas.¹⁰ Ante ello, los jóvenes que concursaron en el Climatón recurrieron a la piperamida, proveniente de la pimienta negra. Su biopesticida no sólo es eficaz para frenar la plaga, sino que también preserva la salud del ecosistema y de los agricultores.

Otro buen ejemplo del Climatón son los Laboratorios Campesinos de Suelos, un proyecto ideado por un equipo

de jóvenes a partir de sus experiencias en San Nicolás Totolapan, una zona ejidal en la Ciudad de México. Con los años, los ejidatarios han vendido sus tierras en busca de sustento, lo que ha contribuido a la expansión descontrolada de la urbe en esta parte de la capital. En el Climatón, este equipo planteó usar un instrumento de cromatología para analizar la calidad de los suelos: con estos resultados, los jóvenes asesoran a los agricultores sobre el tipo de cultivos que podrían prosperar en sus ejidos, de modo que no tengan que venderlos. Sus Laboratorios asumen la defensa del terreno fértil, de la tierra verde, en contra de la plaga del cemento.

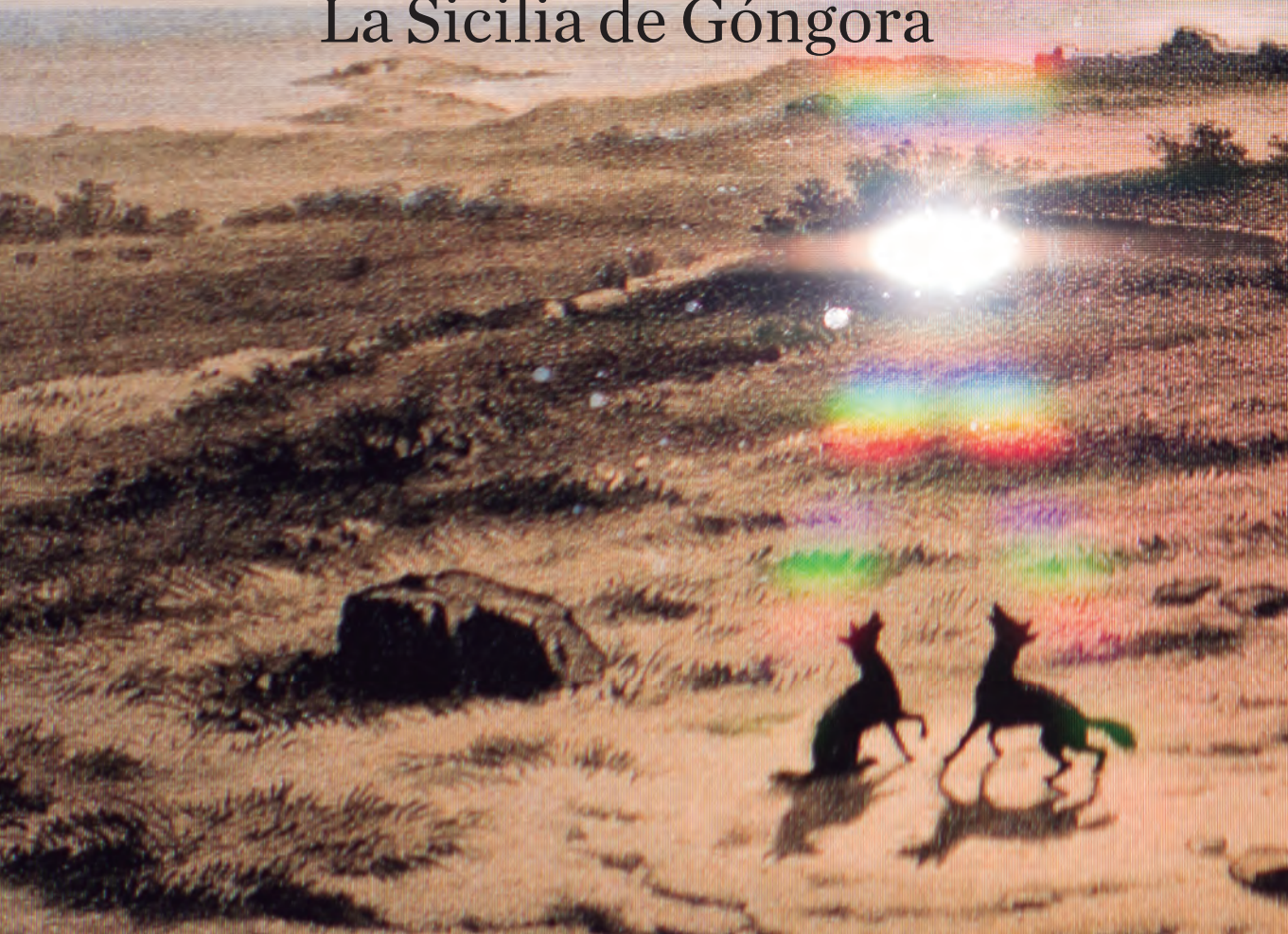
Dentro del Climatón, los jóvenes tienen la oportunidad de identificar las causas y dinámicas del problema local que desean atender. Luego imaginan distintas soluciones que ponen a prueba para determinar cuáles funcionan, y descartar las que no son útiles. Poco a poco, la idea inicial toma forma hasta convertirse en un proyecto que se presenta y se discute con sus pares y con expertos. En este camino, su trabajo se cruza con el de especialistas que llevan años estudiando estos temas.

El Climatón ha producido acciones concretas contra la deforestación, la escasez de agua, el control de plagas, la desigualdad social, la movilidad, y para promover las energías renovables. Cualquier grupo de jóvenes que detecte en su territorio un problema ocasionado por el cambio climático y haya pensado en una posible solución, puede participar. En los últimos cinco años han participado 835 personas de veintiséis estados del país, con 226 proyectos que demuestran que ya hay soluciones en marcha. ¶¶

10 Erick Baena Crespo, "Ciencia joven contra los agrotóxicos", *Revista de la Universidad de México*, octubre de 2025.

AMELIA DE PAZ

Días caniculares. La Sicilia de Góngora



Contábamos los años por veranos. Veranos que anticipábamos desde el solsticio de invierno calculando los segundos de luz hurtados cada día a la noche; veranos que se presentían desde que el olmo se encaprichaba en aventar sus semillas aladas; veranos que irrumpían sin pedir permiso. El estío: la promesa cumplida. El anhelo consumado. El premio a la paciencia. Explosión de la vida, revelación de la verdad. El verano, la *alétheia* de los muchos velos. Descubrimiento de los cuerpos y del ser. Veranos para beberse



Federico Ciamei, "Ptolemais", del libro *Travel Without Moving*, Skinnerboox, 2016. Todas las imágenes son cortesía del artista.

el mundo como un vaso de agua. Veranos superpuestos y desnudados año tras año, epifanías de un mismo instante. Veranos tórridos y morosos. Veranos en el interior del muro sur de una mezquita-catedral hispánica, la de Córdoba —la de Góngora—, donde el calor que derrite el asfalto no aprieta: conserva. Un archivo rebosante de reminiscencias gongorinas se aloja en ese espacio insólito. Allí, entre sillares, atemperado por la civili-

zación, el calor del estío se remansa y transforma en memoria suspendida en el aire. La piedra labrada que enseñó a Góngora su lección cotidiana de rigor nos devuelve vibraciones remotas de unas voces que no alcanzamos a escuchar del todo. Embriagados de papeles viejos, nos da por fantasear que el calor es una forma de resistencia que adopta el pasado, el aliento con que lo vivido se niega a desaparecer. Energía en tránsi-

to, del objeto más caliente al más frío, del ayer al hoy, en busca del equilibrio. Ocio estival, ocio estudiantil. El *otium* de Petrarca. Solo los veranos cuentan.

Que los años se cuentan por veranos lo sabía Tucídides. “En el siguiente verano...”: el arranque formular que va jalonando su crónica de la guerra del Peloponeso como un presagio funesto. Cierto es que para el historiador la primavera está incluida en el verano, la época del buen tiempo. El *théros*, verano y cosecha. La estación en que la guerra se reanuda. La cosecha anual de vida y muerte. La atemporalidad del verano rota por la historia, con determinismo dictado por Heráclito: la guerra es el padre de todo; el fuego, el elemento primordial. Marte y Vulcano. Hierro, basalto y podredumbre. 430 a. C., segundo año de la guerra: en cuanto llega el verano, se produce la segunda invasión del Ática por los peloponesios y sus aliados; la peste se declara en Atenas. Verano del 426 a. C., sexto año de la guerra: los seísmos impiden una nueva invasión del Ática; los maremotos sacuden el Egeo. Verano del decimoséptimo año (415 a. C.): la asamblea ateniense ordena enviar una expedición comandada por sus mejores estrategos a Sicilia, la tierra de cíclopes y lestrigones. La Sicilia pétrea, ígnea, gaseiforme y fluida de Empédocles de Acragante. Piedra no ya domesticada como aquella que se emplea para edificar un templo a la divinidad trascendente, sino roca agreste esta vez, consagrada a la inmanencia. Piedra en todo caso imbuida de su origen térmico, subyugada por él, y recamada de líquida plata. Tifeo resoplando por las bocas del Etna en medio del ponto. Pero Tucídides repudia conocer más de esa verdad mítica, que prefiere arrumbar como una antigualla: “Basta con lo que los poetas dicen y lo que cada uno cree saber”, traduce Adrados (1952) con



“The Hidden Treasure”, del libro *Travel Without Moving*, Skinnerbox, 2016.

sintaxis áspera y estricta como los farallones de Sicilia. Góngora, que no los ha visto, desde su bosque de piedra cordobés los recorre con la fantasía hacia 1612 por medio de los ojos de Teócrito el siracusano.

Su mirada, sin embargo, pronto se eleva, como su verbo, al empíreo:

Salamandria del sol, vestido
estrellas,
latiendo el can del cielo estaba...

La isla, abrasada por la canícula. Sirio, el ajolote refractario, sojuzga el planeta. Los organismos, fundidos por el mercurio, buscan la sombra, buscan el agua, se buscan y rechazan.

La *Fábula de Polifemo y Galatea* es el *De rerum natura* de Góngora, su indagación de la materia primigenia, de la pulsión básica. No es monista, ni estática, la visión del poeta. Sicilia dispensa como potencias ingénitas el calor del

éter, el fuego y el magma solidificado de sus volcanes, el componente líquido, que amor y desdén unen y disocian con un determinismo que se impone caprichoso e inexorable. Los elementos se transforman unos en otros, en un proceso constante y liberador. El mundo está habitado por seres variopintos, a merced de tales tensiones. Estructuras pluriformes, distintos estadios evolutivos, grados diversos de vitalidad y mortalidad. Entes de consistencia y perceptibilidad variables. Algunos son antropoides o antropomorfos. La humanidad es sólo abstracción (la juventud, las provincias de Europa) o intrusión (el mercader genovés). La acción específicamente humana (caza, agricultura, pastoreo, comercio) convive, no obstante, de manera natural con el numen. El arado y Ceres. Las hijas de Nereo y la nave. El civilizado requesón y el erizo de la castaña, estuche incomparable, obra de artífice no humano, transmutado por el poeta en zurrón o morral de varias frutas. Deidades de todas las jerarquías propician la maravilla de la variedad y de la variación. Góngora ha compuesto un canto a la diferencia.

Esos seres tan dispares comparten una condición esencial: su querencia idólatra a la hermosura. La *Fábula* es un poema cinético y reverente en extremo. Una oblación en el altar profano de la euritmia, donde cada cual ofrece lo mejor que tiene. La atracción, el magnetismo irresistible que suscita la forma bella es la razón de ser del mundo y del endecasílabo. Todo se rinde a la armonía.

Una ninfa marina, un imán silencioso, una sobreexcitación atmosférica,

la huidiza Galatea, incendia los instintos varoniles. Por su causa,

arde la juventud, y los arados
peinan las tierras que surcaron
antes,
mal conducidos, cuando no
arrastrados,
de tardos bueyes, cual su dueño
errantes.

Las criaturas, despechadas, se entregan a la indolencia. La siesta del fauno; la hora de Pan. Ya Hesíodo observó que la canícula vuelve más lúbricas a las mujeres y debilita a los hombres. Las ninfas no escapan a esta ley. El calor actúa como catalizador de la voluptuosidad femenil. Galatea es esquiva, pero no solipsista. Sucumbirá a los encantos de Acis, porque también Acis, como ella misma, es hermoso, y Galatea no es ajena a la *filocalía* que rige la isla. Si bien se enamora no por voluntad propia, sino a causa de la llama que el niño de la venda infunde en su pecho. Acis, el venablo de Cupido. Galatea no es la Marcela cervantina, la misándrica y bachillera Marcela, fuego apartado y espada puesta lejos. Galatea es una magnetita muda. Carece de la facundia que ostenta en Ovidio, pero también de cualquier otra dimensión fónica. De su boca —soberano acierto de Góngora— no sale una sola sílaba. Rompió el hechizo Salvatore Quasimodo cuando la hizo cantar con voz de soprano e inflamarse a destiempo en una pasión verbosa por el Cíclope.

Polifemo, él sí, el de las muchas palabras. La etimología configurante. En el poema gongorino, es al monstruo a

Y él, Polifemo, el engendro, es quien está dotado para expresar en razones la argucia de un mundo que finge ser perfecto, la inanidad de un amor que es mera exaltación de la apariencia.

quien le está concedido el privilegio de la locución. Acis y Galatea son siluetas, grácil anatomía que danza un ritual erótico. Se insinúan, voltean, se anudan. Asistimos a una parada nupcial, con su juego silente de exhibición y disimulo. Los amantes son pura acrobacia. El Cíclope, desgarrado y ponderoso, es la aberración que habla. ¿Cómo, si no, iba a participarnos su entraña? ¿Gesticulando, como en una pantomima? ¿Un Piri-neo manoteando? ¿Cómo hubiera podido mostrarnos las fibras de su congoja? ¿Cómo hubiéramos podido tomarlo en serio? Porque él es el protagonista del poema, quien otorga peso y densidad a la trama. Es él quien primero se nos presenta, tras la dedicatoria protocolaria y la descripción de Sicilia. Todo lo demás —materia inerte o viviente, incluidos Galatea y Acis— es contorno. Y él, Polifemo, el engendro, es quien está dotado para expresar en razones la argucia de un mundo que finge ser perfecto, la inanimidad de un amor que es mera exaltación de la apariencia. Es con él con quien la pupila vicaria de Góngora, el racionero de la catedral de Córdoba, el tantálico don Luis, se solidariza. El desconocido *Cíclope* de Filóxeno de Citera constituye para nosotros sólo el residuo de un título, indistintamente nombrado como la *Galatea* de Filóxeno. Nadie menciona la *Galatea*, a secas, de Góngora. No habría sonado a nada.

Late el perro del cielo y ladra el corazón de Polifemo.

Lo disforme no soporta el desafío. Polifemo es el más esteticista de los seres bajo las estrellas. Se contempla en el espejo de las aguas y no se ve tan feo. Su ojo pineal le revela una hermosura más sutil, que la tonta de Galatea no es capaz de captar. Ni la prosapia ni la opulencia del gigante han conseguido vencer el desvío de la ninfa. El dolor de Polifemo es el de Tersites el parlanchín,

el más repulsivo de los aqueos, pero elevado a una potencia descomunal como su tamaño. El Cíclope no se dejará humillar. El *Polifemo* de Góngora es la conflagración de las formas. Sabe Dios qué pudo percibir el ojo de su frente cuando el gigante interrumpe por azar la cópula de los dos seres bellos. Pero la temperatura se vuelve insoportable, el conflicto estalla y se resuelve por la vía expeditiva: la metamorfosis acuosa que también redimió a Aretusa libra a Acis. El agua bate a la piedra. El líquido *arjé* acaba imponiendo su preeminencia.

No nos dice Góngora qué hizo el Cíclope después de arremeter contra los amantes. Acaso regresara a su gruta, mesándose el torrente de la barba. Quién sabe si gruñendo o meditando. Tal vez barruntando a Odiseo. La caverna de Polifemo, melancólico bostezo rocoso, reducto de su cuerpo excesivo y su miocardio atormentado. Mazmorra donde la inspiración se incubaba, donde se procesan los estímulos hirientes del exterior. De creer a Ateneo de Náucratis, en las canteras de Sicilia compuso Filóxeno su *Cíclope* autobiográfico. Dionisio I de Siracusa lo había arrojado a la ergástula por seducir a su concubina Galatea; el poeta se habría vengado enmascarando a Dionisio en el Cíclope y a sí mismo en Odiseo. Sabía lo que era el cautiverio: había sido apresado por los atenienses en la toma de Citera y convertido en esclavo. Sabía lo que era la redención poética: Melanípides lo compró y manumitió, después de someterlo a la férula del ditirambo. El canto aherrojado y al cabo salvífico. El treno indispensable.

Igualmente el Polifemo alumbrado por Góngora canta porque no puede menos. Y aunque él no lo sabe, no canta para Galatea: canta para un noble que en un sitial adoselado encuentra solaz a sus expansiones venatorias escuchando la íntima tortura del coloso cincelada en

octavas reales. Refinamientos de potentado. El conde de Niebla: uno de aquellos próceres de la Baja Andalucía que no necesitaron soñarse Argantonios porque lo fueron, en tanto que otro cargaba con el peso de la corona sobre los hombros. Polifemo canta con su voz de trueno para deleitar al de Niebla y cantando sobrevive a su vez, como el dulce Arión.

Alguno de los atenienses condenados en las canteras de Sicilia durante la infausta expedición también logró salvarse, recitando a Eurípides. Esto no lo refiere Tucídides, sino Plutarco. La poesía como moneda de cambio por la vida. Una vida —la humana— que existe únicamente para mantener vivo al sol, al quinto sol. No lo olvidemos. Nuestra era, la más frágil, se sostiene gracias al movimiento y el sonido. Mortales de voz

articulada obligados a agitarse y preferir. Percutir el aire hasta la extenuación para no perecer. Arrojar la piedra como Polifemo; ladrarle a la luna, o si no al sol, como aquellos libios que observó Heródoto que revestían de improperios al astro porque quemaba sus cultivos y que eran los únicos hombres que no tenían nombre propio. La anónima, la férvida y agostada humanidad: la nuestra, la de todos. El fuego prometeico calcinó nuestros veranos. Dicen del cuarto ángel del Apocalipsis que derramará su copa sobre el sol. No es preciso que nos amenacen con el invierno termonuclear. No nos intimidan con sus profecías, retrospectiva flagrante. No pueden intimidarnos. Nuestros veranos están a buen recaudo. La guerra es el padre; el fuego, el principio universal. Días de perros. ♫



“Torres del Paine”, del libro *Travel Without Moving*, Skinnerboox, 2016.

GIANCARLO POMA

Los aborígenes del apocalipsis

Bertolotto me pregunta si culearía con él. Está chorreado en el sofá de tres cuerpos, con una mano sostiene una copa de gin y con la otra se abanica la entrepierna. Yo estoy chorreado en el sofá de al lado, y aunque me gustaría creer que sólo el alcohol es responsable de su calentura, lo más probable es que se deba a que nos hemos quedado en ropa interior. Pero es que tampoco había de otra. Anoche tuvimos esa lluvia finita de verano y el ambiente quedó pegajoso: sudamos de la camisa a las medias, se nos transparentaron pechos y axilas, los pies se nos mojaron como si hubiésemos

pisado un charco. Y a pesar de que ya nos hemos quitado todo lo que el heteropatriarcado permite, todavía siguen dando ganas de arrancarse hasta la piel.

Rum rum rum, hace el ventilador en medio de la sala; gira de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, en su vano esfuerzo por redistribuir el aire a nuestro alrededor. A Bertolotto le parece que eso es comunismo. Hace un rato dijo que cada uno debería tener su propio ventilador, para regular su propia temperatura, y cuando le recordé que vivo solo, que para qué tener más de uno, me explicó que podría alquilar el otro entre mis vecinos, y con las ganancias, obvio, comprar más ventiladores, la cosa era expandir el negocio; si no fuera yo un zurdito de mierda que sólo sabe quejarse del calentamiento global en lugar de sacarle provecho, en unos cuantos veranos podría ser dueño de una concesionaria de ventiladores, o quizás hasta de mi propia fábrica. Incluso, en el peor de los escenarios, dijo, no tendríamos que habernos quedado como Tarzán y Eva.

Por cómo me viene mirando desde hace rato, y por la pregunta que me acaba de hacer, no sé si creerle que el escenario actual le resulte tan desagradable (y tampoco me queda tan claro cuál de los dos es Eva). Yo creo que más lo dice porque lleva unos calzoncillos blancos como de abuelito, con todo y la abertura en medio, y en cambio yo llevo un bóxer negro más sobrio, más de hombre-maduro-sexualmente-activo, pero también creo que no se avergonzaría tanto en comparación si supiera que desde hace meses no tengo nada con nadie, ni siquiera con las agentes inmobiliarias de Property Sex, ni siquiera con las madrastras de Brazzers, porque hace meses también que mi ex me obligó a leer un ensayo muy incendiario, de una filósofa finlandesa abolicionista del porno, y ahora siento que ambas me juzgan apenas me toco, incluso cuando tengo que hacerlo en la ducha por cuestiones de higiene. Así que Bertolotto no es capaz de imaginar lo desprevenido que me coge su pregunta.

Asumo que ahora mismo no quieres, dice, luego de refrescarse la frente y las mejillas con el borde de la copa de gin, y en eso estamos de acuerdo, si yo respeto muchísimo a mi mujer, ni que fuera tan hijo de puta como para ponerle los cuernos con un hombre, y menos ahora que la gorda está encinta y parece que va a reventar. Por cosas como ésas la gente se va al infierno, huevón. Pero escúchame bien, incluso en el supuesto negado de que yo me dejara llevar por esas pasiones desvia-



Horses, 2015. Fotografías con cámara termográfica de Kenji Hirasawa. © Del artista.

das, tampoco es como que me vaya a abalanzar sobre ti sólo por verte medio calato. Mírate lo feo que estás, huevón, todo mofletudo y avejentado, y ni me hagas hablar de esa cabecita tuya tan repleta de marxismos y leninismos. Yo creo que si hubieras nacido antes de la caída del Muro, de seguro hasta te habrías metido a una guerrilla, y yo jamás podría culear con un guerrillero, huevón, qué asco culear con trova de fondo, y peor aún, en medio de la selva, ni siquiera podría calatearme bien por los mosquitos.

¿Entonces?, pregunto. Sólo le estoy dando cuerda para distraerlo. La vecina de la torre del frente, la que siempre deja las cortinas abiertas, acaba de prender la luz de su cocina. Puedo verla desde mi ventana preparándose un batido proteico en la licuadora. Sé que es proteico porque le echa un polvo blanco como en las recetas de TikTok. Lleva ropa muy ceñida a su insolente voluptuosidad de mujer-divorciada-que-madruga-para-ir-al-gimnasio. Supongo que ya no falta mucho para que amanezca. He malgastado toda la noche bebiendo y transpirando con Bertolotto.

Yo no te preguntaba si quieres, insiste. Sólo quería saber si estarías dispuesto, dadas las circunstancias, obvio. Ponte que a los chinos se les vuelve a escapar un arma química, por ejemplo. Algo así como una nube tóxica que estaban desarrollando junto con los rusos para amenazar a los gobiernos que se niegan a instaurar su régimen socialista empobrecedor. Ponte que se les escapa la nube del laboratorio, y empieza a matar a todo el mundo, y al final somos nosotros dos los únicos que sobreviven. Huevón, en una circunstancia como ésa, en la que no existe otro miembro de nuestra especie con un orificio cálido y susceptible de ser penetrado, ¿acaso no te provocaría culear conmigo?

Le digo que no lo sé (aunque ya me queda más claro cuál de los dos es Eva). Tampoco entiendo cómo es que sólo nos salvamos nosotros. Perdona, no lo hago por evadir tu pregunta, le explico, pero es que el escenario me parece poco verosímil. En realidad, lo que no entiendo es por qué lo he traído a mi departamento, si siempre que toma se pone aún más insoportable. Pero es que ya no quedaba nadie más en el bar. Ya todos los de la oficina habían vuelto a sus hogares porque tenían familias o parejas monógamas o redes poliamorosas a las cuales volver. Yo no tenía ni siquiera a quién lucirle mi bóxer.

Sin título [alma mía], 2009.



En esas circunstancias, me dice, yo creo que incluso podríamos enamorarnos. Tú serías todo para mí y yo sería todo para ti. No me digas que no podríamos culear en el fin del mundo, huevón. No me digas que no somos buenos amigos.

Por supuesto, también quiero evadir su pregunta. La vecina acaba de levantar la mano para saludarme. No parece ofendida por mi repentino exhibicionismo, sólo un tanto ruborizada. Se abanica el pecho con ambas manos y junta los labios como si me estuviera mandando un beso. Ufff, parece decir, en complicidad.

Es cierto, asiente Bertolotto, y se levanta del sofá para ponerle más hielo a su gin. Supongo que quiere alargar el trago porque ya intuye por mi cara que será el último. Si no concibes el escenario, tampoco la acción, reflexiona. Pues yo asumiría que nos escondemos en un búnker hasta que la nube tóxica se disipa y el aire vuelve a ser respirable. Y obvio que no llegamos a ese búnker de casualidad, huevón, si tú eres el único huevón que conozco que habla finés. Uy, me dice, al notar mi desconcierto. Asumo que el señorito universitario sabe que Finlandia es potencia mundial en la construcción de búnkeres, ¿no? Si alguien tiene un búnker en este país de mierda, no sería raro que se lo haya mandado traer desde allá y que el manual con las instrucciones le haya llegado en finés.

Pero, a ver, no creo que nadie se mande a traer un búnker para armar desde Finlandia, lo interrumpo, aunque reconozco que tampoco soy un especialista en el tema. Carajo, reniega Bertolotto, que ha aprovechado en coger papel toalla de la cocina para secarse el sudor del cuello. Olvida por un segundo tu xenofobia hacia la importación; ni que mandarse a traer un búnker desde el extranjero vaya a generar un colapso en el mercado local de búnkeres. Lo importante es que eres uno de los pocos huevones que habla finés en este país de mierda, así que no me extrañaría que te contactaran por LinkedIn para traducir el bendito manual, y como de seguro tú piensas que el trueque es más ético que el capitalismo, en lugar de exigir que te paguen en criptomonedas, que hoy en día es lo más inteligente a largo plazo, que es a donde yo he metido todos mis ahorros, obvio, pues tampoco me extrañaría que estuvieras dispuesto a chambear a cambio de un lugar asegurado en el búnker llegada la hora del apocalipsis.

¿Y cómo es que tú terminas allí también?, lo cuestiono, en lo que detengo la ruta del ventilador para que se concentre sólo en mí. Quiero probarle a Bertolotto que puedo ser egoísta cuando me conviene, aunque también es verdad que me urge aliviar cierto ardor indiscreto luego de mi breve interacción con la vecina. Más aún, le reclamo, ¿cómo es que sólo nosotros dos terminamos allí?, ¿qué pasa con la gente que me contrató para la traducción?

Ay, huevón, y tú quién crees que te consiguió la chamba, replica. Yo logro entrar al búnker porque soy el intermediario, obvio. Qué vas a saber tú de *networking*, si ni siquiera has puesto en LinkedIn que hablas

finés. Yo sólo lo sé porque es una de tus extravagancias de señorito universitario. Una de esas pocas extravagancias con la que todavía puedes lucrar, dice, aunque yo hace rato que te habría reemplazado con la IA.

Algo más dice sobre lo inútil que le parece mi educación universitaria, pero ya no soy capaz de prestarle atención. La vecina de la torre del frente, ahora sí, me acaba de mandar un beso volado. Se ha manchado los dedos al hacerlo, pues le había quedado un bigote de batido proteico sobre los labios. Sin quitarme la mirada de encima, se relame el bigote con la punta de la lengua, se chupa uno a uno los dedos manchados. Me guiña un ojo. Es la primera vez que muestra interés en mí más allá de un saludo protocolar en las áreas comunes del condominio o una tibia sonrisa cuando nuestras miradas se encontraban casualmente desde nuestras ventanas. Ahora actúa como una de las agentes inmobiliarias de Property Sex cuando se malogra el aire acondicionado. Como una de las madrastras de Brazzers, ansiosa por bañarse desnuda en la piscina mientras su marido sale a trabajar. Ha de ser el bóxer, supongo.

Salgo disparado a su encuentro, ni siquiera pierdo tiempo en esperar el ascensor, y plas plas plas, dejan huella mis pies transpirados, chapotean por las escaleras de emergencia. Unos cuantos pasos detrás, plas plas plas también, Bertolotto me persigue con su copa de gin en la mano. Y escúchame bien, huevón, prosigue, tú tendrás muchos libros en la cabeza, pero soy yo el que ha aprendido a sacarle provecho a la información: no habrá forma de que entres a ese búnker sin mí.

Le digo que no puede seguirme a donde estoy yendo, y que quizás no pueda entrar a ese búnker sin él, pero al departamento de la vecina sólo me han invitado a mí. También le pido que al menos tenga la decencia de bajar un poco la voz. No quiero que los vecinos se despierten y nos encuentren corriendo medio calatos por las escaleras y se piensen que estamos huyendo espantados de una orgía. Aun así, cuando llegamos a la planta baja, Bertolotto se echa a reír. A la reja la han asegurado con una cadena y un candado, y lo mismo en la torre del frente.

Subo corriendo de vuelta a mi departamento, y plas plas plas, Bertolotto detrás de mí, con su silencio expectante, y tin tin tin, chocan los hielos burlones en su copa. Llamo al conserje por el comunicador, pero no responde. Le escribo por WhatsApp, y aunque se disculpa por no poder ayudarme, también aclara que anoche se avisó a todos por el grupo de los vecinos, la junta de propietarios sólo ha tomado precauciones para evitar saqueos y todo aquel que haya decidido quedarse, a pesar de la orden de evacuación del gobierno, debe atenerse a lo acordado. Le explico que no tengo idea de lo que dice, hace tiempo que me salí de ese grupo, la gente se quejaba por tonterías: si una tetera con agua hervida silbaba más de diez segundos, que no dejaban dormir; si el humo de un cigarrillo se colaba por el tragaluz, que había riesgo de incendio. Yo sólo quiero salir al patio interior, le insisto, pero ya no me vuelve a escribir.

Una escalera, sugiere Bertolotto. Dice que podría sacarla por la ventana para escapar de mi torre y luego usarla para llegar al departa-



mento de la vecina. Aunque te vendría bien que alguien la sostenga mientras haces todo eso, sonrío. Para evitar accidentes, obvio. ¿Y qué pasa con la gente que me contrata para la traducción?, me resigno a preguntar. ¿Por qué es que ellos nunca llegan al búnker?

Sí que van a llegar, retoma su cháchara, enardecido, pero a quien quiera entrar o se niegue a salir, pum pum pum, un balazo en la cara y dos en los genitales, para que quede claro que me reservo el derecho de admisión. ¿O acaso tú te crees que no tengo un arma? Pum pum pum, y no se admiten refugiados. Nada de derechos humanos y cojudeces oenegeras. La ley de la calle, huevón. Ahorita de seguro te parece inconstitucional, antidemocrático, fascistoide, pero ya vas a ver cómo con pum pum pum me gano tu respeto y admiración. Te apuesto lo que quieras que ahí sí me dirías para culear.

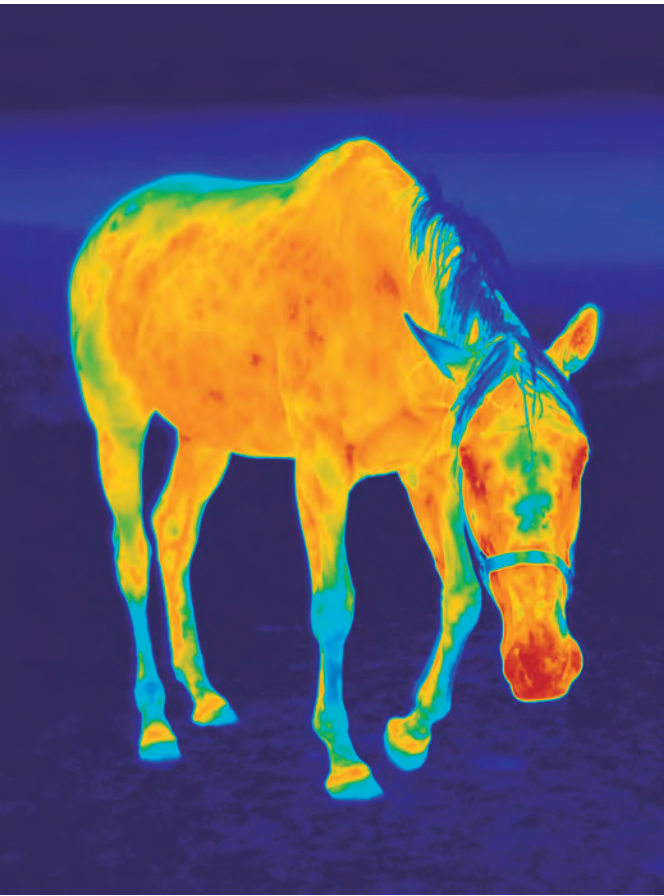
Hemos traído una de las escaleras de mantenimiento desde el sótano y la hemos bajado hacia el patio interior desde mi ventana, pero los charcos, que aún no se evaporan de la lluvia finita de anoche, nos impiden mantenerla estable. La vecina me hace señas para que intentemos, más bien, colocarla de forma horizontal. Bertolotto me ayuda a hacer palanca para levantarla. La vecina alcanza a coger el otro extremo.

Al principio, de seguro me vas a odiar por haberte obligado a pasar el fin del mundo conmigo, imagina Bertolotto. Ambos cruzamos el puente improvisado a gatas, aunque él con una mano en alto (tin tin tin, me recuerdan los hielos en su copa). Pero no hay mayor fuerza en el mundo que la costumbre, dice, y escúchame bien, huevón, yo creo que tú ya te acostumbraste a mí.

La vecina nos recibe en su departamento con aplausos. Somos los aborígenes del apocalipsis, pienso. Somos los hombres que heredarán la Tierra. Se me ocurre que, por las noches, con la excusa de ahorrar energía, podríamos apagar la calefacción y abrigarnos con nuestros cuerpos, propone Bertolotto, mientras la vecina se pone en cuclillas, me arranca el bóxer e introduce mi miembro en su boca, lo cual me asombra, por la fuerza y elasticidad de sus músculos para mantener esa postura, pero también me decepciona un poco, y es que me hubiera gustado primero saber su nombre, me hubiera gustado primero quedarnos dormidos viendo una película en Netflix, me hubiera gustado primero pasar una noche entera bebiendo y transpirando juntos, huir espantados de una orgía, sobrevivir al apocalipsis. Incluso con toquetearnos un poco creo que me hubiese contentado. Pero el bóxer era lo de menos, supongo.

El cielo se enciende al amanecer. Las nubes, sin embargo, no se disipan. Adquieren una turbia tonalidad mostaza con los primeros rayos del sol. Yo puedo cuidarte durante el día, promete Bertolotto, servirte el café, rascarte la espalda, lavarte los pies. Si tú prometes abrazarme todas las noches, huevón, te juro que no es necesario ni hablar.

Una vez que se encuentra satisfecha con mi erección, la vecina se baja las mallas y me pide que la penetre por detrás. Me da la espalda y se inclina hacia adelante, apoyándose en el borde de su ventana, pero el



Horse, 2015.

pretil está hecho de aluminio, la vecina se está quemando las manos, puedo oler la piel chamuscada. Le pregunto si está bien, aunque soy yo el que se siente mareado. La vecina no responde. El conserje no responde. Ni siquiera los grupos de WhatsApp de redes poliamorosas responden.

La temperatura se incrementa a niveles febriles. El departamento se convierte en un horno. No se lo digo a Bertolotto porque es probable que haga una broma muy inadecuada sobre el holocausto judío y no quisiera meterme en problemas con Israel, no tengo un búnker donde esconderme. Así que sólo le digo que hace un calor de mierda, aunque tin tin tin, resisten impertérritos los hielos en su copa, y pum pum pum, persisto en mi faena con la vecina, y plas plas plas, encharcamos el piso al deshidratarnos, y rum rum rum gira el departamento, de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda, y a punto estoy de desfallecer, pero Bertolotto está ahí para sostenerme,

me abraza por la espalda, ha dejado su trago a un lado, no sé si Tartzán o Eva, y tampoco creo que le importe, tan sólo quiere fundirse conmigo. En esas circunstancias, me dice, yo creo que incluso podríamos enamorarnos. Tú serías todo para mí y yo sería todo para ti. No me digas que no podríamos culear en el fin del mundo, huevón. No me digas que no somos buenos amigos.

Supongo que sí, le respondo, mientras se abrasan las ventanas y las escaleras y las rejas, hierven las agentes inmobiliarias y las madrastras, se evaporan los conserjes y las vecinas, y en un instante que persiste incandescente en la memoria, languidecen todas las formas y las ideas, como cera derritiéndose al sol. Es ahí cuando entiendo que no somos los aborígenes del apocalipsis, ni el *leitmotiv* de un incendiario ensayo abolicionista del porno, sino tan sólo partículas anecdóticas dentro de la viscosidad de un solitario queso camembert abandonado en la Vía Láctea hace ya no sé cuántos millones de años. ¶¶

ISABELLA JIMÉNEZ ROBLES (TEXTO) E ISRAEL RODRÍGUEZ NAVARRO (FOTO)

Barbas de oro: incendios de la caña en Jalisco

Durante la zafra, los campos de caña arden por las noches. Su luz rojiza forma parte del paisaje rural mexicano. En el proceso que lleva el azúcar a la mesa, la quema facilita el trabajo extenuante de la cosecha. Sus efectos en la salud y los ecosistemas viajan con el hollín en el viento y obligan a preguntarse si el fuego puede controlarse. Las historias de quienes trabajan entre las llamas sugieren otra cosa: a veces es posible conversar con él.

Quemas de caña en Estipac, El Carmen y El Amarillo, Jalisco, 2026.

Fumaba todos los días sentado en la banqueta de su casa, a espaldas del templo. Al observar el humo de su cigarro, Jorge Martínez Hernández aprendió los movimientos del viento. Le llamaban El Garrocha. Vivía en Teuchitlán, en la región Valles, al centro de Jalisco. Sus conversaciones privadas con el fuego le dieron los secretos que llevó consigo al campo durante 34 años de zafra.

Jalisco es el segundo productor de caña en México. Lugares como Teuchitlán, Estipac, El Carmen y El Amarillo son el punto medio entre los campos y los ingenios que transforman la planta en azúcar. Pueden encontrarse siguiendo el rastro de la caña: el camino está marcado por varas que caen de los camiones cargados hasta el tope. Gran parte de la población de estas localidades labora en el proceso agrícola; aún así, resulta difícil cubrir la demanda de mano de obra.

En México, comunidades enteras, muchas de ellas guerrerenses, se reubicaron durante el periodo de corte.¹ Generaciones de padres e hijos trabajan bajo el sol. Aunque existen máquinas para cosechar caña verde, algunos productores argumentan que no funcionan en terrenos irregulares o pedregosos en los que el fuego despeja el camino para la cosecha manual. Por otro lado, las hojas de la caña son innecesarias para producir el azúcar. Al consumirlas, las llamas dejan la caña expuesta y seca. También limpian el terreno de hojarasca y maleza.

Entonces, en las noches de noviembre a mayo, desde los pueblos cañeros salen camionetas *pickup*. Van cargadas con cuadrillas de trabajadores: dos hombres llevan quemadores y dos cargan

bombas de agua. Visten pantalones de mezclilla y camisetas chamuscadas, que ya han visto varias noches de trabajo, y se internan en los cultivos de caña por caminos de terracería.

En estos campos, José Manuel Garagarza Ulloa y su padre, Antonio, aprendieron a trabajar en la zafra. Cuando se incorporaron al trabajo cañero en 2021, su mentor fue El Garrocha. Su relación con el fuego era tan singular que una vez el trabajo de la cuadrilla espantó a otro trabajador: “Ustedes están locos, cabrones; tienen pacto con el diablo”.

Al llegar al campo, la primera tarea es leer el viento. Las quemadas comienzan tras la puesta del sol, cuando hay más quietud. Deben evitar condiciones que empujen las llamas hacia otros campos. El viento tiene la autoridad sobre el fuego; los quemadores sólo negocian con él.

José Manuel recuerda un día de ventarrones. Nadie en la cuadrilla pensaba que fuera posible trabajar, excepto El Garrocha, que les ordenó prepararse: “Alisten sus bombas y sus quemadores. A las siete empezamos, estén listos o no”. No le hicieron caso. A las seis y media lo repitió: “Metiéndose el sol, se va el aire y empiezo”. “Fue increíble”, cuenta José Manuel. “El aire estaba muy loco, hasta chiflaba. A las siete en punto, él prendió y ya no había viento.”

Las primeras llamas brotan en segundos. Jabalíes, liebres y roedores se refugian entre la caña. En la quema, si aún están dentro, huyen o mueren. Algunos emergen chamuscados, desorientados, incluso ciegos, sólo para caer muertos al cruzar el borde del campo.

Para otros, el olor del humo anuncia una noche de cacería. Alrededor de los campos merodean “animales de uña”: gatos monteses, linceos, pumas, onzas. José Manuel y Antonio Garagarza recuerdan haber visto una pantera espe-

1 “Niñez jornalera de la Montaña de Guerrero: 979 menores migraron a los campos del país entre enero y abril de 2026”, *somoselmedio*, 2 de mayo de 2026.



rando frente a una parcela de la cual salían jabalíes: “Estaba sobre un cerrito, viendo para con nosotros y movía la colota”. En Teuchitlán, la zafra es temporada de birria de conejo. Cuando la lumbre encierra la parcela, salen “destapados”. Corren tan desorientados que las personas logran matarlos con el golpe de una vara de caña: “los pelan ahí, se los llevan para darles de comer a sus familias”. Las cuadrillas cada vez ven menos animales. Jaime Rivera, en los campos de Estipac, rodeado por la Sierra de Tapalpa, dice que entre la caña ya casi sólo quedan ratas.

Durante la quema, en el cielo se forma un muro gris moteado de brillos rojos. Trozos de tizne encendido al vuelo amenazan con adherirse a la piel y hacer arder la ropa. A veces las brasas llegan hasta arbustos o árboles y los encienden como ornamentos festivos titi-

lantes. Los bomberos deben detectarlos y apagarlos antes de que crezcan.

Todos los hombres que se dedican a la quema aprenden el oficio sobre la marcha y, con suerte, de otros más experimentados. Jaime Rivera, Fernando Terán y Vicente Rodríguez, en Estipac, no tuvieron esa fortuna. Cuando empezaron, hace cinco años, un hombre se ofreció a enseñarles. En su primera quema, el fuego escapó hacia parcelas que no debían arder. Hoy reconocen que lanzaron mal la lumbre. El primero en equivocarse fue quien les prometió enseñarles. Desde entonces, han aprendido solos.

No todos comienzan así. En los campos cercanos a El Carmen de Ordaz, tres generaciones coinciden en una misma cuadrilla: Daniel Moya, con 10 años de experiencia; Jesús Heredia, con 6; Ignacio Salazar, que lleva 25 años en la quema, y Jorge Taboada, que apenas

Su mentor estudió el viento con tanta atención que aprendió a anticipar los movimientos de las llamas. Tras el telón de su espectáculo, era un maestro de la observación.

empieza. Viene de Guerrero, como muchos de los trabajadores que llegan cada año a Jalisco.

En Teuchitlán, con gran facilidad de palabra, hasta las bromas de El Garrocha resultaban didácticas. Cuando necesitaba que el fuego creciera, gritaba: “Barbas de oro, házme caso, te ocupo”, o “Satanás, vente, hijo de la chingada”. Las llamas parecían responder embravecándose. Si crecían demasiado, cambiaba el tono: “Cálmate, chiquito”. Poco a poco, la lumbre se tranquilizaba hasta extinguirse. El Garrocha se comunicaba al mismo tiempo con el fuego, el viento y sus aprendices.

Es difícil imaginar cómo su voz podía competir con el rugido del incendio,

que inunda el ambiente con un millón de chasquidos. Todos sus rasgos son abrumadores: la luz encandila, el sonido aturde, el humo arde en los ojos y ahoga la respiración.

Este fuego no se detiene con agua, se apaga con más fuego. José lo explica así: “Tienes que encontrarla con lumbre. Le prendes del otro lado y la lumbre llama a la lumbre. Se juntan... y ahí se para. Es como un imán”. Cuando los dos frentes se encuentran, se funden en una sola llamarada. En un instante se alza un gigante que ilumina todo de rojo, agita sus brazos entre la caña y estira el cuello para intentar morder las estrellas.

Luego, el gigante se queda dormido. Las cañas se oscurecen y se doblan





sobre el suelo ennegrecido. La base de la parcela brilla con una luz constante hasta apagarse. De pronto, todo regresa a la oscuridad. El silencio vuelve, apenas interrumpido por los autos en las carreteras cercanas.

Al final, sólo quedan algunas llamas en las orillas de la parcela. En apenas treinta minutos el fuego devora todo lo que estorba para sacarle la dulzura a hectáreas de campo.

José Manuel no sentía miedo durante las quemas, sólo adrenalina. Le maravillaba observar las enormes flamas, incluso mientras debía cuidarse de ellas: “Te activas, te pones al cien. Es muy bonito”. Pero recuerda los malesatares que lo seguían a casa. Algunos trabajadores consideran que tomar tequila o mezcal ayuda a aliviar el calor del cuerpo y evitar el “mal de orín”. Hablan también de los “hervores de sangre”: ampollas, ronchas y comezón en la piel.

Cada pueblo cañero narra historias trágicas de la zafra. Ignacio Salazar cuenta que, cerca de El Carmen, murieron dos jóvenes quemadores. Uno intentó caminar sobre lo que parecía tierra firme y que resultó una capa de cenizas ardiendo. El otro tropezó mientras intentaba contener el fuego y quedó enredado en un alambre de púas. Las llamas siguieron avanzando hasta alcanzarlo.

José Manuel Garagarza tiene muy presente el dolor de la noche en que se esguinzó un tobillo. Esa lesión lo llevó a dejar la zafra. Su padre, Antonio, se retiró antes; tenía dificultad para respirar y le encontraron una masa en el pulmón: “Ese chingado trabajo no vale la salud”. Tampoco le parece rentable; su familia conserva una parcela y cada año temen que les paguen menos por tonelada.

Fernando Terán y Jaime Rivera, que siguen trabajando en la quema en Estipac, coinciden en que es una ocu-



La caja de cigarros de Jorge Martínez, El Garrocha, en Teuchitlán, Jalisco, 2026.

pación peligrosa. Aunque disfrutaban la vida en el campo, dudan que haya suficientes jóvenes dispuestos a continuar. Entienden que hoy resulta difícil vivir de ello.

El Garrocha enfermó de covid en 2022. Su cuerpo no resistió; “tenía muchísimo humo en los pulmones”, recuerda José Manuel. Murió a los 76 años. En su funeral hubo mariachi y los camiones de las cuadrillas escoltaron su sepulcro haciendo sonar el claxon. En la caravana, José Manuel manejó la camioneta de Jorge. En la guantera encontró su última cajetilla de cigarros: le quedaban cuatro; mandó hacer una vitrina de vidrio donde conservarla. Él no planea volver a la quema; su nuevo empleo le permite pasar más tiempo con su familia.

No cree que los talentos de El Garrocha fueran sobrenaturales. Reconoce que su mentor estudió el viento con

tanta atención que aprendió a anticipar los movimientos de las llamas. Tras el telón de su espectáculo, era un maestro de la observación.

Aun así, José Manuel recuerda una jornada después de la muerte de su amigo. Antes de ir al otro extremo de la parcela, puso un quemador en el suelo. Cuando regresó, no estaba donde lo había dejado: se hallaba a unos veinte pasos y las cañas cercanas ya ardían en la dirección correcta. Sus compañeros negaron haber encendido esas flamas. José Manuel no preguntó más, le agradeció a El Garrocha y le pidió que no lo asustara: él podía seguir con la quema. *RM*

ADRIANA VALLARINO MONCADA

¿Sobrevivirán mis crías a un calor cada vez más fuerte y duradero?

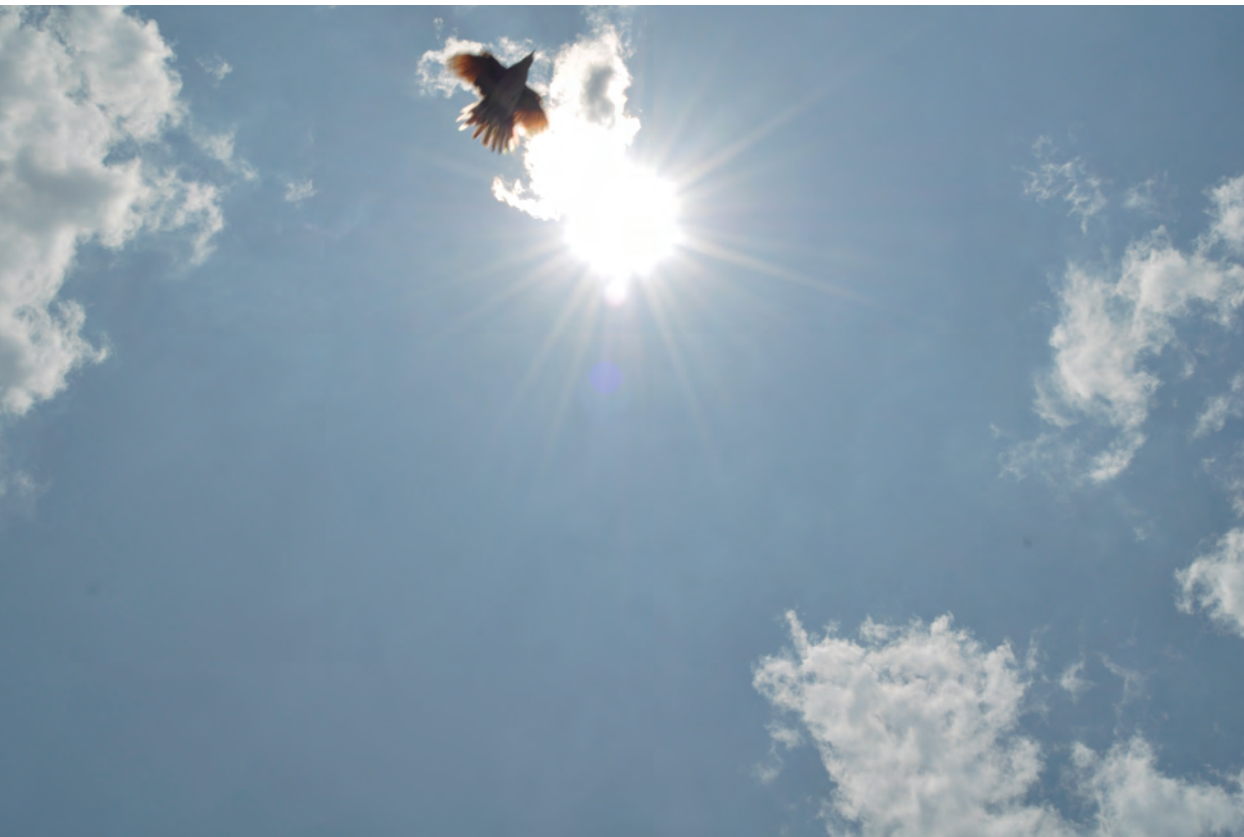
Los días han empezado a ser más largos. Hace unas semanas regresaste de tu viaje invernal por el sur y todo está verde y fresco, con olor a vida. Has vuelto al lugar donde naciste y en el que encontraste a tu pareja hace algunos años. Cuando llegaste a casa, él ya estaba ahí, cantando fuertemente y defendiendo el territorio. Ustedes no migran juntos, a diferencia de las aves más sociales, como los patos; en su caso, cada quien se va por su lado y no suelen pasar juntos el invierno, así que regresar a su lugar de origen, donde se han reproducido cada año, es también un reencuentro. Cuando por fin se ven, cantan y vuelan coordinados, recuerdan sus

bailes y cantos únicos, así como el sitio en el que la estación pasada construyeron su nido. Se saludan con un ritual propio, sin que otras aves participen ni interfieran. Ambos están delgados a causa de la difícil migración; entonces van a buscar insectos y gusanos con el fin de recuperar energía y tener reservas, pues deben prepararse, durante varias semanas, para reproducirse.

La migración de este año fue un poco diferente de las anteriores. Antes de dirigirte hacia el sur, a finales del último verano, sentiste menos frío y las ganas de quedarte un poco más de tiempo, pero algo dentro de ti te dijo que era hora de partir y te fuiste. La nieve también llegó más tarde, fue una temporada invernal de fuertes tormentas y temperaturas muy bajas y, aunque la cantidad

de nieve fue la misma que en otros años, se concentró en caídas violentas de pocos temporales. Además, los lugares en los que normalmente te detienes para alimentarte estaban muy secos y no había suficiente comida, por lo que tuviste que buscar otros paraderos. Corriste con suerte al toparte con casas de humanos que tenían agua y alimento, dispuestos para que aves como tú se provean. Algunos compañeros tuyos, sin embargo, no tuvieron la misma fortuna. En tu camino atravesaste menos áreas verdes y más construcciones, carreteras y humanos allí en donde antes había árboles y otras plantas. Pero lo lograste, sorteaste los imprevistos y llegaste a casa en el norte.

Amaneciste con ganas de cantar, pronto te aparearás y pondrás seis o siete huevos. Vuelas un poco y te das cuen-



Diego Trujillo-Pisanty, fotografía de ave en vuelo captada con un dispositivo automático, de la serie *Cosas que vuelan*, 2019.

ta de que las aves de todas las especies, no sólo de la tuya, también parecen inquietas; se acerca la primavera: todas cantan, gritan, vuelan, despliegan sus colores y se alimentan. Tú pasas gran parte del día comiendo y poniendo tus plumas bonitas, las limpias y peinas con tu pico. Te sorprende la cantidad de gusanos que hay disponibles en esta época. Normalmente, esta cantidad la ves hasta que nacen tus polluelos. “Será un año grandioso”, piensas.

Finalmente llega el momento y, en una semana, pones seis huevos. Empiezas a incubar en cuanto la nidada está completa para que todos los polluelos eclosionen el mismo día, con unas horas de diferencia. No obstante, sientes un calor inusual, así que optas por levantarte y permitir que un poco de aire atraviese tus plumas y refresque el nido —es más peligroso un exceso de temperatura que un poco de fresco, ya que los embriones pueden morir si sobrepasan los 40°C—; además, das algunos viajes cortos varias veces al día para tomar agua, mojar tus plumas y así refrescar a tus huevos. Afortunadamente, tu pareja y tú han escogido un lugar cerca de un árbol que les da sombra. Son días de trabajo arduo, pues junto a las estrategias que debes adoptar para que los huevos no se calienten demasiado, debes estar atenta a las ardillas y otros roedores, hambrientos depredadores.

Antes de que pasen quince días, algunas de tus crías empiezan a piar dentro del huevo, como si ya quisieran salir. Sorprendida, empiezas a ver cómo una cáscara se va rom-

piendo; en definitiva, a un pollito le urge nacer y, después de algunas horas, ya puedes ver su piquito. Sin embargo, los otros no dan pistas de querer eclosionar todavía. No entiendes qué está pasando y por qué uno se adelantó tanto. Al día siguiente, otro pollito hace todo por ver el mundo pero, otra vez, sólo uno.

Tu pareja y tú van en busca de gusanos para darles algo de desayunar a los precoces polluelos. Sin embargo, no encuentran tanto alimento como esperarías; hay muchos menos gusanos que hace tres semanas, cuando iniciaba el ciclo de reproducción. Regresas al nido, donde ya nació tu segunda cría, pero el alimento que consiguieron apenas alcanza para repartirlo entre las dos. Al sexto día nace la última, y la diferencia de tamaño es muy grande porque la que nació primero le lleva cinco días de ventaja, tiempo en el que no ha dejado de comer. Tú y tu compañero traen todos

los gusanos que pueden encontrar, pero no son suficientes; además, la primogénita acapara la mayor parte de la comida, mientras que las pequeñas cada vez están más débiles. No puedes elegir a quien alimentar, así que dejas que ellas lo resuelvan, como ha sido desde el principio de la vida en la Tierra...

Han pasado dos años y acabas de regresar a tu lugar de nacimiento; en esta ocasión, la migración fue aún más complicada. Volviste antes porque las temperaturas en el sur eran ya muy altas a finales del invierno; tomaste otra ruta porque la última vez apenas encontras-



John James Audubon, “*Sylvia maculosa* [ahora *Setophaga magnolia*]”, del libro *The Birds of America*, pl. 123, ca. 1827-1838. Universidad de Pittsburgh ©.

te alimento en el camino de siempre y la mayoría de los sitios naturales en donde descansabas había desaparecido. Fue un trayecto más largo y peligroso que terminó pronto con tus reservas de energía y que te obligó a esquivar a las personas y a sus temibles mascotas felinas, una amenaza para todas las aves, porque cazan por diversión y no por hambre; si tan sólo tuvieran un cascabel alertarían de su presencia y harían mucho menos daño. Entonces respiras aliviada y contenta por haber logrado escapar y estar de vuelta en tu hogar. Allí encuentras a tu pareja alimentándose y cuidando el territorio; al menos su árbol sigue en pie.

Es esa época del año otra vez: días largos, bullicio en los árboles, más vida por todos lados y menos frío, aunque mucho menos de lo habitual para estas fechas. De nuevo hay un montón de gusanos justo al inicio de la primavera, por lo que te preguntas si pasará lo mismo que el año pasado y el antepasado, cuando no hubo suficientes para alimentar a tus pollitos. Los gusanos están naciendo antes, pues hace calor antes de tiempo y eso ocasiona que se adelanten, pero tú no has podido alterar tu ciclo porque se rige por las horas de luz que hay en el día y no por la temperatura. ¡Qué desastre! Debes encontrar otra fuente de alimento o empezar a tener menos crías para poder darles de comer.

Los dos últimos años fueron bastante caóticos, tus polluelos, por ejemplo, no necesitaron de tu calor para desarrollarse: si bien tú los empollaste hasta que nacieron todos, el aire caliente actuó como un incubador ambiental. Este será



John James Audubon, "*Muscicapa ruticilla* [ahora *Setophaga ruticilla*]", del libro *The Birds of America*, pl. 40, ca. 1827-1838. Universidad de Pittsburgh ©.

el tercer año en el que todo es diferente y no estás dispuesta a perder a la mayoría de tus crías. Lo único que puedes hacer es poner menos huevos, uno o dos, y esperar que la temperatura no sea tan alta que mate a los embriones, y que los gusanos disponibles basten para alimentarlos cuando nazcan. Es difícil mantener el paso con tanto cambio.

Felizmente, este año no fue tan malo, tus dos crías sobrevivieron y volaron del nido bien alimentadas, listas para enfrentarse a la vida. Sin embargo, todo se ha vuelto más inestable, lo cual es un problema porque tu futuro y el de cientos de especies de aves (canoras, semilleras, marinas, etc.) dependen de eventos ambientales y biológicos puntuales regidos por la cantidad de luz y temperatura. Tú, en particular, has tenido que adelantar la fecha en la que regresas a reproducirte a finales del invierno porque el calor es intolerable, has cambiado de ruta migratoria, abandonas más veces a tus crías cuando vas a refrescarte y realizas viajes más largos al ir en busca de alimento para ellas. Ya no hay vuelta atrás, el pasado no regresará, pero aún es posible que el presente no se convierta en un caos total. ¿Qué sería de un planeta sin plumas de colores, sin cantos tan diversos y sin polluelos en sus nidos? Un planeta devastado, inhabitable y sin futuro. ❧

CHRISTINA SOTO VAN DER PLAS

Los estratos alertas del incendio

El calor es omnipresente, casi omnipotente: se te mete en los pulmones y no te deja ni un hueco. Llegué a Riverside, California, sin coche, dependiendo de autobuses poco eficientes que me dejaban siempre demasiado lejos. El problema no era el trayecto, sino las caminatas interminables bajo el sol del desierto urbano: el pavimento exhalando calor, quemando mis suelas de plástico; el aire seco y acartonado que no alcanza y marea. Me ahogo en el calor.



Enrique Minjares Padilla, *Incendio en Oroville, CA-septiembre 2020, 2024*. Todas las imágenes son cortesía del artista.

Los vientos de Santa Ana, me dijeron, son los que te tienen así de mareada y débil.

“Vientos del diablo”, así los llamaban los misioneros que se establecieron en California cuando ésta formaba parte del vasto dominio de los españoles. Nacen de la presión que se acumula entre la Sierra Nevada y las Montañas Rocallosas: el aire desciende por la Gran Cuenca, se comprime y recalienta avanzando hacia el sur de California. Llegan secos, calientes, elevan la temperatura. El aire no basta.

Antonio López de Santa Anna, Alteza Serenísima, once veces presidente, firmó el Tratado de Guadalupe Hidalgo. Según la historia que nos enseñaron en la primaria, “vendió” el país, pero la ecuación era mucho más complicada,

más inevitable y menos imputable a las acciones de un solo líder oportunista.

La consecuencia, sin embargo, persiste: si no fuera por ese tratado, estaría en mi país, no necesitaría una tarjeta de residencia, no sería alienígena ni me hubieran masticado las muelas de hielo del agente de migración.

El dictador, el todopoderoso,/ el que construye los desiertos mira/ cómo nacen del cuerpo los bestiales/ ácidos de la muerte¹

Vivo en el Inland Empire, junto a un río siempre seco: territorio poroso (como

1 Todas las secciones en cursivas son fragmentos de *El reposo del fuego* (1966) de José Emilio Pacheco.



*Incendio en Tijuana-junio 2020,
2024.*

todo imperio), cúmulo impreciso de ciudades arrastradas por la expansión de Los Ángeles, donde la metrópoli empuja a las comunidades y la pobreza hacia la periferia. Desierto tecnicolor, tierra de naranjas y dátiles.

A mi celular me llegan alertas: “*high wind advisory*”. El aire puede derribar árboles, por lo que no debes manejar a alta velocidad. *Repta el viento y horada los caminos*, como si algo subterráneo, una asfixia antigua, siguiera excavando la tierra.

Los reptantes vientos de Santa Anna alcanzan la fuerza de los huracanes. La explosiva combinación de viento y calor horada los caminos y les presta su aliento a los incendios, tan frecuentes en la región. Basta una chispa.

*Fuego es el mundo que se extingue y
cambia
para durar (fue siempre) eternamente.
Calor desierto de pavimento y
carreteras,
los mapas dibujan lo que el fuego deja
y el viento borra:
cenizas y gis, memoria y territorio,
estratos alertas del incendio.*

Desde la carretera, el paisaje es uniforme.

Siempre quise manejar en grandes autopistas, dejar que el volante se deslizara bajo mis manos, acelerar impunemente. Pero aquí el monótono calor de la conducción se encumbra. Carreteras de seis o siete carriles, gigantescos puentes sobrevolados. Curvas hechas para no frenar. Salidas numeradas en letreros verdes que brillan por la noche. Gasolineras. Infinitos restaurantes de comida rápida con autoservicio. Cada cierto número de kilómetros, las mismas tiendas una y otra vez. El paisaje carretero: bloques de concreto que se repiten hasta borrarse, sin importar la ciudad ni el suburbio. Rocas y bravas peñas de centros comerciales. La isla Calafia es repetición antes que diferencia.

Desde la carretera, el paso del tiempo es una repetición incesante de luces.

Mi coche de segunda mano se bambolea con los vientos de Santa Anna. Es tan ligero que se lo lleva el aire. Aerodinámico, dicen, pero a mí sólo me parece pobremente construido.

Toda la noche vi crecer el fuego.

Hay un mapa de la costa oeste del país. Está lleno de símbolos en rojo, pequeñas llamas que marcan los lugares donde arden los “incendios activos”. Estas flamas se vuelven de color gris cuando el fuego ha sido contenido, peligro domesticado sin color. En las imágenes de alerta se exalta el heroísmo del Departamento Forestal y de Protección contra Incendios de California. Pero detrás de esa épica también están los trabajadores presos: casi el 30 % de la fuerza de trabajo son bomberos sin título que cumplen sentencias penitenciarias por crímenes no violentos, prestan el servicio para reducir su tiempo en prisión y cobran apenas unos dólares por hora.² Todo se hace, dicen, por tu protección, para mantenerte a salvo, para darte el mejor servicio, para que no pierdas tu casa ni tus bienes.

Otra vez la tierra calcinada: acorralados por las llamas entre los cañones, animales, gente, todo lo que respira busca un refugio imposible. En las imágenes de las noticias, fuego y lava se confunden. Uno trepa sobre la tierra, el otro intenta alcanzar el cielo. Lo que queda, siempre, son las cenizas. Suelo negro, inhóspito, inhabitable.

A veces, la pradera se incendia. Una línea de llamas rotas, irregulares, avanza como una frontera y divide la tierra en dos: de un lado, verde y café, del otro, negro. Los halcones sobrevuelan el humo blanco: esperan sorprender a las serpientes y otras criaturas que huyen a lo

2 Según datos de *Los Angeles Times*, históricamente, el 30 % de los bomberos han sido reclusos del estado de California y ganan entre 5.80 y 10.24 dólares por hora. (El salario mínimo en California en 2026 es de 16.90 dólares.) Disponible en: <https://acortar.link/QlWuTd>.

largo de la línea de fuego. Muchos incendios son provocados por agricultores que queman la maleza para que el pasto renazca. Otros arden por desafío, indiscriminadamente, simplemente por el placer de consumir la pradera. El cobre asfixia y deja marcas en árboles que después parecen artificiales, clavados en un suelo completamente negro. Ciudades lunares. Árboles suspendidos sobre cráteres de ceniza. La serpiente encuentra su hueco en la tierra calcinada.

La casa donde crecí, en las afueras de la ciudad, está en la parte alta de una montaña desde la que se puede ver el Valle de México. Lo que era pradera, hoy está abarrotado de casas y negocios: ya no queda casi nada del verde que nos rodeaba, casi nunca se distinguen el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl. *La ciudad en estos años cambió tanto/ que ya no es mi ciudad.*

Cuando era niña, los terrenos de alrededor se incendiaban cada año. Teníamos que avisarles rápidamente a mis papás o a los bomberos en cuanto veíamos fuego o humo en los terrenos “de abajo”. De pronto, olía a quemado. Interrumpíamos cualquier juego y nos asomábamos por la ventana del cuarto de mis papás, aunque apenas alcanzábamos a ver el origen de la humareda.

Los bomberos, sabíamos, tardarían horas en llegar. Si el incendio estaba lejos, no había problema. Pero si se extendía, era motivo de alarma. Había que tener un plan alternativo: mi mamá sacaba una larga manguera verde oscuro para combatir el fuego inminente. A veces no bastaba y las llamas alcanzaban las plantas del jardín, encaramadas en la reja de metal. Era especialmente trágico cuando llegaban a las buganvillas. Adiós a su púrpura. Adiós a las pequeñas flores blancas que anidaban en sus pétalos. Mi mamá, con el teléfono en

mano, seguía insistiendo a los trabajadores del municipio para que mandaran a los bomberos; con la otra mano, sostenía la manguera mientras el líquido iba perdiendo presión. Ya no había agua en el tinaco. Si el incendio se prolongaba, llegaban los bomberos y lo apagaban, casi sin equipo, a fuerza de golpear el suelo y el pasto con sus chamarras, una y otra vez, hasta acallar y contener esa furia de la tierra. Allí, como recuerdo, sobre la montaña, quedaba la pintura negra que no se deslavaría sino hasta años después. *Ecós pasos recuerdos destrucciones.*

Dejé la pintura negra deslavada de mi tierra; dejé la marca en la montaña que ya sabía leer, encontrándome cómodamente incómoda en la imperfección de mi país: sabía que los bomberos llegarían tarde, la manguera perdería presión, las buganvillas despedirían ese olor a flor calcinada. Era mi forma de orientarme en el paisaje templado de la infancia, todavía por descubrir. Ese negro del rescoldo me rodea, me repite, me redefina. ¿Es posible cartografiar lo que el fuego deja?

Vuelven mundos a hendirse. Hace unos días, muy cerca de Riverside, un incendio se salió de la contención del heroico Departamento.

Como los huracanes, los incendios también tienen nombre. Pero no es el mismo gesto: los huracanes se nombran con años de anticipación, en orden alfabético, metódicamente. Los incendios se bautizan en segundos, con premura, con la primera marca referencial que identifican los servicios de emergencia y los bomberos: una calle, un cerro, un camino, un basurero. A éste le llamaron “de corte azul” porque empezó cerca de un sendero llamado Blue Cut, que a su vez tomó prestado su nombre de una

formación de roca azulgris que domina el paisaje del Cajon Pass. Una roca antigua, quieta, cargando el nombre de un incendio devastador.

Van cien mil evacuados. Dicen que está contenido un 82 %. Como si el fuego se pudiera contener a porcentajes. Como si se pudiera abarcar el infierno en un libro con nueve bien medidos círculos. Nombrar también es una forma de contener: darle un sendero, una cifra, un círculo. Otros incendios llevan nombres que parecen conjuros: Witch Fire, Nuns Fire. Pero son apenas referencias geográficas: uno comenzó en Witch Creek; el otro, en Nuns Canyon Road. Brujas y monjas ardiendo en el mismo territorio donde los misioneros bautizaron los vientos como demonios. El paisaje cifra su propia toponimia religiosa.

Días de calor: tu piel se incendia apenas cruzas la puerta. Te refugias porque tu piel corre el riesgo de encenderse de pronto, como una brasa.

El mapa aún muestra incendios. La temporada de sequía debió terminar; el invierno ha aplacado el calor del desierto. Y el fuego se niega a adquirir forma: se reinventa en cada mirada, adquiere contornos nuevos, se esculpe en cada desastre consumiendo la materia.

Me imagino como un bombero heroico: traje, manguera, sirenas, extintores, guantes, equipo de oxígeno para no sofocarme. En medio de las brasas, la única capaz de calmar esas llamas, atrapada en el círculo. Los otros se fueron. O yo me fui de mi mapa, de mi país. Luego del incendio, también soy cenizas. Un territorio sin mapa. Perdí mis *landmarks*. Perdí mis *marcas* en la *tierra*.

El fuego no reposa. Reposo el fuego.

Esa mañana en la primaria nos dibujaron un mapa. Un mapa trazado a nuestros pies, delineado con gis blanco sobre el asfalto, con detalles minuciosos. ¿Quién puede dibujar el contorno de la tierra? Dibujé mi país con forma de caballito de mar. Todo mapa es una representación a escala de la realidad y, por lo tanto, es imperfecto: no corresponde al tamaño de tu experiencia, por no decir esperanza.

Borges cuenta la historia de un imperio donde el arte de la cartografía había alcanzado tal perfección que el mapa abarcaba una ciudad entera. No contentos con eso, los geógrafos emprendieron un proyecto mayor: trazar un mapa a escala 1:1, un mapa que coincidiera por completo con el territorio del imperio. El mapa era el imperio. Ya no representaba nada, no servía para orientarse ni para moverse. Era un proyecto inútil.

En el desierto del oeste, escribe Borges, aún quedan las ruinas del mapa del imperio. Añado: que desapareció antes que su mapa.

La palabra *mapa* viene del latín y, en su origen, significaba servilleta o pañuelo. Como dicen: el mundo es un pañuelo. Un mapamundi.

El gis se deslava. Desde las cenizas, a veces, algo empuja. No el mapa del imperio, no la servilleta del mundo. Algo ínfimo, más poroso. Las marcas del rescoldo tienen su propia geografía. Aprendo, todos los días, a leer sus trazos.

Pero la piel guarda sus propias cicatrices: busco el calor templado de la montaña en este desierto y sus vendavales; los volcanes que no asoman; el lago bajo el pavimento; el periférico norte, quinto círculo del infierno, en cada autopista de seis carriles; las buganvillas donde sólo hay palmeras trasplantadas; los pirules que no están, no aquí. Lo que el tiempo y el fuego borra, lo que el tratado renombró. Un país encima del otro, ninguno del todo. Me obsesiona cartografiarlo. Eso también es volver. ♪



Incendio en el desierto de Mojave, CA-julio 2023, 2024.

RODRIGO GORDOA DE LA HUERTA

Viajeros y habitantes acalorados en el México del siglo XIX: experiencias y explotación

Hace unos días, mientras buscaba dónde hospedarme para un congreso en Veracruz, leí la reseña de John en TripAdvisor quejándose de que el aire acondicionado no funcionaba en su alojamiento: “Horrible!!! The AC doesn’t work, the room is smelly and noisy. This place is hell, don’t come here!”. Es verdad que empieza la primavera y que el calor puede ser tremendo, pero no es el cataclismo que describe. No obstante, su comentario y mi percepción me despertaron algunas preguntas sobre cómo varía la

forma en que sentimos el calor. Para algunos, como este viajero, es una experiencia que irrumpe de forma violenta su cómoda “experiencia de viaje”. En cambio, para la mayoría de quienes lo viven cotidianamente sólo es el telón de fondo de su historia. ¿Acaso estas vivencias dependen también de la posición social?

La lectura de los testimonios de un grupo de viajeros particularmente quisquillosos, que hizo la ruta de Veracruz a Ciudad de México entre las décadas de 1820 y 1850, puede darnos una idea. Prácticamente todos sus diarios dan cuenta de la naturaleza contradictoria e inclemente de las costas de México. El contacto inicial, por ejemplo, materializaba una promesa colosal: las cumbres nevadas del Pico de Orizaba aparecían entre las olas y, cuenta el austriaco Isidore Löwenstern: “Aquellos glaciares, aquellos volcanes majestuosos eran el símbolo del ideal que yo me había forjado de esa tierra histórica, tal como la veía en mis sueños. Y estos desiertos, esta playa tan llana, tan desolada, el símbolo de la triste realidad que debía yo encontrar en este país tan destruido”.¹

Sin embargo, el anhelo por encontrar las riquezas prometidas parecía pronto y, en su lugar, se padecía el clima extremo de un país en violentísima formación. Era como si la naturaleza hiciera eco del caos y la ira de los primeros años de vida independiente. Según la época del año, los barcos que provenían de La Habana se enfrentaban a los tempestuosos nortes que los arrojaban a los complejos sistemas de coral que rodeaban el antiguo puerto veracruzano.

En su trayecto a la fortaleza de San Juan de Ulúa o al embarcadero que unía la aduana con Veracruz, los visitantes

1 Isidore Löwenstern, *México. Memorias de un viajero*, Margarita Pierini (trad.), México, FCE, 2012, p. 46.



“Saguaro National Park”, del libro *Travel Without Moving*, Skinnerbook, 2016. Las imágenes son cortesía del artista.

pasaban de la sorpresa a la incertidumbre y el tedio; los efectos del calor húmedo se hacían sentir mientras averiguaban quién estaba a cargo del puerto, que, a inicios del siglo XIX, vio transitar entre sus muros a iturbidistas, santanistas y ejércitos de ocupación.

Los europeos y los estadounidenses consideraron a Veracruz como el reino de la pestilencia. El naturalista inglés William Bullock, por ejemplo, dijo en 1824 que era: “el lugar más malsano del globo, el cuartel general de la muerte”;² y Frances Erskine Inglis, que llegó junto con su esposo a México por esta ruta, escribió: “Veracruz, en toda su fealdad, se hizo patente ante nuestros fatigados ojos”.³ La mala primera impre-

2 Margo Glantz, *Viajes en México. Crónicas extranjeras*, México, SEP, 1982, p. 121.

3 Madame Calderón de la Barca [Frances Erskine Inglis], *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, 1981, p. 19.



Federico Ciamei, “Monteverde Cloud Forest”, del libro *Travel Without Moving*, Skinnerboox, 2016.

sión se vio incrementada por el impacto directo del calor que, junto con los mosquitos, parecía haber confabulado para quitarle el sueño a *madame* Calderón en su primera noche porteña. La dificultad para dormir después de la travesía parecía algo común; otros testigos de la época también se quejaban de ello y culpaban a la humedad y el ambiente desordenado y ruidoso provocado por aquellos que gozaban de las noches veracruzanas. Desde las ventanas o los agujeros que se hacían en los muros para que entrara algo de luz a los cuartos de hotel, los observadores extranjeros se lamentaban por su suerte.

El calor como clima indeseable es un tópico frecuente en los testimonios de otros visitantes; a los ojos del europeo, además, es el detonante de una fatiga y miseria que pueden llevar a la enfermedad e, incluso, a la muerte. La fiebre amarilla era quizás el mayor temor de los viajeros; se creía que aparecía a cau-

sa de los miasmas y la podredumbre de la materia orgánica, producto, a su vez, del insostenible calor. Con un racismo propio de la época, los extranjeros contaban que los habitantes estaban acostumbrados a estos malos humores y, de manera condescendiente, vinculaban el clima insalubre con lo que ellos percibían como la apatía de la población local. Tanto Bullock como Erskine veían a los veracruzanos como “[unos] pobres diablos”⁴ que vegetaban bajo los rayos del sol y cuya pasividad se pausaba solamente para comerciar pescados de colores increíbles o unas apestosas tiras de carne.

Mientras tanto los trabajadores de los muelles descargaban mercancías inglesas o de otros lugares del mundo; las tripulaciones de las naves vivían en condiciones sofocantes y la gente comerciaba en el trajín del puerto bajo el flagelante calor. Entre la costa y las zonas templadas de tierra adentro se encontraban los trapiches y las fábricas de azúcar; ahí el calor de las calderas agobiaba a los operarios.

La travesía continuaba fuera de las murallas de Veracruz; allí las dunas hacían que los viajeros, asfixiados por el calor y el polvo, evocaran paisajes bíblicos. El primer pasaje hacia Xalapa era, de acuerdo con Löwenstern, una ruta muy desagradable: “ya que casi toda la ruta atraviesa por tierras calientes [...] y expuestas al calor más agobiante”;⁵ por lo que, claro, era una zona dominada por el vómito negro, como se le conocía también a la fiebre amarilla.

Para los viajeros resultaba evidente la comparación de estos parajes con los de Egipto o los alrededores de Jerusalén —una implantación, por supuesto, de estereotipos orientalistas—. Entre la

4 *Ibid.*, p. 227.

5 I. Löwenstern, *op. cit.*, p. 54.


esterilidad del paisaje camino a La Antigua y las “chozas pobres, pero limpias”,⁶ que con pena observó Frances Erskine, los conductores de las diligencias llevaban, bajo el rigor del sol, a nuestros observadores; y, algunas leguas más atrás, los arrieros dirigían a las mulas cargadas de equipaje: instrumentos científicos, bibliotecas enteras, muebles y ropa —no podían faltar los vestidos, trajes y sombreros que eran el último grito de la moda en París o Londres.

La gente de los pueblos se detenía un instante a ver pasar a estas pequeñas cortes itinerantes; después, seguían con las labores cotidianas: hombres, mujeres y niños buscaban su sustento en las plantaciones de caña, tabaco o alguna mata de café, en los muelles cercanos o en las aguas de los ríos y las costas. Si levantamos el velo condescendiente y desdeñoso de los pocos testimonios de los viajeros sobre estas poblaciones, no resulta difícil imaginar e inferir las actividades que realizaban a pesar de las inclementes temperaturas.

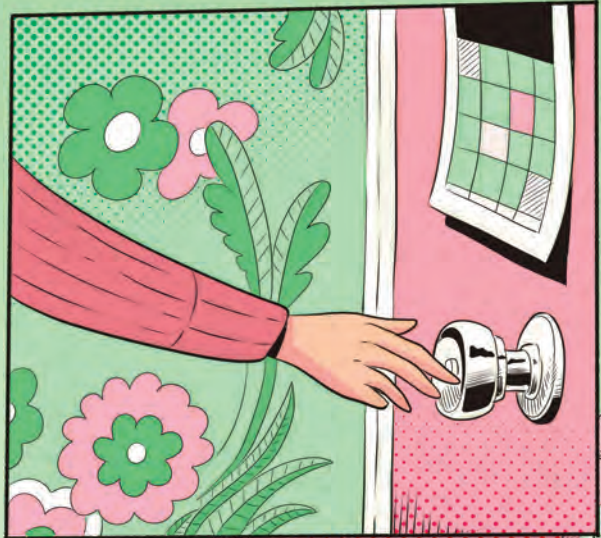
Al llegar a Xalapa los viajeros se desvivían en elogios. El clima templado era una bendición y la gente era, a sus ojos, más civilizada; al habitar en un entorno exuberante y bello, los anfitriones xalapeños eran, a su juicio, personas más amables, industriosas y hospitalarias. Desde las cumbres veracruzanas hasta la entrada a Puebla, los viajantes equiparan constantemente la benevolencia del clima con condiciones de vida más favorables: Angelópolis es descrita como una de las ciudades más ordenadas y adecuadas para los estándares de sociabilidad de los europeos, y sus alrededores son asemejados a algunas zonas de Europa, pese al peligro de los bandidos que asechaban los caminos —sobre todo por Río Frío—, el calor, la enfermedad y la

barbarie. Así, nuestros prejuiciosos testigos decimonónicos descendían hacia el Valle de Anáhuac: tierra conquistada, clima templado y centro de la convulsa política de la época.

La imagen de la Cuenca de México creada por los exploradores y las viajeras del siglo XIX es una réplica de la visión del conquistador. Después de los periplos del viaje —desde los horrores del calor de la costa hasta las tierras templadas—, la riqueza prometida del Nuevo Mundo, el cuerno de la abundancia de Humboldt, aparecía por fin frente a los ojos de los europeos y angloamericanos. En ese momento, todos y todas adoptaban una suerte de “mirada cortesina”: observan las calzadas, los imponentes lagos y la ciudad de México-Tenochtitlan como un espejismo que cubre la ciudad de su época, rodeada todavía de agua, pero fundamentalmente concentrada en cuerpos pantanosos o anegados. A partir de entonces, las narraciones se centran en la comedia de la política y en la tragedia de la plebe del México de la época, pero esa es otra historia: la del calor de las pasiones humanas.

Si leemos a contrasentido las generalizaciones e impresiones de los viajeros, podemos imaginar otras experiencias del calor, aquellas vinculadas al mundo del trabajo. Los obreros, campesinos, comerciantes y marineros padecieron seguramente con mayor intensidad y regularidad las altas temperaturas y, sin embargo, pocas veces tuvieron espacios para plasmar por escrito lo que pensaban sobre el clima; quizás hubiese sido lo último de lo que escribirían. A pesar de los estridentes quejidos de los visitantes, tal vez es tiempo de que nos dejemos guiar por la pregunta brechtiana: “¿Quién sudó para construir Tebas, la de las siete puertas?”. 

6 Mme. Calderón, *op. cit.*, p. 25.



Ahlan bikum.
(bienvenidxs)
Hola a todxs, pasen,
pasen.

Hola, **Jana**,
¿cómo estás? Gusto
en verte.



Buenos días,
ustadha
(maestra)
Yasmín.



Pequeñas Acciones

Para reducir el CALENTAMIENTO GLOBAL

El día de hoy vamos a hablar de un tema muy importante.

Por: LEO MORENO



¿Alguien ha escuchado qué es el calentamiento global?

¿Como en el verano que se siente calor desde los pies hasta la cabeza?



Tiene algo que ver pero creo que eso sería, más bien, "calentamiento GENERALIZADO",

je. je.



¿Alguien más?
¿**Jana**?



Es... cuando sube la temperatura del planeta y del mar por quemar combustibles y cortar los árboles.

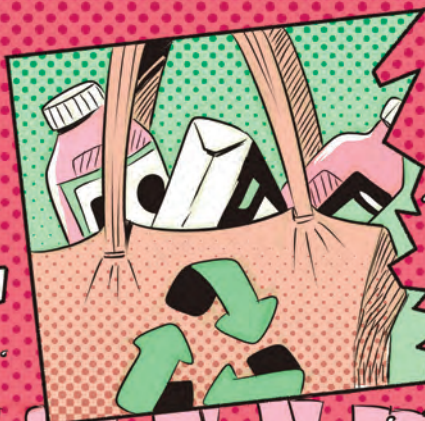


Correcto. El calentamiento global causa grandes problemas a los seres vivos.

Pero no se preocupen, hoy vamos a aprender formas de combatir este fenómeno en nuestro día a día.



5



Número 5:
Usar una bolsa de
tela para hacer las
compr...

BRUUUUUM!

¡E aaaaaaaa!

¡aaaa aah!

¡BUM!

CRASH!

Auuuch.

Buuuuua

TRAZ!

¡AY!

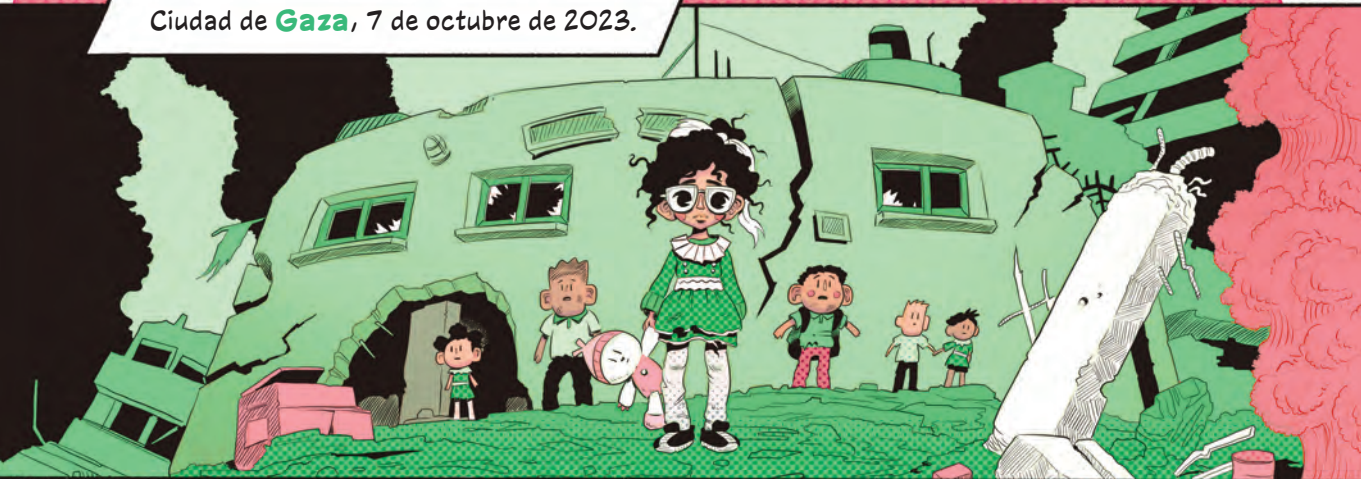


AGH...

COF COF..

AGH...

Ciudad de **Gaza**, 7 de octubre de 2023.



Según datos de **Scientists for Global Responsibility y Conflict and Environment Observatory**, se estima que las fuerzas armadas son responsables, por lo menos, del 5.5% de las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero tan sólo por sus actividades rutinarias y de suministro, sin siquiera contar los efectos directos de los conflictos bélicos y los daños colaterales de la contaminación y la destrucción de recursos naturales.¹

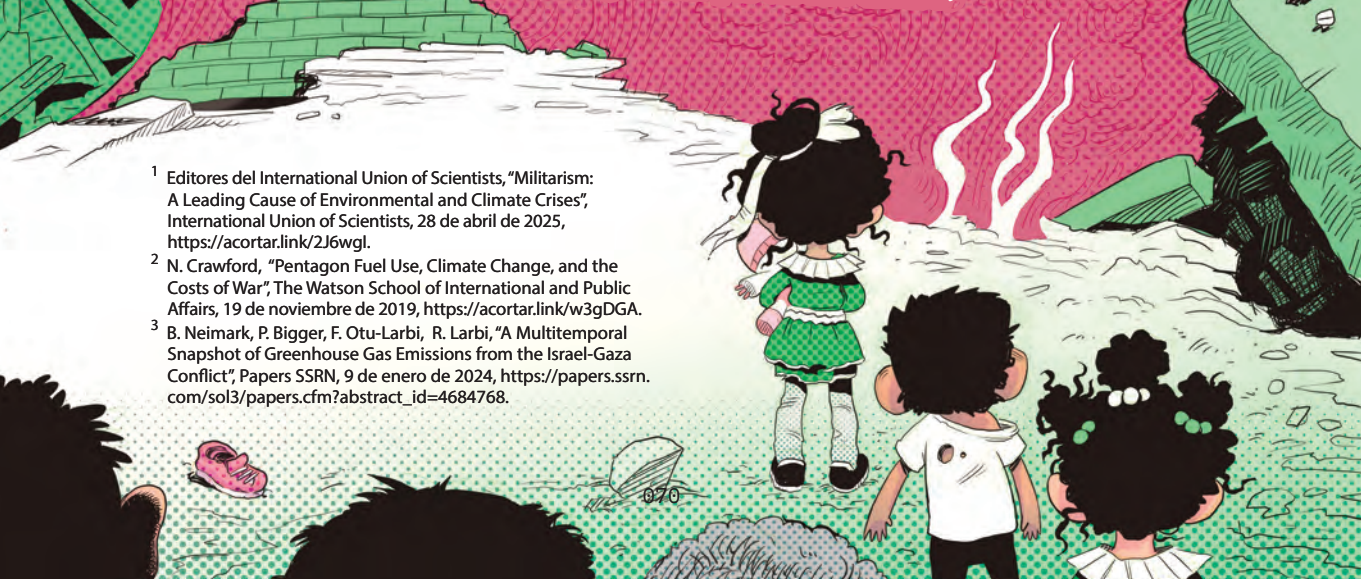
Según el **Instituto Watson** de la **Universidad de Brown** en Rhode Island, la guerra global de los Estados Unidos en contra del terrorismo en Afganistán, Irak, Yemen y Siria, entre 2001 y 2007, emitió un estimado de 1.2 mil millones de toneladas métricas de gases de efecto invernadero a la atmósfera. Lo equivalente a las emisiones producidas por 257 millones de automóviles en un año.²

Un estudio publicado en la **Social Science Research Network** afirma que, en los primeros dos meses de la guerra en Gaza e incluyendo el transporte de materiales israelíes a la zona mediante *jets* de carga, la emisión de gases de efecto invernadero fue casi equivalente a las realizadas en 75 plantas de energía eléctrica a base de carbón operando por un año entero.³

¹ Editores del International Union of Scientists, "Militarism: A Leading Cause of Environmental and Climate Crises", International Union of Scientists, 28 de abril de 2025, <https://acortar.link/2J6wgl>.

² N. Crawford, "Pentagon Fuel Use, Climate Change, and the Costs of War", The Watson School of International and Public Affairs, 19 de noviembre de 2019, <https://acortar.link/w3gDGA>.

³ B. Neimark, P. Bigger, F. Otu-Larbi, R. Larbi, "A Multitemporal Snapshot of Greenhouse Gas Emissions from the Israel-Gaza Conflict", Papers SSRN, 9 de enero de 2024, https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=4684768.



Las regulaciones respecto de las emisiones de gases de efecto invernadero causadas por el mantenimiento de las maquinarias militares, así como por los conflictos bélicos directos, fueron escasamente integradas en el **Protocolo de Kioto de 1997** y en el **Acuerdo de París de 2015**, debido a la fuerte presión de los Estados Unidos y de las mayores potencias bélicas, que argumentaron impedimentos por temas de "seguridad nacional".⁴



La guerra moderna no sólo resulta en víctimas humanas, sino que también deja un rastro de daño climático y ambiental que puede persistir durante **décadas**, incluso **siglos**.⁵



⁴ "How conflict impacts our environment", Naciones Unidas: Paz y seguridad, <https://acortar.link/z7gaz2>.

⁵ Editores del International Union of Scientists, "Militarism: A Leading Cause of Environmental and Climate Crises", *op. cit.*

DRUSILA TORRES ZÚÑIGA

Noche de 31º

0:20 am parpadean los dos puntos
grazna quedo en lo alto del árbol la urraca

Bajo la hierba el grillo frota sus alas

Canta José José en la inhóspita fiesta del vecino
ladra un perro / contesta otro asustado por las sombras

Recomiendan dormir ocho horas
pero estamos despiertos como si el insomnio prolongara la vida
la lucidez
como si la vigilia ampliara la capacidad de los sentidos
de la razón
embriagados de esta noche y treinta y un grados

Culpable soy yo, dice la canción

Por los resquicios se cuele el humo de la zafra
y el olor del diésel y el combustible
porque antes de cortar queman la caña
para que no lastime / para que no muerda

En la esquina estalla un ladrido
¿será el mismo perro? ¿o es el ladrido el que muda de animal?

Esa pared, canta Leo Dan y contesta el cacareo

Sugieren que durmamos ocho horas para prolongar la existencia
pero aquí desafiamos la esperanza de vida
jugándole al loco
inhalamos el carbón / el residuo acumulado

Enciendo el clima / me ahoga el sudor
no me concentro
no veo saltar mis ovejas

Auufufufuf, el perro y yo aullamos
¿a qué horas se van a callar?

JESÚS GARDEA

Poemas

13

De las nubes
y su puerta
al monte

fuego
hasta el ojo
del pájaro

y en
los frutos

y en la oscura
raíz del hervor.

40

Cielo
de sol
por dentro.

Sol
de tierra
en su piedra de polvo.

Cuerpo
y ojo de los soles
que ruedan.

Estos poemas aparecen en el libro *Canciones para una sola cuerda* (UAEM, 1982) y se reproducen con permiso de Iván Gardea.

ANIELA RODRÍGUEZ

Una ola de cálido silencio



Oscar Tuazon, *Space Flare*, 2026. Todas las imágenes son cortesía de General Expenses y forman parte de la exposición *Sun Mirror Moon*.

Un retrato del teniente Héctor Rodríguez Díaz cuelga en el estudio de mi padre. En la fotografía, mi abuelo (del que no tengo memoria alguna) aparece uniformado en un encuadre a medio torso. Entonces, el dolor de mi abuelo aún está en ciernes: creo entrever una suerte de hartazgo en su rostro, como si estuviera a punto de perforar la imagen. No es raro verlo en uniforme; lo que sí es extraño es asomarme a la juventud del Teniente: un niño con la corbata tirante y la placa ligeramente ladeada a la derecha. Pienso, por

un momento, que ese muchacho desalieneado no es mi abuelo, el que yo conocía en palabras: hay, en su juventud y en su hastío, algo que me recuerda a los míos. En su rostro he visto otros tantos. En esos ojos, repartidos por sabe cuántos hombres de mi tierra, debió haberse inventado un sistema solar. Miro las grietas en la piel del teniente Rodríguez. Miro el reflejo de la cámara en la visera del quepí, y un retrato de mi abuelo cuelga en la pared de mi memoria.

Centro de cuatro bocacalles como abiertas puertas de horno: Jordán; como siempre, es un recuerdo lo que me trae de regreso a la ficción. Paso las páginas de *Donde el gimnasta* (1999), la última colección de relatos publicada por Jesús Gardea (1939-2000); doy vuelta hasta llegar a la página veintinueve, donde aparece el que busco. En el relato, Jordán, un incipiente oficial de tránsito comisionado a marcar el alto en un cruce de cuatro calles, mira de lejos a los amigos que vienen a verlo en su primer día de trabajo. No hace falta pasar de esas primeras líneas para encontrarse con el asfixiante ambiente de un pueblo árido, apabullado por el día más caluroso del verano (*Los ojos de los amigos, por el fuego de la calle, son como ascuas en la sombra*). Jordán marcha bajo el acecho de un sol macabro que amenaza con partirlo en dos. Mientras tanto, sentados al filo de la banqueta, sus amigos lo observan, acompañados de una enorme garrafa de agua cuyos destellos juegan con los de la placa en el quepí de Jordán.

Nacido en Delicias, una pequeña ciudad a una hora de la capital de Chihuahua, Jesús Gardea combinaba la escritura con su ejercicio como dentista en Ciudad Juárez; contrario a lo que pueda creerse, fue bien leído y reseñado en su época, aun cuando prefirió mantener-

se alejado de las capitales culturales del país. No soportaba los encuentros de escritores: les llamaba una quema de incienso colectiva. Todas las veces que le fue posible, repudió la etiqueta de *escritor del desierto*. “¿Qué es eso de novela del desierto?”, espetó alguna vez en mitad de una mesa panel. “Yo no entiendo eso de novela del desierto, en primer lugar porque eso me importa un cuerno; y, en segundo, porque no todo puede ser novela del desierto [...]. Parece que esta otra visión nos la dan los críticos del centro de México. Ustedes la llaman novela del desierto porque viven entre puros edificios y pavimento.”¹ Con todo, Gardea se planteó la posibilidad de narrar historias que sucedían lejos de la mancha urbana y que, por otro lado, tampoco buscaban replicar el realismo mágico de Rulfo. Escribió lejos de todo centro; sus atmósferas, tan desprovistas de esperanza, suelen tomar al paisaje como un pretexto para narrar la desolación humana. Más allá de fabular sobre el desierto (en el que, como bien dice, nunca vivió), Gardea logra que sea el entorno el que atraviere a sus personajes, y no al revés.

Es cierto que no imaginamos lo que pesa el sol de esta tierra hasta que venimos a ella; hasta que llegamos y sentimos que la piel se agrieta y el cansancio pega más fuerte a ciertas horas. Por más que Gardea rechazara aquella taxonomía, es indiscutible que el sol que más le gusta retratar es despiadado e indolente (*el pañuelo despide sombras de color que luego, en llamas, se desploman*). Y vaya que lo hace con soltura: no arranca de tajo las voluntades de sus personajes, sino que las va moldeando hasta hacerlas caer. Es barroco incluso cuando se permite

1 “Mesa redonda de los escritores Jesús Gardea y Ricardo Aguilar”, fecha desconocida. Disponible en: <https://acortar.link/uMgemZ>.



Sovereign Citizen, 2026.

describir el paisaje que lo rodea, demasiado espeso como para separarlo de un mismo. Cuando Gardea viene a describirnos el calor, presenciamos también la fundación de un sistema solar. ¿Es que este espacio, poblado de vacíos, condiciona tanto la lengua de quienes lo habitamos? ¿Nos será posible aprender una nueva, aunque venga atravesada por la lumbre?

Encomendado a marchar de lado a lado por el mismo cruce, fatigado por la sempiterna presencia del calor, Jordán pareciera de repente que va a derrumbarse, aunque nunca termina de hacerlo. Todo en él es un caer y un caer, pero también todo en Jordán es un arder y un arder (*estira el cuello Jordán para limpiarse el sudor arriba del nudo de la corbata: el pañuelo convertido ya en esponja*). Pasará poco tiempo para que tome conciencia de su condición finita y la luz del sol refleje la magnitud de su vacío. En la historia, Jordán sigue marchando un buen rato, ya casi al borde de la insolación. Y aunque sus amigos le insisten en que tome de la garrafa, no basta el agua para colmar su carencia.

Un retrato del cadete Héctor Rodríguez Sánchez cuelga en una de las paredes de mi cuarto. En ella, mi padre (lo que queda de su fantasma) aparece unifor-

mado en un encuadre a medio torso. No sintió suyo el nombramiento hasta que le pusieron el quepí en la cabeza, como lo habían hecho con su padre, y se vio al espejo: vio cómo refulgía la insignia (*arden como espejos la placa, la visera*). Lo hizo para joder a su padre, dijo: darle donde más le dolía. Así que fue y se matriculó en la Academia de Policía y, aunque cargaba a cuestas la cruz del nombre, decidió inmolarse y hacerse a su imagen y semejanza (*sus sombras, gritando, volarían por el mundo hasta perderse*). Héctor Rodríguez Sánchez tenía dieciocho años cuando llegó a la Ciudad de México y se puso el viejo uniforme de su padre.

Si unx mira fijamente los retratos de padre e hijo, notará que en realidad no se parecen tanto como podría pensarse; tal vez coinciden sólo en ese *ric-tus* aprendido en la escuela militar. Nacidos para doblarse sobre sí mismos; si hacemos el ejercicio de superponer la imagen de uno sobre la del otro, veremos que lo único que comparten es la extraña inclinación del quepí: ligeramente ladeado a la izquierda, en un ángulo que parecen haber ensayado el uno frente al otro.

Es innegable que existe en Gardea una pulsión para perforar la imagen y desanclarla de su lugar común. Su hijo Iván ha llamado a esta forma tan peculiar de narrar “la escuela de la mirada”. Influida por las artes plásticas, la prosa de Gardea se mueve en direcciones que podríamos describir, cuando menos, como inesperadas; sus maniobras con el lenguaje abrevan de la poesía pura de Valéry y del neobarroco de *Paradiso*, entre seguramente muchas otras obras literarias. La suya es una prosa erudita, oscura, difícil de penetrar; al mismo tiempo, Gardea se las arregló para representar la

oralidad de los pueblos de México sin necesidad de fetichizarla (*como aherrojado por los pies al suelo, Jordán, que quisiera acercarse a sus amigos, desespera*). ¿Es que se puede hablar del calor de tantas formas distintas? La suya es una narrativa comprometida, sí, pero lo es tanto con su acontecer como con su paisaje.

Sigo leyendo. Debajo de ese inquietante sol de agosto, Jordán insiste en mirar de nuevo a sus amigos. Incluso les juega un par de bromas para matar el tiempo, y es ahí donde los hilos de la ficción se tensan: al mirar de nuevo la garrafa (*semilla gorda de vidrio, a la vista el garrafón*), el novato agente de tránsito recibe de vuelta el brillo de su placa, que lo ciega y hace que su cabeza parezca a punto de incendiarse (*los amigos, a veces creen ver que la ropa de Jordán, como un pabilo, humea*). Sigue marchando, Jordán, por más que el calor lo obligue a secarse el sudor una y otra vez. Al notar que está al borde de un golpe de calor (*creen que nada tardará en caer fulminado como árbol seco*), los amigos le suplican que dé un trago del garrafón de agua. No hay vacío más grande que la falta de un propósito, y Jordán, que ha marchado todo el día bajo ese testarudo sol, les ruega que lo liberen de esa tortura. Que rompan con ese silencio y le traigan un coche para que pueda marcarle el alto.

La vida o la ficción. Pienso en aquella escena en “El primer día” donde Jordán se pone el pañuelo en la cara mientras sigue marchando, y esos segundos en que lo lleva al rostro son eternos para sus amigos, que temen que, con ese calor, pueda pasarle algo. Siento ahora que su asfixia se parece en algo a la de mi abuelo y que es también la de mi padre. En algún momento, también yo juego a ser

Jordán y a ser mi padre y mi abuelo: arden entonces nuestras placas, arden las insignias y los uniformes. Quiero creer que es culpa de crecer en esta tierra, demasiado oblicua como para contenernos.

Si soy lo suficientemente cuidadosa, puedo sobreponer la imagen de mi padre con la de mi abuelo, la de mi abuelo con la de Jordán, y así sucesivamente, como si por un instante todxs en el desierto compartiéramos un rostro y un mismo hartazgo. ¿Qué tanto de nosotros se esconde detrás de lo que narramos? Reconstruyo un pasado que sólo existe en los álbumes de fotos; agobiada por la aridez del aire, siento que me ahogo. La sed suele jugararnos malas pasadas, pero sé que, si me concentro lo suficiente y enfoco desde el ángulo correcto, encontraré la manera de escapar de ella. ¿Es el lugar el que nos condiciona, o somos nosotros quienes lo condicionamos? Busco insistentemente la sombra y mi padre sueña que un río le devuelve la imagen de su rostro. Veo, a lo lejos, la imagen de mi abuelo traspasando el cristal que lo separa de la lente. Veo a Jordán, calcificado por el sudor, marcando por fin el alto a un coche en mitad de ese cruce de caminos. El cuento ha terminado: algo en todos nosotros se quema y despertamos al unísono de la ficción. *RM*



Solar Circle, 2026.

ALEJANDRA MANJARREZ

Quemazón con notas de pimienta y habanero

Mientras que hoy somos testigos de migraciones y conflictos sociales y geopolíticos derivados de las olas de calor y otros fenómenos —como sequías y tormentas asociadas a la crisis climática— hubo una época en la que los humanos emprendieron expediciones trasatlánticas y transformaron mapas de imperios persiguiendo, indirectamente, un *calor interno* muy particular: aquel que producen ciertas especias como la canela, la nuez moscada y la pimienta.



Carlos Alfonso, *Olas de calor*, 2022. Todas las imágenes son cortesía del artista.

En el siglo V, por ejemplo, el rey visigodo Alarico le exigió a Roma un tributo que incluía tres mil libras de pimienta negra para dejar de asediar a la metrópoli. Más de un milenio después, en 1667, los Países Bajos cedieron a Inglaterra la colonia de Nueva Ámsterdam —la actual Manhattan— a cambio de la diminuta isla de Rhun, en Indonesia —de apenas tres kilómetros de largo por uno de ancho—, el único lugar donde entonces se producía nuez moscada. Aunque no hay registros de intercambios de tal magnitud en torno al chile, en los últimos siglos se ha hecho evidente el gran interés, casi masoquista, que provoca su ardor, esencial ya en prácticas culinarias de todo el mundo.

Asimismo, la asociación de algunas especias con el calor es muy antigua. En diversas tradiciones medicinales los alimentos se clasificaban según sus cualidades, como la temperatura que podían producir al consumirse, pues se partía de la idea de que la salud dependía del equilibrio de los humores o los fluidos vitales y de las relaciones entre el calor, el frío, la sequedad y la humedad. En Irán, el jengibre se consideraba de naturaleza caliente y seca, por lo que sus propiedades picantes se empleaban para tratar enfermedades “frías”, incluidos ciertos trastornos neurológicos, como la epilepsia, y se le atribuía el aumento tanto de la energía sexual como de la cantidad de semen. Monografías chinas,

por su parte, recomendaban la canela para combatir el frío. Y la farmacología medieval europea organizaba la pimienta, el cardamomo, el clavo y la nuez moscada en distintos grados, según el calor que provocaran.

La percepción de la naturaleza caliente de estos aditamentos culinarios anticipaba lo que hoy entendemos gracias a investigaciones apoyadas en la biología molecular y otras técnicas modernas. El ardor del habanero, capaz de hacernos transpirar; el picor más sutil del jengibre y la pimienta; o la calidez de la canela no son meras metáforas culturales, tienen una base fisiológica. El estudio de la interacción de estos ingredientes con nuestro cuerpo nos ha

ayudado a comprender cómo percibimos la temperatura y el dolor, y ha derivado, incluso, en la obtención de un Premio Nobel.

LO QUE PICA, DUELE Y ACALORA

El picor del chile ha intrigado a la humanidad probablemente desde sus primeros encuentros —hace unos ocho mil o diez mil años en lo que hoy es México— con una variedad ancestral del *Capsicum annuum*, antepasado de muchos de los chiles que hoy comemos. A este fruto también se le han atribuido propiedades calientes y secas y, por milenios, se ha utilizado para aliviar calambres, diarrea, indigestión, entre otros malesta-



Ser de muchos seres, 2024.

res. Aquello que quizás empezó como una curiosidad sensorial pronto se convirtió en un elemento central de la cultura culinaria. Luego, con la llegada de los europeos a América, el chile cruzó océanos y echó raíces, sobre todo, en Asia. Siglos después, su popularidad sigue intacta: fascina por igual a agricultores, antropólogos, chefs y a cualquiera con el antojo de unos taquitos con salsa.

Motivados por sus variados efectos, químicos y farmacólogos se propusieron identificar la sustancia responsable de su inconfundible picor, y, a finales del siglo XIX, lograron aislarla: la capsaicina. Décadas más tarde, se descubrió que esta molécula activa ciertas neuronas sensoriales que están en todo el cuerpo encargadas de detectar estímulos potencialmente dañinos y de enviar señales de alarma al cerebro. Después, durante la segunda mitad del siglo XX, se entendió mejor el mecanismo: la capsaicina provoca la entrada masiva de iones de calcio y de sodio desde el medio extracelular hacia estas células nerviosas, desencadenando así la señal de dolor.

Sin embargo, seguía una gran incógnita: ¿cómo interactuaba exactamente con las neuronas para provocarles ese cambio interno? La hipótesis favorita en los noventa era que la capsaicina debía unirse a un receptor específico de la membrana de estas células sensoriales. Identificarlo se volvió una obsesión científica; en una entrevista, el fisiólogo estadounidense David Julius cuenta que ese receptor era el santo grial de la pequeña comunidad de biólogos moleculares interesados en el estudio del dolor en aquella época. Julius, además, narra que un día, mientras caminaba por el pasillo de las especias de un supermercado, le comentó a su esposa, la fisióloga Holly Ingraham, lo interesante que

le parecía el problema, y ella respondió enseguida: “al chile, déjate de rodeos y ponte a investigarlo”.¹

Julius y sus colegas recurrieron a una estrategia monumental: cultivaron células derivadas del riñón humano, insensibles a la capsaicina. A la par, construyeron una biblioteca genética con más de dos millones de fragmentos de ADN extraídos de neuronas sensoras del dolor en ratas y ratones. La idea era identificar qué fragmento en particular era sensible a la sustancia del chile; así pues, los introdujeron en las células de riñón para ver si alguno les “enseñaba” a reaccionar a la capsaicina, delatándose mediante una señal fluorescente asociada con la entrada de calcio.

Para la titánica labor el equipo dividió los millones de fragmentos de ADN en 144 grupos y probó todos hasta que uno reaccionó. Luego, tras un proceso de iteraciones, aislaron un gen responsable que codifica una proteína que se expresa en la membrana celular, actuando como receptor; lo denominaron receptor vanilloide, VR1 (ahora conocido como TRPV1).² Para confirmar la actividad de este receptor, los científicos expusieron las células de riñón modificadas a extractos de distintos chiles. El habanero desató una intensa fluorescencia; el poblano, apenas una señal tenue, tal como sucede en nuestro paladar.³

Después, pensando en la sensación de calor y ardor que provocan los chiles,

- 1 Entrevista hecha por Diana Bautista en el 2015 (<https://acortar.link/Bb6hdL>); en el recuento narrado por Julius, Ingraham dijo: “So quit f**king around and do it!” Nos permitimos un poco de libertad al traducirla.
- 2 Se le llamó así porque los compuestos que activan el canal, incluyendo la capsaicina, tienen una estructura química (vanilloide) que comparten con la vainilla.
- 3 Michael J. Caterina *et al.*, “The capsaicin receptor: a heat-activated ion channel in the pain pathway”, *Nature*, vol. 389, núm. 6653, 1997, pp. 816-824.

El gusto particular por el picante puede entenderse también a partir de una conducta de riesgo controlado, un placer similar al de ver una película de terror.

decidieron subirle la temperatura al cultivo. Observaron que el mismo receptor que respondía a la capsaicina también se activaba alrededor de los 43°C, que es el umbral térmico a partir del cual el calor resulta dañino para los tejidos.

Los experimentos con capsaicina, habanero y poblano en estas células de riñón modificadas desencadenaron una ola de investigaciones que abrió la puerta al entendimiento de una familia de receptores hasta entonces poco explorada en mamíferos: los TRP. Son “familia” porque comparten secuencias similares y, con ello, un origen evolutivo común. Habitan membranas de células nerviosas específicas y actúan como puertas microscópicas: se abren ante distintos estímulos físicos y químicos, permitiendo el paso de iones, como de calcio y sodio, lo que genera señales eléctricas que las neuronas sensoriales transmiten como señal de ardor o dolor. Muchos de estos receptores responden a rangos de temperatura, de modo que funcionan como un sistema de alerta: le indican al cerebro cuándo hace demasiado calor o demasiado frío y activan respuestas, como la sudoración o los escalofríos.

El hallazgo del receptor de capsaicina y todo lo que vino después convirtió a Julius en uno de los galardonados con el Premio Nobel de Fisiología o Medicina en el 2021.

DE LA PIMIENTA AL MENTOL

Además de la capsaicina hay otros compuestos en nuestras cocinas que activan el TRPV1; los gingeroles del jengibre y la piperina de la pimienta negra también lo hacen, si bien con menor poten-

cia. Curiosamente, esta coincidencia molecular fue intuita siglos antes, cuando, al llegar a América, Cristóbal Colón llamó “pimiento” al chile porque el picor le recordaba a esa especia.

Sin embargo, el TRPV1 no es el único receptor capaz de percibir el calor. Experimentos con ratones han demostrado que los roedores sin el gen que codifica ese termosensor siguen sintiendo el calor extremo —mas no el picante—, aunque les toma más tiempo reaccionar: al sumergirles la cola en agua por encima de los 48°C, tardaban entre tres y cuatro veces más en retirarla que ratones con ese gen intacto, pero no dejaban de hacerlo.⁴

Con el paso de los años, se han identificado otros miembros de esta familia de receptores, revelando que nuestro termómetro biológico está compuesto por varios sensores. Uno de ellos es el TRPV3, que responde a temperaturas más moderadas —típicamente entre los 31 y los 39°C— y que se activa con compuestos presentes en la canela, el orégano, el clavo, la nuez moscada y las hojas de laurel.

En ese mismo mapa térmico aparecen receptores sensibles a temperaturas más bajas, como el TRPM8, que en los mamíferos reacciona entre los 15 y 30°C. El mentol de la menta y el eucaliptol del eucalipto también lo estimulan, generando esa sensación refrescante que engaña al sistema nervioso, tal como la capsaicina y la piperina activan

4 Michael J. Caterina *et al.*, “Impaired Nociception and Pain Sensation in Mice Lacking the Capsaicin Receptor”, *Science*, vol. 288, núm. 5464, 2000, pp. 306-313.

los sensores de calor. De hecho, el descubrimiento del TRPM8, ligado al estudio del mentol, fue identificado de manera independiente por Julius y por el otro nobel de 2021, Ardem Patapoutian, a comienzos de los años 2000.

Dentro de esta familia de receptores hay un miembro muy peculiar: el TRPA1, conocido como el receptor del wasabi. Inicialmente se pensó que actuaba como un sensor de frío nocivo en mamíferos, pero los resultados experimentales han sido inconsistentes y varían entre especies, por lo que aún no hay consenso. Además, en insectos, serpientes, ranas y lagartijas, puede funcionar como detector de calor y, en algunas especies incluso, de radiación infrarroja. Hace un par de años, por ejemplo, se

descubrió que los mosquitos lo usan como una pista para encontrarnos —y hacernos sufrir—, un recurso especialmente útil cuando las corrientes de aire dificultan rastrear nuestros olores.⁵ El único consenso claro sobre el TRPA1 es que se activa con compuestos presentes en el wasabi, el rábano picante, la cebolla y el ajo, pero sólo cuando se cortan, trituran o mastican. Es decir, cuando se rompen sus tejidos y se liberan las moléculas responsables de ese picor penetrante: una experiencia familiar para cualquiera que haya llorado mientras pica cebolla.

- 5 Avinash Chandel *et al.*, “Thermal infrared directs host-seeking behaviour in *Aedes aegypti* mosquitoes”, *Nature*, vol. 633, núm. 8020, 2024, pp. 615-623.

Lluvia de abundancia, 2024.





Purgar con humo, 2024.

Estudiar los receptores no sólo ha afinado nuestra comprensión del termómetro corporal, sino también de cómo percibimos el dolor y cómo, al modular estos receptores, podríamos aprender a aliviarlo. A casi treinta años del descubrimiento del sensor de la capsaicina, hoy se conocen siete subfamilias de receptores TRP y veintiocho canales dentro de ellas. ¿Será que aún quedan más por identificar?

UN ARSENAL BOTÁNICO CONVERTIDO EN PLACER CULINARIO

¿Cómo es que los termosensores de calor también responden a compuestos como la capsaicina y la piperina? En

realidad, no lo sabemos con certeza, pero una de las hipótesis es que algunos receptores surgieron primero en animales como mecanismos para detectar temperaturas potencialmente dañinas y, sólo después, en un giro evolutivo alucinante, algunas plantas desarrollaron moléculas capaces de activarlos.

El picor, entonces, sería una estrategia defensiva: un arsenal químico moldeado por la selección natural para disuadir a los depredadores. Mutaciones al azar llevarían a que algunas plantas ancestras del chile produjeran compuestos, como la capsaicina, capaces de activar receptores de dolor en mamíferos, que suelen destruir las semillas al masticarlas. Así, las plantas que lograban


disuadirlos tenían más probabilidades de sobrevivir. Es probable que la producción de capsaicina haya sido moldeada por la selección natural para disuadir específicamente a los mamíferos. Activa el TRPV1 de estos animales, pero no el de las aves, cuya estructura es ligeramente distinta, haciéndolo sensible al calor pero no a la capsaicina. Como las aves tragan las semillas enteras, favorecen su dispersión y no representan una amenaza para el éxito reproductivo de la planta.

Desde esta perspectiva, no fueron los animales los que evolucionaron para detectar la capsaicina, sino las plantas las que, a través de la selección natural, desarrollaron compuestos capaces de activar nuestros sensores. Sin embargo, no todo está escrito. Hace un par de años, un estudio que intentó reconstruir las secuencias ancestrales del TRPM8 (el receptor del mentol y el frío) sugirió que, en ese caso particular, la sensibilidad química al mentol pudo haber surgido antes que la sensibilidad al frío. En este escenario, entonces, los animales habrían evolucionado este sensor para detectar y evitar sustancias nocivas de las plantas, y luego lo *reciclaron* para medir la temperatura ambiental.⁶

Ahora bien, las estrategias químicas de defensa que han desarrollado muchas de estas plantas no sólo ahuyentan a los depredadores, sino que también las protegen de bacterias y hongos. En su arsenal hay moléculas capaces de frenar el crecimiento o incluso matar a estos bichos microscópicos. Entre los ingredientes con mayor poder antibacteriano destacan el ajo, la cebolla, la pimienta gorda y el orégano, los cuales pueden

inhibir o eliminar bacterias que suelen contaminar a los alimentos, como algunas especies de *Salmonella* y de *Escherichia*. De hecho, existe la idea de que el uso de especias a lo largo de la historia podría estar relacionado con esta función: ayudar a combatir microorganismos, conservar los alimentos y reducir el riesgo de intoxicación. Incluso se ha propuesto que, en climas cálidos —donde la comida se descompone más rápido—, las culturas desarrollaron cocinas más especiadas como una forma de proteger los alimentos por más tiempo.

Además de sus posibles beneficios antimicrobianos, hay quienes proponen que el gusto particular por el picante puede entenderse también a partir de una conducta de riesgo controlado, un placer similar al de ver una película de terror: sentimos la amenaza, pero no estamos realmente en peligro. Sustancias que activan receptores TRP —como las del chile, el jengibre o el ajo— provocan una sensación de ardor que imita el fuego sin causar daño. Al experimentarla, el cerebro podría liberar compuestos que alivian el dolor o elevan el ánimo, convirtiendo este “ardor de la advertencia” en una suerte de experiencia disfrutable.

Así, nuestras cocinas, con sus especias y chiles secos, albergan mucho más que sabores: desde promesas de un calorcito interno —a veces intenso y otras apenas insinuado— hasta siglos de historia humana marcados por nuestra fascinación por estos ingredientes. Pero más aún son el resultado de conflictos e interacciones entre reinos: de plantas defendiéndose de bacterias, hongos y mamíferos, y de humanos que, eventualmente, aprendimos a convertir esas defensas químicas en una quemazón placentera. 

6 Dustin D. Luu *et al.*, “Evidence that the cold- and menthol-sensing functions of the human TRPM8 channel evolved separately”, *Science Advances*, vol. 10, núm. 25, 2024.

PABLO MOLINET

Poemas

La materia del río

El agua encoge en canales
que enflaquecen en acequias
y se reducen a surcos;
kilómetros y kilómetros: diques, puentes, carreteras,

grave Lerma correntoso
que es también ese ondular
lúgubre y lento de ofidio
bajo la intriga de lirios de la fangosa laguna.

Cóncavo reino fluvial: estos valles engarzados
y plenos también de garzas,
tan blancas sobre lo negro
de la tierra barbechada.

Grávido reino fluvial: el limo negro del Lerma,
su preñada densidad,
rima del bagre y la rana,
colma de verde los valles.

Al amparo aromático del ócalo duerme la perra de caza. Gañe, resopla,
gruñe: ¿en su sueño retumban los ecos de la escopeta por el concilio
de cerros que circunda la laguna?, ¿huele el pato caído en el cañave-
ral, lo hostiga en un minuto de sangre y luz de otoño?

En el mundo de la vigilia es mayo, tres de la tarde, hora vacía de
gentes, llena de un sol que aporrea el páramo químico bajo los puen-
tes —el pudridero—.

En el lecho de los canales un reino roto en añicos. Bajo los sabi-
nos que ciñen las acequias, bajo los ócalos y los pirules, *anopheles*,
moscos jaspeados en el aire inmóvil, sombra voraz del pantano abo-
lido —sombra o nube espectral del paludismo—.

Si vuelven las lluvias, río arriba será liberado el río, las aguas
correrán enormes y marrones. La perra despertará a medio cañave-
ral en medio de una estruendosa fuga de patos.

Bagres y ranas saben a limo,
un mosco es limo que vuela;
lo mato de un manotazo,

limo rojo y sangre negra;
avidez:
la perra sueña su presa
en la mañana que estalla

plomo,
plumas,
limo.

Despeñaderos de marfil

Azul punzocortante
a punto de embestir.
Navaja del Señor de las Venganzas,
reverberan al Sol
los discos del arado.
Entre pálidas conchas quebradizas
el lecho craquelado del canal
dice MENE, MENE, TEKEL, UPHARSIN.
Carrera de ladrón,
una brisa rastrea
sopla en la parda sed del terregal.

“Humedad”, murmuró la madrugada
como soñando peces.
Laberinto de sábanas tendidas,
nubes cargadas en un cielo bajo.

Naranjos florecidos en un huerto
más allá de las cuentas cojitranca
y el reloj detenido,
la incandescencia de la medianoche.

Sobre la cúpula y los campanarios
una forma oceánica,
un suspenso caer
al cuenco gris del día.

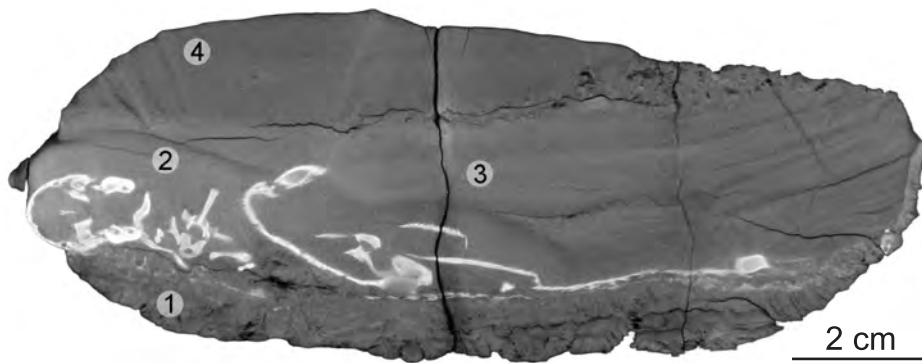
Con voz de sauce nos llamó la lluvia,
corrimos como niños,
no estaba en ningún lado.

Despeñaderos de marfil las nubes
tan altas sobre el valle.

MARIANA MASTACHE MALDONADO

La Tierra ardiente: una crónica del calor que casi lo borra todo

Nuestro planeta tiene la costumbre de reinventarse. Lo ha hecho una y otra vez durante 4500 millones de años por medio de glaciaciones que enterraron ecosistemas enteros bajo kilómetros de hielo, de derivas que partieron y reunieron masas continentales como arcilla en manos indecisas, de una atmósfera que cambió de composición tan drásticamente que habría resultado letal para cualquier criatura actual. Frente a todo ello, somos una especie geológicamente nueva (hemos sido parte tan sólo del 0.007%



Vista longitudinal de la madriguera fosilizada con cuatro fases de sedimentos, 2013. Las imágenes fueron tomadas de “Synchrotron Reveals Early Triassic Odd Couple” © 4.0.

de esa historia)¹ y el mundo que habitamos conserva las marcas de extinciones masivas² que apenas podemos imaginar.

Una de las extinciones más asombrosas ocurrió hace 252 millones de años, al final del Pérmico. Hubo más de un responsable, pero la evidencia apunta, en buena medida, a las trampas siberianas, que son acumulaciones colosales de roca volcánica. Imaginarlas como masas inertes y de color gris apagado sería un error. En su momento fueron magma incandescente que emergió como lava fluida y chisporroteante. Así, territorios enteros fueron engullidos por su propia geología.

La lava es tres veces más densa que el agua y tan caliente —su temperatura supera los 700 °C— que destruye todo lo que toca a su paso. Lo que no sucumbió a ella, lo haría ante los gases venenosos liberados durante las erupciones que, al combinarse con la humedad del aire, producían

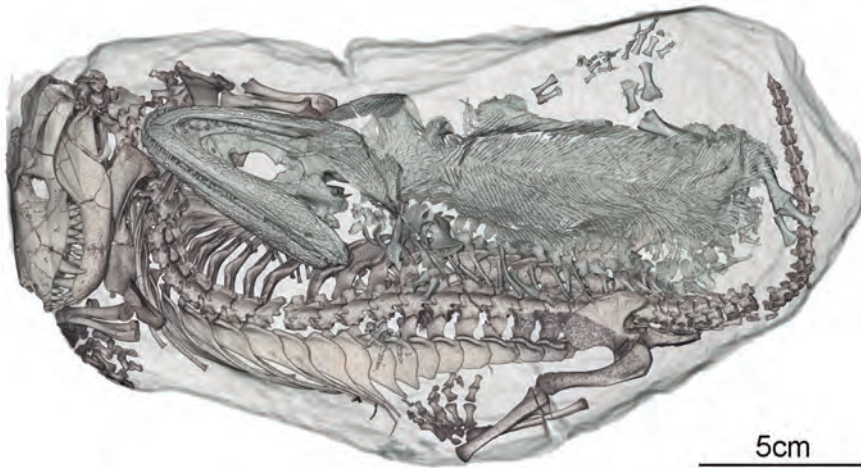
una lluvia tan ácida que arrancaba la vegetación como quien despega un parche de velcro. Horizontes de helechos arborescentes, coníferas primitivas y cordaitales fueron calcinados desde sus raíces por una atmósfera que dejó de ser habitable.

El impacto fue tan devastador que la paleobiología bautizó este episodio como “la Gran Mortandad”. El mote es atinado: en un pestañeo (geológico), hasta el 94% de las especies marinas y cerca del 70% de los vertebrados terrestres desaparecieron.³ Ramas evolutivas enteras fueron arrancadas y no se recuperarán jamás. Los bosques tropicales —entonces, como ahora, reguladores climáticos— colapsaron casi por completo.⁴ Tras ese embate, quedó un mundo seco e inestable.

La era mesozoica (sí, ésa que más tarde sería dominada por los dinosaurios) daba sus primeros pasos. Pero su inicio no tuvo nada de apacible. El aire pesaba más, no metafóricamente. Con seis veces más CO₂ que hoy, el efecto invernadero convertía la atmósfera en

1 Gil Oliveira, “Earth History in Your Hand”, *Carnegie Museum of Natural History*.
 2 En una extinción masiva, al menos el 75% de las especies se extinguen en un periodo de tiempo relativamente corto (según el estándar geológico), normalmente, en menos de dos millones de años. Hannah Ritchie, “There have been five mass extinctions in Earth’s history”, *Our World in Data*, 30 de noviembre de 2022.

3 Jacopo dal Corso *et al.*, “Environmental crises at the Permian–Triassic mass extinction”, *Nature Reviews Earth & Environment*, núm. 3, 2022, pp. 197–214.
 4 Zhen Xu *et al.*, “Early Triassic super-greenhouse climate driven by vegetation collapse”, *Nature Communications*, vol. 16, núm. 1, 2025.



Diseño 3D de la madriguera con Trino [*Thrinaxodon liorhinus*] en marrón y Bruno [*Broomistega putterilli*] en gris, 2013.

una trampa de calor. El planeta entero se metamorfoseó en un horno sin válvula de escape.

“La formación del supercontinente Pangea, con su enorme masa terrestre, redujo la influencia moderadora de los océanos, que mantenían algunas partes de la Tierra húmedas y frescas”, me explica Sergio González Mora, doctor en Ciencias por la UNAM y experto en paleobiología. La Tierra perdió parte de su capacidad para enfriarse.

No era, por decirlo suavemente, un lugar fácil para vivir.

LA VIDA DESPUÉS DE PERDERLO (CASI) TODO

Lo que hace especialmente ominoso este periodo es que la recuperación de los ecosistemas fue sabotada repetidamente. Durante el Triásico temprano, cada tanto, nuevos pulsos de vulcanismo disparaban el CO₂ y la temperatura.

Registros en lo que hoy es China, Siberia y Gondwana —el antiguo supercontinente que reunía a Sudamérica, África, India, Australia, la Antártida, Madagascar y Nueva Zelanda— nos muestran lo que parece ser el colapso general de la vegetación en ese tiempo. Y es

que, durante millones de años, prácticamente no se formaron depósitos de carbón, esa materia vegetal muerta acumulada durante milenios en pantanos y turberas. Para que se forme, se necesita vegetación densa y condiciones de preservación. Su ausencia, según la geología, implica que tal vez no hubo entonces bosques suficientemente densos ni duraderos.⁵ A la larga, eso traería consigo una erosión química y física intensísima⁶ —como sucede en la actualidad en varias zonas deforestadas.

Al imaginar las condiciones de esa época, quizá pensemos que la humedad abandonó en un chasquido el planeta. Pero no fue así. Las lluvias no desaparecieron de un momento a otro; se volvieron erráticas y violentas. Caían sobre suelos sin vegetación, incapaces de retener el agua. Luego seguían largos pe-

5 Gregory J. Retallack *et al.*, “Multiple Early Triassic greenhouse crises impeded recovery from Late Permian mass extinction”, *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology*, vol. 308, núm. 1 y 2, 2011, pp. 233-251.

6 T. D. Frank *et al.*, “Pace, magnitude, and nature of terrestrial climate change through the end-Permian extinction in southeastern Gondwana”, *Geology*, vol. 49, núm. 9, 2021, pp. 1089-1095.

riodos de sequía. Con el tiempo, el paisaje continental se despojaría de la diversidad y de su verde tapiz natural para mostrar rocas expuestas, llanuras áridas y valles devastados por torrentes estacionales. Aquellas latitudes que habían sido húmedas y boscosas se tornaron cálidas y secas. La aridificación fue gradual, aunque persistente.⁷ La Tierra quedó desierta.

En los océanos, la situación no era mejor. El agua caliente retiene menos oxígeno. Las profundidades, saturadas de sulfuro de hidrógeno, eran cementerios.⁸ Casi se detuvo la circulación oceánica. Las temperaturas del mar tropical quizá superaron el umbral metabólico⁹ de la mayoría de los organismos marinos,¹⁰ lo que hizo prácticamente imposible que sus enzimas funcionaran, que su sangre transportara oxígeno o que sus huevos se desarrollaran. Era, en muchos sentidos, un medio hostil para la vida compleja, que terminaría por cederle espacio, nuevamente, a las bacterias y cianobacterias¹¹. La Tierra rebobinó, parcialmente, su propia historia biológica.

- 7 V. I. Davydov *et al.*, "Climate and biotic evolution during the Permian-Triassic transition in the temperate Northern Hemisphere, Kuznetsk Basin, Siberia, Russia", *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology*, vol. 573, 2021.
- 8 Jeffrey T. Kiehl y Christine A. Shields, "Climate simulation of the latest Permian: Implications for mass extinction", *Geology*, vol. 33, núm. 9, 2005, pp. 757-760.
- 9 Yadong Sun *et al.*, "Lethally Hot Temperatures During the Early Triassic Greenhouse", *Science*, vol. 338, núm. 6105, pp. 366-370.
- 10 Michael J. Benton, "Hyperthermal-driven mass extinctions: killing models during the Permian-Triassic mass extinction", *Philosophical transactions of the Royal Society A*, vol. 376., núm. 2130, 2018.
- 11 Adam D. Woods *et al.*, "Hyperthermal-driven anoxia and reduced productivity in the aftermath of the Permian-Triassic mass extinction: a case study from Western Canada", *Frontiers in Earth Science*, vol. 11, 2023.

Y pese a que la recuperación de los ecosistemas tardó entre cinco y diez millones de años (el periodo más largo conocido tras una extinción masiva), la vida se abrió paso.

BIGOTES Y ELECTRONES

Quizá una de las historias más memorables que nos dejó el registro fósil sobre este *infernó* prehistórico es la de sus sobrevivientes y cómo hicieron de un planeta climáticamente anárquico su hogar.

Hay un caso muy destacado, tanto por atípico como por la resiliencia de sus protagonistas. Entre los contados sobrevivientes de la extinción estaban los terápsidos, un grupo muy diverso de vertebrados de cuatro patas. Durante mucho tiempo, fueron clasificados como reptiles, aunque hoy sabemos que forman parte de la línea que dio origen a los mamíferos. Técnicamente, podemos decir que hay algo de terápsido en cada uno de nosotros.

Thrinaxodon (llamémosle Trino) fue un terápsido de tamaño comparable al de un zorro pequeño actual (sin contar la cola). Posiblemente estaba cubierto de pelo y vibrisas, que le habrían ayudado a regular su temperatura corporal, y tenía dientes diferenciados, para cortar y moler el alimento, además de un metabolismo superior que el de sus contemporáneos reptiles. Esta combinación era, en el Triásico, una ventaja considerable, pero también suponía una mayor demanda energética. Y si algo era necesario en ese mundo de recursos limitados, eran nuevas estrategias.

Así, ante el calor hostil y sofocante, los depredadores oportunistas y una competencia feroz por alimento y refugio, muchos animales encontraron en el subsuelo una solución. El comportamiento fosorial, o sea, la capacidad de cavar y habitar madrigueras, se convir-

tió en una respuesta adaptativa que Trino y demás seres desarrollaron¹² (incluso antes de la extinción).¹³ Bajo tierra, las temperaturas eran más estables, la humedad se conservaba mejor y los peligros externos disminuían. Fue precisamente una de esas madrigueras triásicas la que conservó la historia de Trino hasta nuestros días.

En 1975, en la provincia costera sudafricana de KwaZulu-Natal, se encontró el molde fosilizado de una madriguera triásica y, dentro, una pequeña porción de un cráneo atribuida tentativamente a *Thrinaxodon*. No fue sino hasta 2013 cuando el investigador Vincent Fernández y su equipo trasladaron la muestra al Laboratorio Europeo de Radiación Sincrotrón en Grenoble, Francia, donde aceleraron electrones a velocidades cercanas a la de la luz para producir imágenes de un detalle microscópico sin necesidad de romper el fósil. Como una radiografía, pero de una potencia tal que nos permite leer el interior de una piedra.

Al ver el escaneo, notaron que Trino tenía compañía.¹⁴ No era otro terápido. A su lado, yacía un anfibio del género *Broomistega* (aquí le diremos Bruno), perteneciente, me cuenta Sergio, a los temnospóndilos; un grupo extinto muy diferente de los anfibios actuales. La cabeza de Bruno era ancha y aplanada, tenía los ojos en la parte superior de ésta y un cuerpo compacto de unos treinta centímetros.

UN DESCANSO Y VISITAS INESPERADAS

El hallazgo que arrojó el escaneo fue motivo de emoción, pues no sólo se había identificado al escultor de esa madriguera (o sea, Trino), sino también a su inesperado acompañante. ¿Qué interacción tuvieron? ¿Era Bruno la presa de Trino? Por un tiempo circuló la imagen melosa de un “abrazo final”, dos criaturas refugiadas juntas ante una inundación fatal. Los titulares lo celebraron como “el abrazo triásico”.

La realidad, como suele ocurrir, fue más extraña y más interesante.

El escaneo del sincrotrón mostró a Trino en una postura característica de descanso que recuerda a la que adoptan muchos mamíferos actuales: curvado contra la pared de la madriguera, con las extremidades junto al cráneo. Bruno llegó, aparentemente, con costillas rotas en proceso de curación; herido, vulnerable y en busca de refugio mientras sanaba. Hoy, la conclusión más aceptada es que Trino ni siquiera advirtió su presencia. El argumento se refuerza con otros ejemplares¹⁵ de *Thrinaxodon* hallados en posiciones semejantes dentro de sus madrigueras. Así que, por ahora, todo sugiere que Trino tomaba una profunda siesta cuando Bruno irrumpió en el terroso refugio.

“Lo más probable es que se encontrara en un estado similar a la hibernación, pero propio de los climas cálidos: la *estivación*”, explica Sergio. Ésta, detalla el investigador, es un letargo o torpor fisiológico que ayuda a subsistir ante

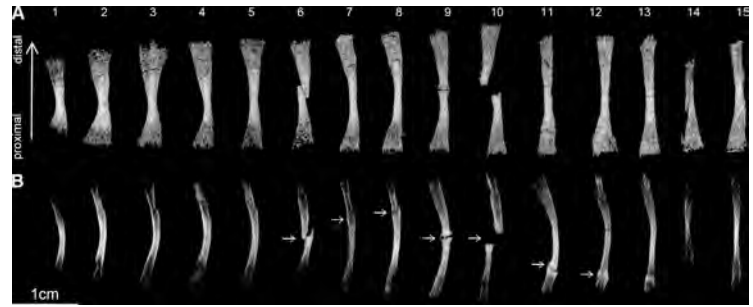
12 Heitor Francischini *et al.*, “Burrows provided shelter for tetrapods in a Permo-Triassic desert”, *Papers in Palaeontology*, vol. 9, núm. 2, 2023.

13 Ross Damiani *et al.*, “Earliest evidence of cynodont burrowing”, *Proceedings. Biological sciences*, vol. 270, núm. 1525, pp. 1747-1751.

14 Vincent Fernandez *et al.*, “Synchrotron Reveals Early Triassic Odd Couple: Injured Amphibian and Aestivating Therapsid Share Burrow”, *PLoS ONE*, vol. 8, núm. 6, 2013.

15 Roger Smith y Jennifer Botha, “The recovery of terrestrial vertebrate diversity in the South African Karoo Basin after the end-Permian extinction”, *Comptes Rendus Palevol*, vol. 4, núm. 6-7, 2005, pp. 623-636; A. S. Brink, “Note on a new skeleton of *Thrinaxodon Liorhinus*”, *Bernard Price Institute for Palaeontological Research*, vol. 6, julio de 1959, pp. 15-22.

A) Diseño 3D de las costillas anteriores a posteriores en perspectiva dorsal y B) Radiografía virtual de las costillas en perspectiva anterior, 2013.



condiciones de sequía y calor (el pan de cada día a inicios del Triásico). De hecho, aún es posible observarlo en cocodrilos, caracoles y anfibios de nuestra era.

La escena completa sería que Trino, sumido en su torpor, no reaccionó ante el allanamiento y, durante el tiempo que compartieron ese reducido espacio, el juvenil Bruno pudo descansar. No hubo abrazo. Hubo una corriente de lodo que se coló en la madriguera y los inmovilizó a los dos. Un final agrio, como tantos en la vida.

Antes de que hagamos una campaña contra las madrigueras, recordemos que sin ellas y sin ese comportamiento fosorial que varios de nuestros ancestros desarrollaron, quizá no estaríamos aquí. La estrategia de ir bajo tierra cuando el mundo en la superficie se vuelve inhabitable fue decisiva para nuestra permanencia y se conservó en el repertorio evolutivo de muchas líneas que llegaron hasta el presente.

Gracias a seres como Trino (pequeños, resilientes y adaptables), los mamíferos lograron perdurar y diversificarse en el Mesozoico (aunque no se les dé el protagonismo mediático que acapara el *T. rex*) y más allá de él.

LECCIONES DE UN ANTIQUÍSIMO PLANETA

La Tierra no se mantuvo eternamente abrasadora. La historia tiene el descaro

de volverse irónica, ya que fue precisamente la actividad volcánica (la misma que desató todo este enrevesado desastre) la que, junto con las condiciones de efecto invernadero que produjo, intensificó la circulación monzónica.

Ese ciclo atmosférico de gran escala trajo consigo vientos húmedos y lluvias abundantes que rompieron la nada amigable aridez que predominaba en el Triásico. La vida, que hasta entonces había persistido apretada en los márgenes, comenzó a expandirse de nuevo y a diversificarse una vez más.

Porque vivimos tiempos oscuros, de negacionismo climático, conviene enfatizar que el hecho de que nuestro planeta haya sido, a menudo, mucho más caluroso que ahora no significa que el calentamiento actual sea natural ni que resulte inocuo para los humanos y las demás formas de vida. Y ésta es, quizá, la lección más valiosa que el pasado triásico nos deja: entender cómo actúa un clima desregulado, qué destruye primero, qué resiste, cuántos años tarda en volverse habitable lo que fue invivable y si acaso queda alguien, al otro lado de ese intervalo, para contarlos. \mathcal{M}



RODRIGO CÍRIGO

Celsius sueña con manzanas



En un país donde el cielo se resiste continuamente a ser observado, nuestros hallazgos sólo fueron posibles gracias a la tenacidad del señor Celsius, de la Universidad de Uppsala.

Hallaron astrolabios
sobre su mesa
sextantes una brújula
la tarjeta de un fabricante inglés
de telescopios
el plan maestro del Observatorio de Uppsala
sobre su mesa en el inútil
Observatorio de Uppsala
construido cerca del restaurante de su madre
construido demasiado cerca de las torres de la catedral
que anegaban el cielo con su ladrillo impertinente
sobre su mesa hallaron
un diccionario de runas antiguas
un costalito de alpiste un pedazo
de manzana el termómetro
en su mano derecha
hallaron sobre su mesa lo hallaron.

Nota: Los pasajes en cursivas glosan textos de Pierre-Louis Moreau de Maupertuis, del Instituto Finlandés del Medio Ambiente y de Anders Celsius.



Las regiones polares son especialmente sensibles al cambio climático. Laponia se calienta cuatro veces más rápido que otras partes del planeta. Dentro de cincuenta años, su temperatura promedio podría aumentar hasta siete grados Celsius.

¿Pues no acaso Federico I
señor de Suecia y Hesse-Kassel
nos dijo que viviría una
y otra vez la peor
de sus campañas militares
antes que adentrarse en aquella tierra
aquel extremo oscuro de su reino?

¿Y no acaso nos adentramos?
¿Y no cruzamos el desierto helado
los lagos de vapores venenosos
las nubes de mosquitos como tigres?

¿Y no comprobamos la figura de la Tierra
la chata vulnerable figura de la Tierra?

¿Y no nos advirtieron que los sami
eran como animales sin hogar?

¿No escribió Maupertuis
que si el diablo hablara con alguien
sería con estas gentes que siguen a los renos?

¿Y no lo vimos de rodillas
hundiendo un cuenco en el río Torne
un muchacho a mitad del aire gélido?
¿Y no vimos no obstante que sudaba
que en tanta blanquecina oscuridad
sobre su rostro había enormes gotas
violeta verde pálido ocre intenso
azul pastoso lila anaranjado
y no escuchamos un silbido leve
como el revoloteo de los gansos?



Lo cierto es que las regiones cercanas al Polo Norte son superiores a cualquier otra para observar la riqueza de la luz. En el verano, largos atardeceres borran los límites entre las noches y los días. En el invierno, la nieve perpetua es tan blanca que se asemeja a la luz de las estrellas. A veces, cuando la luna es débil, se aprecian unas luces brillantísimas sobre los cielos árticos.

Tocarlo todo con el mercurio de mi termómetro.
Soñé con medirlo todo. Abarcarlo todo.
Que no se quebrara la pata de un escarabajo
ni se extinguiera una estrella
sin que lo registrara en mi almanaque.

Calibrar el termómetro
entre dos certidumbres
la nieve recién caída y el agua hirviendo
como hirvieron los campanarios
en el gran incendio de Uppsala.

Hablar un lenguaje que sólo
estuviera hecho de experiencia.

Hacer preguntas a todas las cosas
y que todas me contestaran.

Y quise hablarte
muchacho de rodillas junto al Torne.

Que me enseñaras a tocar las astas de los renos
a leer las runas musgosas
de la piedra de Vinsavaara.

Echarme junto a ti sobre la nieve
y ver los estallidos en el cielo
los arpones las lenguas las ballestas
violeta verde pálido ocre intenso
azul pastoso lila anaranjado.

Ver las luces hundirse en tus hoyuelos.
Desatar el cordón de tu camisa.
Hurgarte las axilas. Decirte Tienes fiebre.
Llevarte nueces. Miel. Darte manzanas.

SOFÍA GARNICA ESTEVA

Reacciones febriles: de la culpa moral como síntoma

La presencia de temperatura elevada, ya sea en el cuerpo humano o en el ambiente, revela un proceso subyacente. El calor es un signo que guarda una relación física con un objeto; un *índice*, como imaginara C. S. Peirce o, también, Edmund Leach en *Cultura y comunicación* (1978), alrededor de un siglo después que el primero.¹ Por ejemplo, el humo es indicador de fuego.

Tanto una temperatura atmosférica elevada y progresiva como la presencia de fiebre en un organismo sostienen una relación semiótica equivalente: son índices, por un lado, del calentamiento

1 Charles Sanders Peirce, "Principles of Philosophy", *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, Harvard University Press, Cambridge, 1966.

global ocasionado por la acción humana en el planeta y, por otro, de una enfermedad provocada por bacterias o virus. Aunque las causas que motivan ambos procesos hoy nos parezcan evidentes, la etiología de sus síntomas —incluso en etapas plenamente modernas— fue opaca y cargada de connotaciones morales.

El caso de la fiebre y de su sintomatología asociada al universo semántico del fuego es muy evocativo, sobre todo en cuanto a la imaginación moral con la que fue vinculado en un principio, lo que oscureció su origen real y estableció un nuevo vínculo semiótico, pues se asoció un síntoma fisiológico, la fiebre, a su causa, la disposición moral de un individuo.

De manera que si la enfermedad se expresa como la consecuencia de un castigo en la tradición occidental, la fiebre, uno de los síntomas más relevantes del cuerpo enfermo, revela su mérito, es decir, la responsabilidad del paciente por su padecimiento. Fiebre y culpa se transforman, a la vez, en índice y síntoma que delatan una enfermedad física o moral.

Esta interpretación se hace extensiva a otros dominios no puramente individuales y orienta las formas en las que nos relacionamos con el mundo exterior, enmarcados por la culpa —otra apariencia de la fiebre—: el aumento en la temperatura de los mares de nuestro planeta, las sequías e incendios en los ecosistemas en todas sus latitudes, el deshielo de los glaciares en los polos y la disolución formal de las estaciones del año. Otro tanto ocurre con la responsabilidad histórica que existe entre norte y sur

globales; la dirección de las guerras y la orquestación de genocidios a plena luz del presente. Culpa de la que no podemos deshacernos con facilidad.

En su larga diatriba sobre la culpa de Occidente, el conservador —camuflado de crítico polémico— Pascal Bruckner, protesta en contra de lo que esa facción del mundo representa hoy para la izquierda política: el fracaso de la modernidad, la devastación del planeta, la erradicación de los rasgos particulares de las minorías, la esclavitud y la masacre de los pueblos.² Continúa asegurando que los reclamos enardecidos e incluso la acción directa ejercida entre el siglo XX y principios del XXI en contra del norte global por la “otredad decimonónica” —las excolonias europeas, la comunidad islámica, los palestinos, Latinoamérica, en suma, el bloque tercermundista— no resulta sino un castigo merecido por las vejaciones y agravios a su cargo a lo largo de la fundación de Occidente. En adelante, su pueblo, la Europa del *establishment*, deberá enfrentar sin protestar, a punta de silencio y consenso diplomático, un castigo digno de un tercer mundo resentido e incapaz, dice Bruckner, “de hacer algo por sí mismo”.³

Perspectivas como éstas evidencian las complicadas vicisitudes que la culpa puede provocar en quien la padece, como un delirio febril que victimiza y revictimiza pero, sobre todo, tiene el potencial



2 Pascal Bruckner, *The Tyranny of Guilt: An Essay on Western Masochism*, Princeton University Press, Cambridge, 2010, p. 82.

3 *Ibid.*, p. 14. La traducción es de la autora.

de ser apropiada y reducida a una razón práctica: abandonar toda responsabilidad moral para con quien merece verdadera reparación y no repetición.

Cuando cruzó por primera vez la mente de Rodia Raskolnikov la idea de tomar la vida de Aliona Ivánovna, la vieja usurera con la que trataba, un ardiente relámpago le atravesó el cuerpo, como un augurio del tormento que lo perseguiría en adelante. Pero no fue sino hasta que hizo caer el hacha sobre el cuello de la anciana que el cuerpo del joven se convirtió en un flagelo ardiente, arrastrándolo al delirio febril.

La culpa inconfesada del crimen agravará en su perpetrador el síntoma, señal manifiesta de una causa oculta. Incluso, en cierto momento, el médico Zosimof lo increpa sobre su enfermedad —“reconozca ahora que quizás usted mismo ha tenido la culpa”—⁴ como instándolo a confesar, en realidad, su responsabilidad moral. El caso de Raskolnikov es quizás el más representativo en la literatura occidental en cuanto a la inequívoca relación entre la fiebre como síntoma y una causa moral asociada.

Pero ya antes del siglo XIX (periodo en el que escribe Fiódor Dostoyevski), esta asociación se encontraba plenamente difundida. La fiebre se comprendía como una enfermedad por sí misma y no como parte del cuadro clínico de un padecimiento, por lo que síntoma y patología resultaban equivalentes.

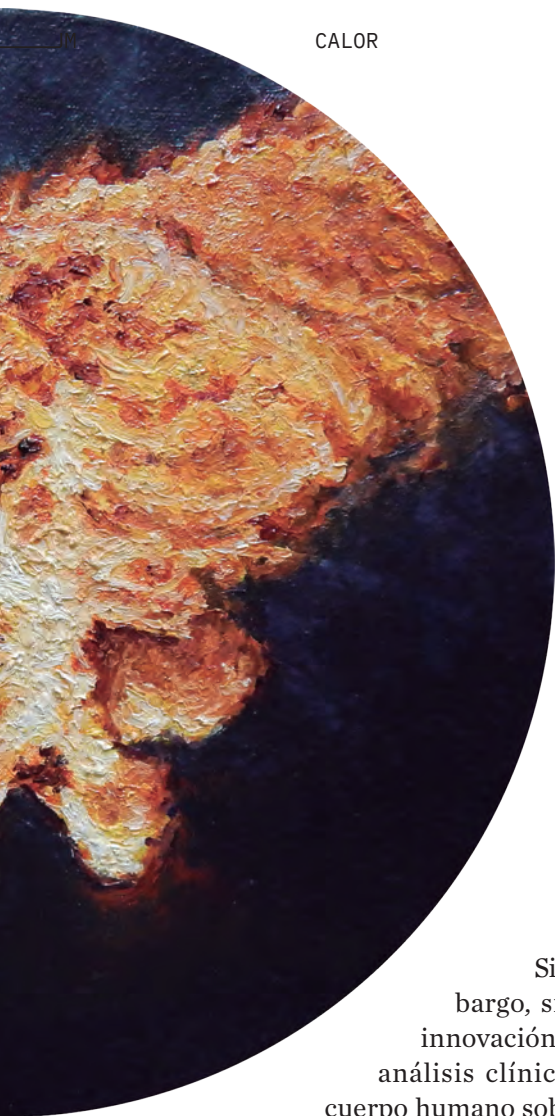
Por ejemplo, desde la medicina de Hipócrates de Cos y Demócrito de Abdera, contemporáneos en el siglo V a. C., se planteaba que las enfermedades eran motivadas por un desequilibrio debido a un exceso o a un déficit (siguiendo el prin-

cipio aristotélico del justo punto medio); para el caso hipocrático, de los humores y sustancias que constituyen el cuerpo, y de la dispersión de los átomos en la versión democritiana.

En este sentido, ambos sistemas resultaban innovadores por distanciarse de explicaciones teológicas propias de sus antecesores (las narraciones de la enfermedad por el poeta Homero, o bien, la teleología del sufrimiento físico de Hesíodo en sus *Trabajos*), y rechazaban que las enfermedades obedecieran a causas divinas. Sin embargo, la explicación “humoral” de los padecimientos corporales aún empataba una disposición mental y moral con su equivalente; el humor “colérico” y el exceso de bilis, por ejemplo, estaban asociados a la sequedad y al calor.



4 Fiodor Dostoievski, *Crimen y castigo*, Progreso, Moscú, 1967, p. 268.



Sin embargo, si esta innovación en el análisis clínico del cuerpo humano sobrevivió hasta la medicina moderna, el carácter punitivo de su correlato — las razones por las cuales una persona enferma— también permaneció. El canon bíblico de la Iglesia romana católica incluye indistintamente a la enfermedad y a la fiebre como castigo en diversos pasajes del Antiguo Testamento —caracterizado por un *ethos* punitivo que se verá suavizado tras la confirmación dogmática de la Contrarreforma.

Por ejemplo, en el Libro del Deuteronomio, un “dios vengativo” promete enviar a su pueblo el azote de pestes, enfermedades y fiebres si éste no se conduce de acuerdo al designio divino. Y el pasaje de la destrucción de las ciudades Gomorra y Sodoma destaca por ser el

epítome de los efectos funestos del fuego. En el Génesis, las ciudades sufren la ira de Dios, que ordena una lluvia de fuego sobre estos pueblos, símbolos manifiestos del pecado.

Este último relato ha sido particularmente prolífico en la tradición continental, pasando por las pinturas del renacentista Alberto Durero, de los barrocos Peter Rubens y Ludovico Carracci; más tarde, sería motivo central del último tomo de *En busca del tiempo perdido*, en el que Marcel Proust alude sin ambages a las ciudades extintas y su “depravación” y lo titula con el mismo nombre. Incluso la poeta polaca Wisława Szymborska imaginó los motivos de Edith, que miró estas ciudades, contra toda advertencia, mientras acontecía su destrucción, y quien, por desobedecer —inuevamente!—, fue transformada en una estatua de sal.

El propio Martín Lutero creía que la peste que azotó Wittenberg en 1527 era producto de un castigo divino, seguramente vinculado a las inequidades de las que tomaba parte la Iglesia católica romana y que constituían el centro de sus tesis reformistas. En su célebre carta escrita a Johann Hess, afirma: “puesto que la muerte es un castigo que Dios impone por nuestros pecados, debemos someternos a Él y, con una fe verdadera y firme esperar pacientemente nuestro castigo”.⁵

Quizás fue el clérigo inglés Robert Burton quien trajo de vuelta, en el siglo XVII, el espíritu penitente de la enfermedad y la fiebre a través de su célebre *Anatomía de la melancolía*, un tratado en el que se propone compilar toda manifestación, causa y expresión del mal que padece y que, afirma, como toda en-

5 Martin Lutero, “Whether One May Flee From A Deadly Plague”, *Luther’s Works*, vol. 43, Fortress Press, Filadelfia, 1999.

fermedad, está motivado por causas sobrenaturales, es decir, por el castigo divino. Susan Sontag lo abrevió de esta manera: “considerar una enfermedad como un castigo es la más vieja idea que se tiene de la causa de una enfermedad”.⁶

Pero el fuego es un signo ambivalente. Por un lado, concentra el rigor del castigo y la mácula de la culpa, pero es también un sistema de purificación. Todas las ciudades desbordadas por el pecado requerían, bajo esta lógica, su reducción a cenizas para renovarse. En suma, se trata también de una penitencia, un camino a transitar para una posible “reconstitución moral” individual o colectiva; en cierto sentido, la recuperación tras un largo padecimiento.

Hoy sabemos que los verdaderos causantes de la fiebre son los pirógenos —del griego *Pyros*, fuego, y *geno*, agencia—, sustancias de diversos tipos que causan fiebre. Su presencia en la sangre es el origen de la elevación de la temperatura humana a partir de los 38° grados centígrados como una respuesta inflamatoria del cuerpo ante un patógeno externo, un virus o una bacteria, si bien nuestro organismo puede registrar hasta los 37.4 grados centígrados sin que ello revele una respuesta francamente febril, lo que en la etiología clínica se conoce como “febrícula”, una fiebre no plena.⁷

La noción clínica de que la fiebre es un síntoma que delata un proceso infeccioso o bacteriano se remonta a la di-

fusión de la teoría bacteriana, asociada a Robert Koch y Louis Pasteur. El primero estableció sus célebres *Postulados* en 1884, que buscaban establecer una relación causal entre un agente infeccioso y una enfermedad; el segundo pudo aislar los microorganismos causantes de la fermentación y, más tarde, algunas bacterias.⁸ Pero ya anteriormente, en el siglo XVII, Thomas Sydenham había observado y anotado síntomas febriles re-



lativos a ciertas dolencias. Para el siglo XIX, el físico Daniel Fahrenheit perfeccionó el termómetro y el médico Carl Wunderlich sistematizó la toma de la temperatura corporal como protocolo clínico y observó que su aumento representaba un síntoma y no una enfermedad como tal.

6 Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas*, Penguin Random House, 2012, p. 129.

7 Manual MSD, “Fiebre”; disponible en: <https://acortar.link/qmk0Q9>.

8 Michael T. Madigan *et al.*, *Brock Biology of Microorganisms*, Prentice Hall, Nueva Jersey, 2003.

La fiebre, en estos términos, resulta una señal inequívoca de alarma: un índice de que algo no va bien. Esto es cierto tanto para el mundo del cuerpo físico del que se ha hablado hasta este momento como para el que abarca *todo lo demás*. La lógica punitiva característica de la culpa puede extrapolarse a otras dimensiones.

La culpa no es, como lo hacía notar el propio Nietzsche en *La genealogía de la moral* (1887), sino un desprendimiento de la palabra en alemán “Schuld”, una “deuda”, un régimen de obligación que exige su pago a través del sufrimiento. Raskolnikov no se libera del gran peso de su deuda a través de la condena, sino de la confesión, la única vía por la que puede curarse del flagelo enfebrecido y redimirse.

Otro tanto ocurre, de acuerdo con Bruckner, con la culpa occidental, que ha devenido en una penitencia permanente, amplificada por las irracionales y excesivas demandas del tercer mundo, del planeta devastado, las “víctimas ideales”. Esta culpa tendría que abandonarse de una vez por todas dado que las colonias *dejaron de ser colonias*.

Hoy más que nunca la culpa se encuentra bajo la lógica de la deuda, lo que en nuestras sociedades contemporáneas suele expresarse a través de la obligación crediticia. Todos los mercados y las sociedades del mundo se organizan mediante una antigua relación de poder, como apunta atinadamente Maurizio Lazzarato, que vincula a deudores y acreedores: entre norte y sur globales, entre trabajadores, desempleados y propietarios.⁹ Y esto ocurre de una manera

tan concreta como lo es la tarjeta de crédito, la versión financiarizada del dinero y, más específicamente, del capital.

Esta relación, tan vieja como la primera forma de acumulación —la desposesión—, moraliza a sus deudores, los culpabiliza y los obliga al pago de una deuda irresoluble, a la penitencia. Crea, de suyo, una nueva moralidad que privilegia al acreedor, las transacciones y bonos, los *stock markets*, los *securities*, la transferencia y creación de nuevas deudas entre todos los sectores y gobiernos, movimiento que indica la actividad febril propia de esta fase del capitalismo, que profundiza la división entre propietarios y desposeídos.¹⁰ Entre esta y aquella parte del mundo. Incluso para quien se precie de que la única manera de deshacerse de la mal llamada “culpa blanca” es ignorar sus deudas o, más precisamente, su responsabilidad.

La culpa no se trata, pues, de responsabilidad moral, sino que constituye un mecanismo de dominación heredado de una larga tradición que vincula el castigo con el fuego; que fundamenta y perpetúa una lógica laberíntica de inmovilidad y una identificación perniciosa de la responsabilidad real de los males de nuestros tiempos, puesto que hace equivalentes culpa y responsabilidad. ❧

9 Maurizio Lazzarato, *The Making of the Indebted Man*, Semiotext(e), Los Angeles, 2012, p. 25.

10 *Ibid.*, p. 30.

RODRIGO SALIDO MOULINIÉ

Escenas de agua y fuego: las fotografías de César Rodríguez

Está solo. En medio de la inmensidad del agua, se descubre abrumado, desolado, rebasado. Con las manos posadas en la cadera, un hombre mira hacia abajo tratando de descifrar lo que el momento impone: es la imagen de una derrota. Las olas invaden una composición que, tal vez, quiso seguir la regla de los tercios —dividir la imagen en tres secciones horizontales—; ocupan dos y arrasan con todo, acechando incluso la forma en que el espectador la observa. Las sombras del agua se van haciendo más pequeñas,



Las consecuencias de la erosión costera en Sánchez Magallanes, Tabasco, 2021. Todas las fotografías son de © César Rodríguez. y forman parte de la exposición World Press Photo 2026 en el Museo Franz Mayer.

mientras la mirada recorre la foto de abajo hacia arriba: sube la marea, falta el aire y no hay nada a la vista entre el cielo y el mar.

Como parte de la serie *Mexico, A Changing Climate* de César Rodríguez, ganador de la categoría de proyectos de largo plazo del World Press Photo 2026, la fotografía muestra un rompeolas en Sánchez Magallanes, Tabasco, rebasado por la marea. Ahí la erosión marina ha reclamado quinientos metros de tierra desde 2005. Se podrían dar muchas más cifras para enarbolar el argumento que hay de trasfondo: ya son casi tres millones de desplazados, hay cada vez períodos más prolongados y extremos de inundación y de sequía, decenas de miles de casas y edificios perdidos, y se proyecta un número apocalíptico de estragos para 2050 o 2060. Como el agua, los números abruman. Ahogan.

Las fotografías de Rodríguez, en cambio, no buscan ni producen lo mis-

mo. Se escurren entre las intenciones de un premio al fotoperiodismo, un reconocimiento a la representación de lo urgente y lo real, para proponer otra cosa. ¿Por qué hacer arte en medio de la desgracia? ¿Por qué embellecer nuestra inminente destrucción?

El cambio climático no se anuncia como espectáculo: no hay drama ni escenas impactantes de bolas de fuego cayendo del cielo o mares enteros cubriendo la Estatua de la Libertad. Es una forma de violencia lenta que se infiltra por las orillas del continente, se escabulle de las primeras planas de los periódicos. Pero, en realidad, se ve así: pescadores sobreviviendo, familias protegiendo sus hogares con cubetas, peluches en la repisa para que no se mojen; pequeñas tragedias que desde el anonimato escribirán la historia del colapso ambiental.

La fotografía dice lo que los números no pueden. Evoca y visibiliza la ex-

perencia particular de un punto, de un valor estadístico perdido en una base de datos. En una sala cuelgan con orgullo diplomas, retratos familiares, de graduación, fotos del bebé; pero en lugar de enaltecerlos, su reflejo en el agua que inunda la casa los degrada. La luz rebota en el suelo y duplica la arquitectura venida a menos. La humedad se come las paredes. La marea enmohece las bicicletas y hace de esta sala un espacio que niega su carácter de estancia. Las imágenes enuncian, pues, lo mucho que se pierde y la violencia que se viene.



Se calculan siete mil afectados por las inundaciones de cuarenta días, tras el colapso en el sistema de drenaje en Chalco, Estado de México, 2024.

Tres policías en formación y de espaldas a la cámara vigilan que una pipa de agua abastezca una comunidad en Monterrey. Protegen el agua o, por lo menos, la promesa de que el gobierno de Nuevo León pueda llevarla. Evitan, desde luego, que grupos organizados tomen las pipas para ellos. Sus miradas apuntan a la izquierda, detectan una posible amenaza que queda fuera del cuadro, pero no hace falta mucha imaginación para sospechar a qué han ido. Filas, tumultos, hombres y mujeres cargando cubetas y garrafones vacíos: son víctimas que exigen alguna respuesta a su



Monterrey distribuyó agua a sus cinco millones de habitantes para evitar el Día Cero, 2022.

situación. Falta y exceso, inundación y sequía, orden y violencia; el eslogan “cambio climático” se queda muy corto para describir lo que están viviendo: el desequilibrio que amenaza al planeta, la gran dislocación de recursos.

Mexico, A Changing Climate enmarca, literalmente, el advenimiento de la desgracia. La madera que sostiene el marco de una ventana está por vencerse. Hinchada por el agua, resiste todavía y ofrece una vista al mar. Un cuadro que podría servir de decoración corporativa en una habitación de hotel, pero que en la mirada de Rodríguez proyec-



Chalco, Estado de México, 2024.

El blanco y negro envuelve estas imágenes con una carga documental, histórica. La ausencia de color las aleja de la inmediatez y alarga un segundo más la reflexión sobre aquello que retratan.

ta algo mucho más siniestro. La cortina borrosa sugiere la corriente de viento que la azota, una bandera casi blanca que ondea, sin respuesta, en son de paz. El escenario de este cuarto no relaja, preocupa. El agua amenaza, viene y no parece detenerse.



Sánchez Magallanes, Tabasco, 2021.

Los problemas públicos no existen, se construyen. Antes de imaginar alguna solución política posible, hay que hacerlos visibles para empezar a plantearlos. Cuando se expongan, las imágenes de Rodríguez estarán colgadas con pies de foto convincentes, certeros, que localicen el problema en alguna costa mexicana. Declararlas falsas o verdaderas será lo de menos; importa qué tan lejos están en tiempo y espacio, porque, como escribió Susan Sontag en *Regarding the Pain of Others*, el “nosotros” que convoca una captura supone una asimetría violenta de poder. Mirar el dolor de los demás en una fotografía impresa produce una falsa sensación de seguridad, de distancia. Se mira la derrota de alguien más. Las imágenes de la serie de Rodríguez

hacen legible el problema amorfo del cambio climático, al tiempo que proponen un “nosotros” que siempre resulta sospechoso. Miran el problema y hacen algo al respecto, pero refuerzan la distancia entre el espectador y el suceso. Cuando nosotros miramos en una pantalla o paseamos en el museo, otros lidian con las consecuencias de nuestros actos.

Algunas de las fotografías son de rollo. El tepiqueño las tomó con una cámara Olympus Stylus, una cámara “point and shoot” de 35 mm que no pide más al fotógrafo que componer y disparar. Hay fugas de luz que muerden las imágenes, son los negativos quemados literalmente por el exceso de luminosidad que se cuele por alguna grieta de la cámara de plástico. Podrían parecer errores, pero en la serie buscan dar un aire de autenticidad. El negativo es lo que es. No hay forma de recuperar ese pedazo de película quemada. Fotos que parecen



Mientras los residentes de mayores recursos construyen presas privadas en Valle de Bravo, el sistema público abastece a seis millones de personas y un pescador camina sobre el Lago Avándaro, Estado de México, al 32% de su capacidad, 2024.



Antonio Mayoral y Guadalupe Cobos en El Bosque, Tabasco, 2024.

incompletas abrazan los defectos del medio para rebelarse contra la inundación de imágenes artificiales que saturan nuestras pantallas.

Y tienen otra función: la de metáfora. Una vez más los elementos invaden las tomas. El fuego amenaza, como el agua, con borrar la historia por completo. Se escurre por las orillas, destruye, acecha. Es una decisión técnica que va más allá de seguir alguna moda *vintage*, es una postura política y estética. La fotografía analógica refleja y refuerza la crisis que Rodríguez quiere hacer visible. El blanco y negro envuelve estas imágenes con una carga documental, histórica. La ausencia de color las aleja de la inmediatez y alarga un segundo más la reflexión sobre aquello que retratan.

Entre escenas de agua y fuego, entre casas inundadas y botes varados en la tierra, hay un retrato familiar. Antonio Mayoral y Guadalupe Cobos posan en su casa, ella sentada y él detrás de ella con los brazos sobre sus hombros. El muro que sirve de fondo, carcomido por la humedad, ofrece un marco para asomarse a otro espacio: una mesa, un frasco, una silla, el techo de lámina. Son de los últimos residentes de El Bosque, una comunidad pesquera en Tabasco que sesenta familias han abandonado, desplazadas por el cambio climático en México. (Había escrito que están sonriendo, pero lo borré.) Están resignados, atentos, listos para mirar el fuego. La parte inferior del negativo está quemada: la marea de fuego amenaza con subir y con borrar.

No quisiera aventurarme a decir que estas fotos no invitan a la acción. Ojalá lo hagan. Pero insisto, no retratan desesperación, preocupación o culpa; no son imágenes desgarradoras de la tragedia que se viene. Son, más bien, el retrato de nuevas ruinas, muestras de un mundo resignado a que esto es lo que nos tocó vivir. Dicen lo que de otra manera sería indecible: ya es demasiado tarde. *RM*



Chalco, Estado de México, 2024.



Un bote turístico varado en la presa La Boca que bajó hasta el 8.5% de su capacidad en Santiago, Nuevo León, 2022.

PERIÓDICAS

PP. 112-117 PEDRO ÁLVAREZ ICAZA LONGORIA

PP. 118-123 HUGO CASANOVA CARDIEL

PP. 124-129 HUMBERTO BASILIO

PP. 130-135 AGUSTÍN B. ÁVILA CASANUEVA

(110–135)



Sanarnos en la tierra: por una sociedad de los cuidados

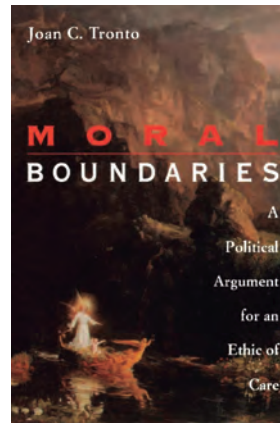
PEDRO ÁLVAREZ ICAZA LONGORIA

En el siglo XXI nos enfrentamos a una crisis múltiple: climática, ecológica, social y política; en ese escenario, la falta de cuidados a la Tierra también es fuente de preocupación. La humanidad vive un momento en el que es urgente replantear la relación entre la naturaleza y los seres humanos. Sanarnos en la tierra: por una sociedad de los cuidados es una propuesta filosófica y ética que sugiere que la recuperación no es una acción unilateral de “curar el medio ambiente”, como si esta fuese un objeto externo a nosotros, sino un proceso recíproco, en el que debemos replantearnos nuestras formas de vida, nuestros vínculos sociales, humanos y económicos, para así convivir de una manera armónica con la tierra, de la que, sobra decir, dependemos. Como advierte Jean Tronto, el desplazamiento ético, en el que se asume una responsabilidad colectiva, es condición indispensable para “reparar nuestro mundo y mantenerlo de forma que podamos vivir en él lo mejor posible”.¹

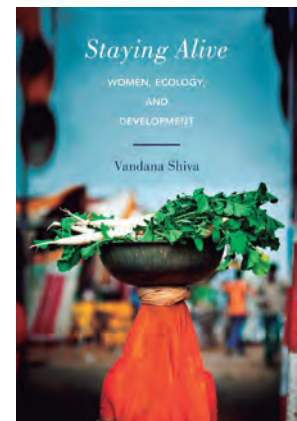
La historia de nuestra relación con la naturaleza es muy antigua; en ella han quedado asentadas nuestras heridas y nuestros aprendizajes de subsistencia como especie. La primera tesis que aquí desarrollo sostiene que la defensa del mundo natural no puede entenderse únicamente en términos de protección ambiental; más bien es necesario respetar la vida en todas sus dimensiones, lo cual

implica construir una sociedad de los cuidados capaz de protegerse a sí misma. En este sentido y en consecuencia, proteger a la especie humana implica considerar a los ecosistemas y entendernos a nosotros como parte de éstos.

La segunda tesis enfatiza que la sociedad moderna ha estado marcada por el patriarcado y la colonización, sistemas que han legitimado el dominio sobre los cuerpos y la tierra. Violencias históricas, desde la explotación laboral hasta la devastación ambiental, han sido las bases de estas estructuras de poder, cuyos paradigmas de dominación fueron excusas para arrasar todo cuanto fuera posible con el fin de satisfacer el deseo de integración y homogeneización. De este modo, la sociedad debe aprender a mirar la naturaleza de otro modo. No como un objeto pasivo que necesite protección, sino como parte de



Jean C. Tronto, *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care*, Routledge, Nueva York, Londres, 1993.



Vandana Shiva, *Staying Alive: Women, Ecology and Development*, North Atlantic Books, Berkeley, 2016.

1 Jean C. Tronto, *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care*, Routledge, Nueva York, Londres, 1993, p. 103.



Camino hacia Rayones, Parque Nacional Cumbres de Monterrey, 2009. Wikimedia Commons © 3.0.

un entramado vivo, en el que el respeto es interacción, compromiso y responsabilidad compartida.

POR LA DEFENSA DE LA VIDA

En *Moral Boundaries*, Tronto plantea que el cuidado debe entenderse como una práctica política y social, no sólo como una actividad privada; “es una actividad genérica que incluye todo lo que hacemos”,² de modo que somos vulnerables e interdependientes.

Por su parte, Carol Gilligan, pionera en la ética en esta esfera, mostró cómo la voz de las mujeres introducía una perspectiva distinta sobre la moral; una que valora las relaciones y la responsabilidad más que las normas abstractas de justicia.³ Desde entonces, el feminismo ha insistido en que el cuidado

no es debilidad, sino un principio político que puede reorganizar a las sociedades. Y Amaia Pérez Orozco lo formula de manera contundente: frente al “conflicto capital-vida”, la tarea es situar el sostenimiento de la vida como eje de la economía y no la maximización del beneficio.⁴ Esta mirada conecta de inmediato con el medio ambiente: una sociedad que no garantiza los cuidados internos como la alimentación, la salud, los afectos y la equidad de género, no podrá sostener la ecología de la que depende.

Así, se debe trascender las políticas ambientales tradicionales y colocar el cuidado como principio rector. No se trata de proteger árboles o animales de manera aislada, sino de generar condiciones colectivas que garanticen la reproducción de la vida humana y no humana.

2 *Id.*

3 Carol Gilligan, *In a different voice: Psychological theory and women's development*, Harvard University Press, Massachusetts, 1982.

4 Amaia Pérez Orozco, *Subversión feminista de la economía. Sobre el conflicto capital-vida*, Traficantes de Sueños, España, 2014.

MÁS ALLÁ DE LOS DECRETOS

La experiencia contemporánea de la conservación nos ha enseñado que decretar un Área Natural Protegida, sea reserva de la biosfera, santuario o parque nacional, no garantiza por sí mismo el respeto de los ecosistemas. Con frecuencia, estos decretos surgen de decisiones en el ámbito público que separan a la sociedad de la naturaleza, como si la subsistencia dependiera de un papel firmado por el gobierno y no de una relación viva y cotidiana.

El verdadero cuidado no se decreta: se practica. Se construye en la interacción entre comunidades y territorios, en la transmisión de saberes, en la corresponsabilidad de las generaciones. Una sociedad cuidadora no necesita una declaración para reconocer que los ríos no son mercancía, que los bosques son más que madera o que los mares son más que rutas de comercio. La conservación nace de comprender que nuestra vida depende de esos vínculos y depende de relaciones que reconocen la pluralidad y los saberes territoriales.

Esto no significa un rechazo a los marcos legales, que, indudablemente, han sido herramientas útiles, sino reconocer que resultan insuficientes si no van acompañados de una ética social y una visión comunitaria. Decretar un Área Natural Protegida sin atender las diversas violencias hacia las comunidades que la habitan o sin transformar los patrones de consumo y explotación es perpetuar una ficción de protección.

Invoco, entonces, a hacer un cambio cultural: pasar de pensar en la protección como un acto excepcional, dictado desde arriba, a vivirlo como una práctica colectiva, horizontal y cotidiana. Solo así podremos hablar de una verdadera defensa de la vida.

CRÍTICA AL DOMINIO
Y LA COLONIZACIÓN

La historia moderna se ha construido bajo la lógica del dominio. Al respecto, el ecofeminismo ha señalado que la explotación de la naturaleza y la subordinación de las mujeres son dos caras de la misma moneda. Vandana Shiva, por ejemplo, sostiene que el modelo de desarrollo occidental ha generado “monocultivos de la mente”, destruyendo tanto la diversidad ecológica como la diversidad cultural.⁵

En la misma línea, Rita Segato ha profundizado en la relación entre el patriarcado, la violencia y la naturaleza al señalar que el cuerpo de las mujeres ha sido históricamente tratado como el primer territorio de conquista. Desde su perspectiva, las formas de dominación que se ejercen sobre los cuerpos femeninos reproducen la misma lógica de apropiación que rige la explotación de la tierra. Como advierte la autora: el cuerpo de las mujeres es el territorio más antiguo de colonización.⁶ De este modo, la violencia patriarcal no es únicamente un fenómeno social, sino también uno ecológico: ambas violencias se fundan en la idea de que el otro, sea cuerpo, territorio o naturaleza, puede ser poseído y controlado. Segato advierte que desmontar esa estructura implica repensar las bases mismas de la civilización moderna.

Ejemplos concretos abundan. En Perú, Rocío Silva Santisteban documenta cómo los conflictos socioambientales afectan de manera desproporcionada a las mujeres, quie-

5 Vandana Shiva, *Monocultures of the Mind: Perspectives on Biodiversity and Biotechnology*, Zed Books, Nueva York y Londres, 1997.

6 Rita Segato, *La guerra contra las mujeres*, Prometeo Editorial, Buenos Aires, 2016, p. 84.

Cuando protegemos un bosque, estamos preocupándonos por el agua que bebemos, el aire que respiramos y la fertilidad de los suelos que nos alimentan. Y cuando cuidamos de los otros seres humanos, generamos condiciones sociales que reducen la presión destructiva sobre la tierra.

nes cargan con la pérdida del agua, de los suelos y de la salud en sus familias.⁷ En México, la expansión turística mediante grandes obras de infraestructura, que comprometen la integridad de ecosistemas frágiles, reproduce lógicas similares a las de los proyectos extractivistas en áreas naturales protegidas o en territorios indígenas.

Ante estas lógicas de dominio que se expresan en el extractivismo —minería a cielo abierto, megaproyectos hidroeléctricos, monocultivos—, Maristella Svampa ha visto un “giro eco-territorial” por parte de las comunidades indígenas, campesinas y las feministas, las cuales se han puesto al frente de la defensa de sus territorios para frenar al avance del capital global.

FRENTE A LA CRISIS CIVILIZATORIA: MIRAR A LA NATURALEZA

En el presente, múltiples voces coinciden en señalar que la crisis que enfrentamos, además de ser ambiental y económica, también es civilizatoria en toda regla. Se trata de un colapso simultáneo de los fundamentos ecológicos, sociales, políticos y culturales que sostienen el modelo de vida moderno.

Desde el plano ecológico, la evidencia científica es contundente. El Panel Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático (2022) advierte que el planeta ya ha sobrepasado varios límites biofísicos, con consecuencias irreversibles en ecosistemas clave. La pérdida acelerada de la biodiversidad, el deterioro de los suelos y los océanos y la crisis hídrica se combinan con el cambio climático global, generando un escenario de inseguridad alimentaria y desplazamientos humanos sin precedentes.

Entonces, mirar la naturaleza de otra manera significa comprender que cuidar es



Poza Azul, Área de Protección de Flora y Fauna Cuatrociénegas, 2015. Fotografía de la Comisión Mexicana de Filmaciones. Wikimedia Commons © 2.0.

sanarnos mutuamente a través de un intercambio continuo. Cuando protegemos un bosque, estamos preocupándonos por el agua que bebemos, el aire que respiramos y la fertilidad de los suelos que nos alimentan. Y cuando cuidamos de los otros seres humanos, generamos condiciones sociales que reducen la presión destructiva sobre la tierra.

A la crisis ecológica se le suma otra. Como señalan algunas autoras, entre ellas Pérez Orozco, y los informes recientes de la CEPAL (2020), el actual sistema económico invisibiliza el trabajo de los cuidados, que además concentra la carga en las mujeres y reproduce patrones de desigualdad de género.⁸ La pandemia de covid hizo evidente que la vida co-

7 Rocío Silva Santisteban, *Mujeres y conflictos ecoterritoriales: impactos, estrategias, resistencias*, Demus Estudio para la Defensa de los Derechos de las Mujeres, Lima, 2017.

8 CEPAL, *La sociedad del cuidado: horizonte para una recuperación sostenible con igualdad de género*, Naciones Unidas Santiago, 2020.

tidiana depende de esos cuidados, y que sin ellos ninguna sociedad puede sostenerse.

También atravesamos una crisis de exclusión. El modelo neoliberal ha generado una concentración inédita de la riqueza, precarización laboral y marginación de comunidades indígenas y campesinas. A nivel global, las brechas de género, clase y etnicidad se han agudizado, mostrando que el actual paradigma económico beneficia a unos pocos a costa de la mayoría.

En el plano político, los Estados-nación muestran sus límites frente a problemas globales como el clima, las migraciones o las pandemias. La erosión de la confianza en las instituciones democráticas y el auge de discursos autoritarios evidencian una crisis de gobernanza y de representación.

Finalmente, existe una crisis cultural y de sentido. Intelectuales, como Enrique Leff y Arturo Escobar, señalan que el paradigma moderno basado en la separación entre humanidad y naturaleza y en la idea de un progreso ilimitado, ha llegado a su límite histórico. Frente a esta realidad, emergen propuestas que abogan por un pluriverso, es decir, un mundo en el que coexistan múltiples cosmovisiones, formas de vida y modelos de desarrollo.

Por ello, hablar de crisis civilizatoria es hablar también de una oportunidad histórica: la posibilidad de construir un nuevo paradigma centrado en el cuidado, la diversidad y la vida compartida. No basta, pues, con “proteger” la naturaleza como si fuese un objeto frágil, distinto a nosotros. La verdadera atención implica compromiso, corresponsabilidad e interacción pues, como dice Yayo Herrero, somos seres ecodependientes, planteamiento que coincide con la propuesta de Alicia Puleo, quien sugiere que abogemos por un ecofeminismo crítico capaz de articular justicia de género y justicia ambiental.⁹

9 Yayo Herrero *et al.*, *Cambiar las gafas para mirar el mundo. Una nueva cultura de la sostenibilidad*, Libros en Acción, Madrid, 2011; Alicia Puleo, *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Cátedra, Madrid, 2013.

Laguna Boca Paila, Reserva de la Biósfera de Sian Ka'an, 2012. Fotografía de Ken Thomas. Wikimedia Commons ©.



La CEPAL (2020) ha planteado la necesidad de avanzar hacia una sociedad en la que las políticas públicas garanticen la sostenibilidad de la vida. Esto significa, por ejemplo, valorar y redistribuir el trabajo de los cuidados, pero también pensar el desarrollo económico desde la regeneración de los ecosistemas.

Es justamente en este punto donde emerge un elemento fundamental para comprender alternativas reales ante la crisis: los Recursos de Uso Común (RUC). Su estudio y fortalecimiento permiten observar cómo la conservación y la gobernanza pueden articularse desde abajo, a partir de prácticas co-



lectivas que integran conocimientos locales, dinámicas ecológicas y relaciones sociales que se reproducen en el territorio. Como demostró Elinor Ostrom, lejos de ser espacios condenados a la sobreexplotación, los bienes comunes pueden ser gestionados de manera sostenible mediante arreglos institucionales contruidos por las propias comunidades, basados en reglas compartidas, mecanismos de cooperación y responsabilidad colectiva.¹⁰

10 Elinor Ostrom, *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

CONCLUSIÓN

De este modo, sanar no es un acto abstracto; al contrario, implica poner a prueba modelos de diversificación que favorezcan la gobernanza local. Esto implica reconocer que los saberes comunitarios, indígenas y campesinos son centrales para garantizar la sostenibilidad, y que las soluciones deben adaptarse a los ecosistemas y a las culturas que los habitan.

La sociedad de los cuidados aparece entonces como horizonte político y ético; frente a la lógica patriarcal y colonial del dominio, propone una lógica relacional en la que la vulnerabilidad compartida se convierte en fuerza colectiva. Como recuerda Tronto, la conservación es una práctica democrática: sólo sociedades cuidadoras pueden ser sociedades justas. Y como señala Vandana Shiva, la democracia de la tierra será la condición para una paz duradera.

Sanarnos en la tierra: por una sociedad de los cuidados, en última instancia, es sanar nuestras heridas históricas: las de la violencia patriarcal, las del colonialismo y las del extractivismo. Se trata de la práctica cotidiana de cuidar, diversificar y gobernar juntos los territorios que habitamos. También es asumir que no habrá cuidado verdadero sin una transformación profunda de las relaciones que históricamente nos han separado entre quienes deciden y quienes cargan con las consecuencias. ❧



Vicente Lombardo Toledano, orador; Antonio Caso, Roberto Medellín Ostos y Julio Jiménez Rueda (primer director de la *Revista de la Universidad de México*), sentados, s.f. Colección Alicia Alarcón. Todas las imágenes son cortesía del IISUE/AHUNAM.

ENTREVISTA CON HUGO CASANOVA CARDIEL

Las posibilidades de la autonomía

Fernando Arana Blanco

En 2025 se publicó el libro *La UNAM y el Estado: autonomía y compromiso social*, del Dr. Hugo Casanova Cardiel, investigador del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación y coordinador de Reforma Institucional y Prospectiva Universitaria. La obra es una recopilación de artículos que narran la historia de la UNAM a partir de su complejo vínculo con el Estado y la sociedad mexicana, desde la época de la rectoría de Vasconcelos hasta las tensiones en el siglo XXI.

Fernando Arana Blanco (FAB): En su último libro, usted habla sobre lo que la figura de la autonomía ha brindado al desarrollo nacional. Afirma, por ejemplo, que la autonomía permite favorecer “a la sociedad, que es beneficiaria directa del quehacer universitario”. ¿Por qué una universidad o un instituto que no posea la figura jurídica de la autonomía no podría favorecer de la misma manera a la sociedad? ¿En qué consisten la fuerza y la posibilidad de la autonomía?

Hugo Casanova Cardiel (HCC): La autonomía puede ser, en efecto, concebida en dos dimensiones: una *de iure* y otra *de facto*. En la primera modalidad, las capacidades institucionales de autogobierno, de determinación de criterios de la vida académica y de libre ejercicio de los recursos financieros están garantizadas por una norma jurídica que brinda a las universidades el marco para decidir sobre sus asuntos sustantivos. En este caso, el trabajo académico se desarrolla en un contexto de libertades de cátedra e investigación. Esta modalidad implica el establecimiento de atribuciones tanto para el Estado como para las instituciones universitarias dentro de un marco certero y legal. En la segunda modalidad podrían presentarse estas condiciones de independencia, pero su operación se desarrolla bajo un margen de incertidumbre o incluso de manera parcial. En ambos casos, la autonomía se refiere a un marco de libertades institucionales dentro del cual se desarrolla el trabajo académico en beneficio de la sociedad. La docencia, la investigación y la difusión de la cultura tienen en la sociedad su destinatario final.

FAB: La UNAM no es la única universidad que posee autonomía, ¿esta figura es igual para todas ellas? La autonomía de la UNAM nació en 1929 en respuesta a los problemas que te-

nía el gobierno de inicios del siglo pasado. ¿Ésa génesis implica alguna diferencia con las autonomías establecidas en los años sesenta o setenta, pensando, por ejemplo, en instituciones como la UAM?

HCC: La autonomía universitaria en México tiene antecedentes que se extienden a lo largo de más de cien años. Basta referirse a la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, que surgió en 1917 con el atributo de autónoma, o a la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, que lo obtuvo en 1923, y a la UNAM, que lo recibió en 1929. La autonomía es una condición contingente que opera en función de su tiempo y espacio, y no es un atributo fijo o inamovible. Varía a lo largo del tiempo y no es idéntica entre las diversas instituciones. Aun cuando la autonomía fue elevada a rango constitucional en 1980 y, con ello, se establecieron criterios de orden general entre las universidades que la ostentan, su ejercicio está determinado por cada contexto específico. El caso del Instituto Politécnico Nacional es un buen ejemplo de una institución que, pese a no gozar de autonomía legal, ha lo-



Hugo Casanova Cardiel, *La UNAM y el Estado: autonomía y compromiso social*, Coordinación de Humanidades, México, 2025.

Hay varios momentos en los que la Universidad Nacional ha logrado conectar con las grandes necesidades de la sociedad. La presencia de los universitarios en los movimientos sociales, en situaciones de emergencia nacional, tales como los sismos y la pandemia.

grado encontrar los espacios adecuados para desempeñarse en términos favorables ante la sociedad.

FAB: En su libro comenta que así como la nación se ha modificado a lo largo de estos años, la Universidad y la noción de “autonomía” también lo han hecho. En este sentido, ¿a qué preguntas o necesidades nacionales responden las diferentes autonomías que ha tenido la UNAM? ¿Podríamos decir que hay distintas autonomías universitarias?, ¿en qué se diferencian aquéllas del 29, del 45, del 68 y la actual?

HCC: En efecto, tal como antes se señaló, la autonomía tiene una condición dinámica y responde, por un lado, a la institución donde se ubica y, por el otro, al momento histórico que se analiza. En el caso de la UNAM es claramente visible que la autonomía de 1929 tiene grandes diferencias respecto a las de 1933 y 1944. Todas éstas también difieren de la autonomía de 1968, la de 1980 (en que dicho atributo universitario adquiere rango constitucional) y de la que opera a lo largo del siglo XXI. Ello está relacionado con la progresión histórica de las propias instituciones universitarias y con la compleja articulación que experimentan frente a su entorno. Incluso es posible señalar que la autonomía, que tradicionalmente ha sido definida frente a los diferentes órdenes del Estado, hoy en día experimenta también crecientes retos ante el poder fáctico del mercado.

FAB: En términos más concretos, en su libro expone tanto los momentos

de sinergia entre el Estado y la UNAM, por ejemplo, en los gobiernos de Ávila Camacho y Alemán, que resultaron en la creación de CU, como los años de mayor crisis, como la década de 1920, el 68 o la huelga del 2000. En su opinión, ¿hubo un momento en que la autonomía generara un conflicto con alguna noción de desarrollo nacional?

HCC: Los márgenes de decisión de la Universidad Nacional llevaron en determinados momentos a un distanciamiento institucional frente al Estado. El caso del gobierno de Lázaro Cárdenas ilustra esta situación: las prioridades nacionales se alejaron de la Universidad, que en 1933 había perdido el atributo de “nacional”, y se desplazaron al ámbito de la educación básica y la educación técnica. Recientemente, el Dr. Diego Valadés mencionó la carta del presidente Cárdenas al rector Fernando Ocaranza, en la que señalaba la necesidad de acotar la autonomía institucional. La carta, fechada el 13 de septiembre de 1935, indicaba explícitamente que la Universidad se había colocado, “por su propia voluntad, en un plano de indiferencia frente al Programa Social de la Revolución”. No obstante, al paso del tiempo esta distancia sería superada y en 1945 la Universidad recuperaría tanto el carácter de “nacional” como un amplio respaldo gubernamental.

Otro momento de claro desencuentro fue el ocurrido en 1968, sobre el cual ya se ha escrito mucho. Desde mi perspectiva, la distancia de la institución frente al Estado es, en realidad, un reflejo del cambio de época que se vivió al final de los sesenta. Se trata de un desfase entre las reglas del pasado, expresa-

Copia de la Carta del Presidente Lázaro Cárdenas, en la que responde a la solicitud del rector Fernando Ocaranza para atender la problemática interna y la situación económica de la Universidad, consultado en Archivo Histórico del Consejo Universitario, Expediente de la Sesión del Consejo Universitario del 17 de septiembre de 1935, fs. 8-10. Se puede leer la carta completa en nuestro sitio web.



PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

14/1935

36 20
8

49399

Señor Doctor Fernando Ocaranza.
Rector de la Universidad Autónoma de México.
P r e s e n t e.

Hago referencia a la atenta nota de usted del día 11 del actual, con la que se sirvió acompañarme el memorial que con fecha 9 de los corrientes aprobó el H. Consejo Universitario, en el cual se exponen minuciosamente los puntos de vista del referido Instituto relacionados con su Ley Orgánica, con sus luchas internas y con su precario estado económico. Expresa asimismo la Universidad su deseo y su ingente necesidad de que el Estado ocurra con su autoridad y consus recursos a salvarla de un seguro fracaso, terminando dicho documento con una declaración de principios que cree estar obligada a sostener.

Estimo pertinente referirme a los puntos esenciales del aludido memorial, a fin de que quede expreso el criterio del Gobierno sobre el problema de las relaciones entre el Estado y la Universidad, expeditando, así, el camino para establecer el necesario entendimiento de esos dos organismos que, si bien es cierto poseen atribuciones delimitadas y precisadas en la Ley, no pueden, sin embargo, prescindir de complementarse, a menos de nulificar su función o defel-sear sus obligaciones, puesto que ambos persiguen la difusión de la cultura.

En efecto, si la Ley Orgánica de octubre de 1933 señala a la Universidad la misión de impartir la cultura superior y profesional, sin fijarle normas concretas, no debe olvidarse que en aquel entonces la instrucción primaria reservada prácticamente al Estado por la Constitución, era del tipo clásico liberal y no había razón alguna para circunscribir a los propios términos la enseñanza profesional, supuesto que ambas actividades eran efecto de doctrinas aceptadas y establecidas con iguales tendencias. Pero, reformado el artículo 3/o de la Constitución en un sentido distinto a la educación individualista, es lógico suponer que la Universidad debe orientar sus actividades y doctrinas a un rumbo complementario y no antagónico a la escuela de los primeros años, pues de otro modo sería estéril y aun perjudicial a la niñez, una enseñanza y un esfuerzo que al llegar la juventud y con ella la Universidad, tendría que ser rectificado.

Dentro de estas normas de cooperación lógica y necesaria, juzgo conveniente que se reorganice la Universidad, dejándole la autonomía indispensable para llenar sus fines, y no como entidad soberana autorizada para interpretar las leyes dictadas por el Estado, ni mucho menos para oponerse al espíritu de las mismas.



Estudiantes del Consejo General de Huelga en la Ciudad de México, 26 de febrero del 2000. Colección Paro Estudiantil 1999-2000.

das por el presidente Díaz Ordaz, y las reivindicaciones de una juventud y una sociedad que ya no cabían en el ajustado marco cultural de ese tiempo. Tal cambio de época será dignamente representado por la UNAM, el Instituto Politécnico Nacional y otras instituciones universitarias.

FAB: Como usted menciona en su libro, en la inauguración de Ciudad Universitaria, el rector Luis Garrido dijo lo siguiente: “De nada valen los grandes inventos, las urbes cosmopolitas [...] si todavía hay quien perece de hambre o de frío, si el trabajo humano es explotado brutalmente y la técnica nos esclaviza”. Esto se puede ver desde Vasconcelos, cuando dice “en estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad, sino a pedir a la Universidad que trabaje por el

pueblo”. En su opinión, ¿cuál ha sido el momento más importante de la UNAM respecto a este proyecto moral y nacional?

HCC: Desde mi punto de vista, hay varios momentos en los que la Universidad Nacional ha logrado conectar con las grandes necesidades de la sociedad. La presencia de los universitarios en los movimientos sociales, en situaciones de emergencia nacional, tales como los sismos y la pandemia, las crisis de derechos humanos y la promoción de la igualdad de género, entre otros temas, es incuestionable. Sin embargo, quisiera aludir en este punto al trabajo cotidiano y discreto de los universitarios en la formación de miles de hombres y mujeres que ejercen sus profesiones en todos los ámbitos de la vida social; al trabajo disciplinado de científicas y científicos que escudriñan todos los ángulos del entorno físico y social donde nos desenvolve-

mos; a las aportaciones de artistas, poetas y literatos que nutren el espíritu de los universitarios y de toda la sociedad. En suma, la institución aporta sus mayores contribuciones a la vida nacional en el día a día.

FAB: Usted cierra su libro indicando los retos que se aproximan en la relación entre el gobierno y la Universidad. En dicho capítulo menciona, como uno de ellos, las responsabilidades de la UNAM respecto al cumplimiento de su encargo académico. ¿Cuál cree que sea el principal reto de la institución, en la actualidad, para seguir llevando a cabo esta labor?

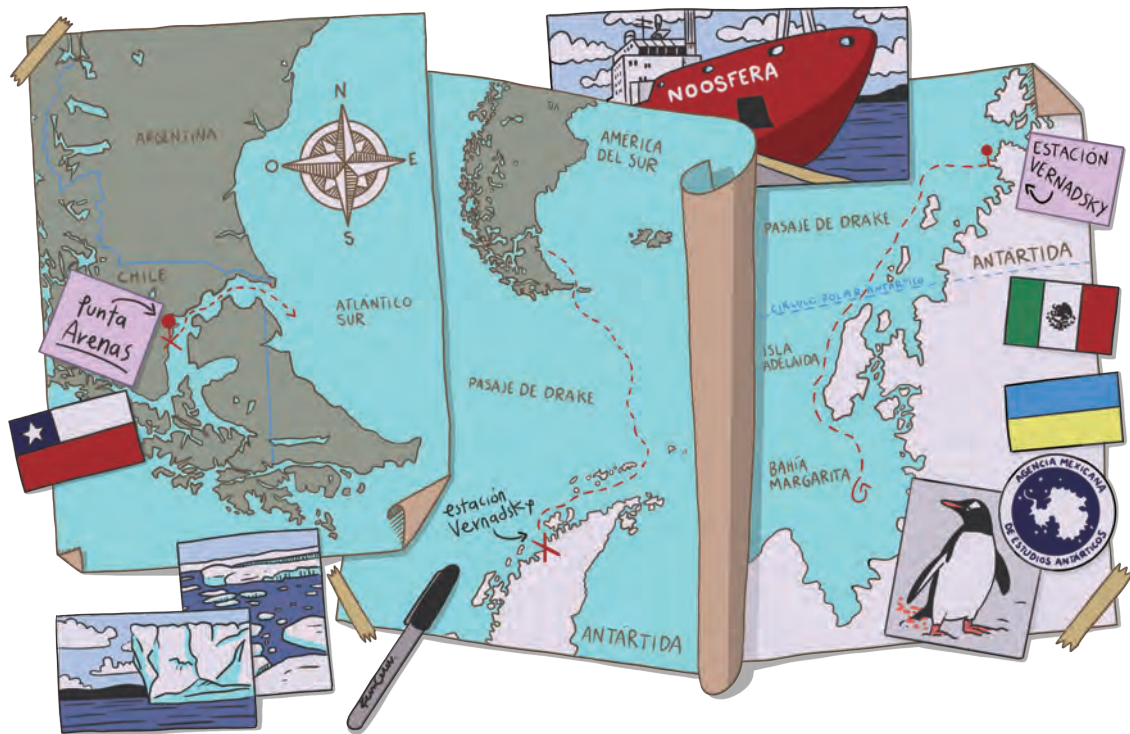
HCC: El encargo académico de la Universidad Nacional está definido y consolidado en torno al cumplimiento de sus funciones en favor de la formación de ciudadanos que habrán de desempeñarse en diferentes tareas profesionales, en la generación de conocimientos e interpretaciones de carácter innovador que contribuyan al saber y a la atención de los grandes problemas nacionales, así como a la difusión de la cultura. En todo ello, acaso el principal reto es hacerlo bajo condiciones de rigor y exigencia, y que la comunidad universitaria (estudiantes, académicas y académicos, personal de apoyo administrativo) responda a la demanda social de contar con una institución que opere con el máximo esfuerzo y el máximo rigor para sumarse al propósito común de construir un mejor país.

FAB: Al respecto, comenta que en el futuro, ante las demandas crecientes, la UNAM tendrá una oportunidad para repensarse por medio de “un proceso de reforma integral que fortalezca sus estructuras y procesos de gobierno con un sentido democrático y plural”. Ya que todo futuro debe tener el pasado en mente, a partir de sus conocimientos

sobre la historia de la institución y de un ejercicio especulativo, ¿cuáles serían los primeros pasos que se tendrían que tomar para poder llegar a ese momento?

HCC: Nadie podría hacer una propuesta pertinente de futuro sin conocer el pasado y el presente de la institución. Una de las condiciones esenciales de la reforma es conocer el devenir histórico de la Universidad Nacional y su problemática actual. Y debe recordarse que la problemática institucional es cambiante y que los diagnósticos tienen una suerte de fecha de caducidad. Lo que ayer valía, al día siguiente puede haber variado y, por ello, resulta crucial emprender ejercicios diagnósticos que consideren periodos largos de desempeño y que, a la vez, puedan considerar las situaciones nuevas que aparecen tanto en el ámbito interno como en el externo.

De manera simultánea, resulta relevante vislumbrar horizontes de futuro que permitan plantear rutas para el desarrollo de los muy diversos campos del conocimiento. A la vez, la participación de la comunidad es un tema fundamental. Una propuesta de reforma solamente tiene viabilidad cuando las y los universitarios se suman a ella. En tal sentido, la reforma es un proceso abierto que demanda pensamiento y acción. Se requiere una amplia participación de los sectores más estables de la institución: el profesorado, los investigadores y el personal administrativo, pero es esencial contar con la presencia del estudiantado, de las miles de mujeres y hombres que, desde múltiples espacios sociales, quedarán a cargo del legado universitario de nuestro país. *AM*



Trayectoria de la expedición Camex-1. Ilustración de Kev Cuev, 2026.

Donde late el océano. La primera expedición científica de México a la Antártida

HUMBERTO BASILIO

La violencia de las olas golpeando el casco del Noosfera despertó a Elsa Arellano Torres a las cuatro de la madrugada, en medio del océano Austral, al sur de la Patagonia chilena. La fuerza que debe tener la corriente marina para desestabilizar un buque de cien metros de largo y 5700 toneladas de peso resulta aterradora y, al mismo tiempo, emocionante, dice. “Usualmente me arrulla el movimiento del mar, pero esto era diferente.”

Era el cuarto día de navegación de la expedición Camex-1 de la UNAM, que zarpó en noviembre de 2025 de Punta Arenas, Chile, con destino

a la Antártida —la primera de su tipo en la historia de México—. Aunque los rechinos y crujidos del Noosfera eran la principal causa del insomnio de Arellano, también la mantenían despierta las breves noches. En el verano antártico, los rayos del sol tocan la superficie de la tierra durante la mayor parte del día, privándola de oscuridad.

Al quinto día en mar abierto vio los primeros bloques de hielo flotando alrededor del buque, largos trozos de mar congelado que anunciaban su cercanía con el continente blanco. Lo único más sorprendente, recuerda Arellano, eran las gigantescas cortinas de hielo que emergían del agua y parecían tocar el cielo: los icebergs. Arellano, una oceanógrafa con trece años de trayectoria, ha pasado gran parte de su carrera navegando aguas internacionales, pero ésta era la primera vez que viajaba al extremo más al sur del mundo.

Al sexto día, alzó los binoculares. “Nunca había visto algo así.”

Enormes montañas blancas trazaban la línea divisoria entre el océano azul oscuro y el cielo gris, como si el horizonte estuviera hecho de hielo. El frío del lugar entraba por la planta de sus pies y escalaba rápidamente hasta el cuello, entumeciendo lentamente su cara. Arellano y la tripulación habían llegado al continente que fue literatura antes de ser geografía.

La misión tomaría un mes, y lo mínimo que los científicos esperaban era regresar a México con muestras suficientes para seguir estudiando el derretimiento acelerado de los glaciares, los cambios en las corrientes marinas, la pérdida de biodiversidad en la zona y la disminución histórica de la extensión del hielo marino: todos, efectos del aumento de la temperatura del planeta.

Las implicaciones de la expedición de Arellano y la tripulación del Noosfera van más allá de la investigación. La Camex-1 es la primera incursión formal de México en la ciencia antártica, un ámbito del que el país había permanecido históricamente apartado. Sin embargo, en 2048, los tratados que rigen la

pertenencia, el uso y el cuidado de este continente podrán ser puestos a consideración, y sólo aquellos Estados con presencia política, científica y tecnológica en la Antártida tendrán voz y voto sobre su futuro.

“El juego geopolítico ya comenzó”, asegura Patricia Valdespino, directora de la Agencia Mexicana de Estudios Antárticos. Y para México, dice la investigadora, “la ciencia es la puerta de entrada”.

Durante tres semanas, los investigadores convirtieron la Estación Antártica Akademik Vernadsky, propiedad del gobierno ucraniano, en su base y hogar principal. La estación fue construida por el Reino Unido en 1947. Después de la caída de la URSS, Rusia se negó a asignar alguna de sus bases antárticas a Ucrania, por lo que en 1996 el Reino Unido le ven-



La expedición Camex-1 en sus dos etapas: La primera, en diciembre de 2025, con Rafael López, Daisy Valero, Elsa Arellano y Laura Almaraz. La segunda, en febrero de 2026, con Pablo Lepe, Alfredo Yañez, Martín Márquez Villa e Izaid Ramos. Todas las imágenes son cortesía de la AMEA, del NASC y del Instituto de Geología, ENCIT, UNAM.



dió esta base al país eslavo por apenas una libra esterlina.

Vernadsky es internacionalmente famosa no sólo porque desde ahí un grupo de científicos observó por primera vez las señales del agujero en la capa de ozono, sino también porque se encuentra en una de las zonas de la Antártida con más vida visible. A través de la ventana, recuerda el geólogo Rafael López Martínez, se ven pasar pingüinos papúa, focas, ballenas y otras aves marinas.

En la Antártida, el paisaje cambia con la misma violencia que el soplado de sus fríos vientos —en los días más gélidos, pueden alcanzar los -35 grados Celsius—. El hielo que cubre partes de la tierra aparece un día y desaparece al siguiente, descubriendo la roca gris verdosa. Pareciera que un día los pingüinos empollan y, a la semana siguiente, las crías parecen haberse transformado en adultos que abandonan el nido. “El cerebro y los ojos nunca descansan, todo el tiempo están hiperestimulados”, dice López Martínez.

Los pingüinos papúa, sin embargo, no siempre fueron vecinos de los científicos de Vernadsky, ubicada en la isla Galíndez, frente a la península antártica. En las últimas décadas, la zona se ha ido poblando con rapidez a medida que estas aves marinas, de menos de un metro de altura, migran hacia el sur desde regiones más frías. Ahora anidan sobre rocas que antes estaban cubiertas de hielo, derretido ya por el calor.

Durante los últimos cincuenta años, la península antártica —el extremo noroeste del continente, el más cercano a Sudamérica— se ha convertido en una de las regiones del planeta que se calientan con mayor rapidez. Las temperaturas han aumentado cerca de 3 °C y la cantidad de hielo perdido se multipli-

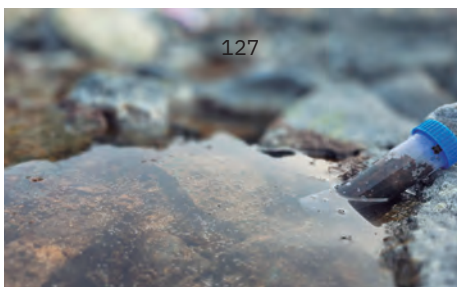
có por seis entre 1979 y 2017.¹ Varias poblaciones de animales polares siguen sufriendo las consecuencias de este incremento. Las comunidades de pingüino emperador, por ejemplo, han reducido sus filas en un 22% en los últimos quince años.² En abril de 2026, fueron declarados oficialmente en peligro de extinción por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza.

Para comprender mejor los cambios ambientales en la región, cómo el impacto humano puede haber influido en ellos y cómo evitar una anunciada debacle ambiental, los científicos llevan décadas intentando construir líneas de tiempo geológicas: cronologías que dan sentido a la evolución de la Tierra. “Conocer el pasado es lo único que nos puede ayudar a entender el futuro”, dice López Martínez.

Los pingüinos son el equipo permanente de apoyo de los geólogos que trabajan en la zona, cuenta López Martínez. Para anidar entre las rocas, los papúa caminan largas distancias creando senderos delineados por sus patas y teñidos de su excremento rojizo, producto de su dieta basada en kril. Esos caminos, visibles incluso antes de que el Noosfera tocara tierra, ayudan a los investigadores a encontrar con mayor facilidad las áreas rocosas que permanecen ocultas.

A diferencia del resto de los científicos, López Martínez ha viajado tres veces al continente blanco, lo que le ha permitido afinar

- 1 “La Antártida registra una temperatura récord de 18.3 °C”, *Noticias ONU*, 7 de febrero de 2020.
- 2 Sergio Parra, “El pingüino emperador de la Antártida está desapareciendo más rápido de lo que temíamos”, *National Geographic*, 18 de junio de 2025.



su comunicación con los papúa. Con un martillo, un cincel y una brújula, sigue durante días las autopistas de los pingüinos buscando microfósiles escondidos que datan de los periodos Jurásico y Cretácico —hace más de 150 millones de años.

Los microfósiles que estudia López Martínez se llaman “calpionélidos” y constituyen uno de los misterios más persistentes para la ciencia moderna debido a las pocas similitudes que guardan con otros organismos de su tamaño. Son minúsculos y de naturaleza planctónica, explica el investigador, lo que significa que en el pasado flotaban a la deriva sobre el agua, incapaces de nadar contra las corrientes.

Los científicos creen que los calpionélidos se originaron después de la fragmentación de Pangea, el supercontinente que dio lugar a los continentes que conocemos. Estos organismos vivían en el mar y comenzaron a desplazarse a medida que las masas de tierra se separaban y los océanos cambiaban de forma. López Martínez los ha perseguido por el mundo porque son piezas de un rompecabezas geológico que le permiten mapear las variaciones de las corrientes oceánicas a lo largo de la historia. “He pasado mi vida entera persiguiéndolos y trayéndolos a casa.”

Encontrar calpionélidos en la Antártida, explica, sugeriría conexiones entre los antiguos océanos y los mares del sur actuales. Eso lo ayuda a reconstruir las rutas oceánicas del pasado. Para los científicos es fundamental estudiar y entender los cambios en las corrientes marinas porque en ellas yace una parte esencial de la vitalidad de la Tierra. Éstas existen gracias a la diferencia de temperatura entre las regiones cálidas y frías, como el ecuador y los polos. Cuando el pla-

neta se calienta demasiado, como ha ocurrido en distintas etapas geológicas, las corrientes comienzan a ralentizarse.

Esto tiene efectos nocivos para el mundo, dice López Martínez. En un océano en circulación, la materia orgánica que cae al fondo suele oxidarse. Pero si el patrón de circulación se vuelve lento, la materia orgánica en descomposición consume más oxígeno, lo que puede llevar a que los mares pierdan este elemento químico en sus zonas profundas, afectando los nutrientes que ahí flotan y alimentan a millones de especies marinas. Las implicaciones ecológicas son enormes. La interrupción del movimiento de los nutrientes afectaría toda la cadena trófica, provocando la pérdida de biodiversidad en los mares, no sólo en el extremo sur, sino en todo el mundo.

“La Antártida es el corazón que bombea toda la circulación marina de los océanos”, dice Arellano, refiriéndose a la corriente circumpolar antártica, la más poderosa y la única que logra dar la vuelta completa a la Tierra. Fluye de oeste a este alrededor del continente helado, casi sin encontrar masas de tierra que obstaculicen su paso. En su trayecto conecta los océanos Atlántico, Pacífico e Índico, mezclando sus aguas en una circulación constante que sostiene parte del equilibrio climático del planeta.

Al mismo tiempo, ahonda Arellano, funciona como un muro líquido que aísla térmicamente este continente del resto del mundo. Mientras gira sin cesar alrededor de la Antártida, la corriente transporta enormes volúmenes de agua fría y nutrientes que alimentan la vida marina y ayudan a regular la temperatura global. Su ralentización sería “una verdadera catástrofe”, advierten los investigadores.

Arellano, a diferencia de López Martínez, pasó la mayor parte del tiempo en el Noosfera, navegando a un costado de la isla Adelaida hasta llegar a la bahía Margarita, una de las zonas de la Antártida que más hielo marino ha perdido recientemente. El buque se detuvo en nueve puntos de recolección, de donde los científicos extrajeron sedimentos oceánicos en largos tubos, que serán analizados en laboratorios de la Escuela Nacional de Ciencias de la Tierra. Al igual que los cincuenta kilos de roca y lodo que recolectó López Martínez, las muestras de Arellano deben llegar a México en mayo de 2026 para ser estudiadas por su equipo.

Éstas son también piezas del rompecabezas geológico, pero en una escala temporal mucho menor: mientras López Martínez busca pistas de hace cientos de millones de años, Arellano se enfoca en los últimos tres siglos.

En los tubos de sedimento que tomó Arellano yace un archivo climático y químico del planeta. Cada capa de material acumulado en el océano conserva un registro geoquímico de las condiciones en que se formó, dice Arellano, refiriéndose a la temperatura, la salinidad, los niveles del mar y los cambios en la circulación oceánica. Este tipo de pistas permite a los científicos reconstruir las alteraciones en el clima de la Tierra y detectar



en qué momentos la actividad humana pudo haber comenzado a influir en él.

Al mundo entero le concierne la ciencia polar que los investigadores están haciendo ahora mismo, dice Valdespino: “Un iceberg que se derrite en la Antártida eleva el nivel del mar e inunda una comunidad costera en México”.

La incursión del país en la ciencia polar es también un asunto de creciente importancia geopolítica. Cuando cumpla casi seis décadas, el acuerdo internacional que rige todo lo que sucede en la Antártida, el Protocolo de Madrid de 1991, podrá ser puesto a revisión, si lo solicita una de las partes.

El tratado declaró al continente una “reserva natural dedicada a la paz y la ciencia” y, cuando entró en vigor en 1998, prohibió cual-





quier actividad minera en su territorio. También estableció reglas estrictas para proteger su frágil ecosistema. En la Antártida, toda actividad humana debe someterse a evaluaciones ambientales, la fauna y la flora deben preservarse y los residuos generados por las estaciones científicas deben ser manejados con cuidado.

La revisión no significa que la minería se volverá automáticamente legal. Sin embargo, abrirá la puerta a que los países propongan cambios al tratado, incluido el futuro de los recursos minerales que podrían encontrarse bajo el hielo antártico. Aunque ningún gobierno ha declarado explícitamente su intención de explotarlos, “no es un secreto que países como Estados Unidos, Rusia y China tienen intereses de ese tipo”, dice Valdespino.

Otros Estados —entre ellos Chile, Argentina, Noruega, Australia, Francia y Nueva Zelanda— ya han reclamado territorios antárticos como propios y 2048 será un año clave para que los miembros del tratado vuelvan a discutir esas pretensiones. Argentina y Chile, por ejemplo, tienen once bebés antárticos: niñas y niños nacidos en el continente que les servirán a ambos para imponerse como las primeras naciones en tener ciudadanos del Polo Sur.

El interés de Ucrania por crear alianzas científicas con otros países es notable. No sólo no han parado sus operaciones en la Antártida pese a la guerra de cuatro años que libran con Rusia, sino que están buscando traba-

jar con nuevos socios, como México, con quien acaban de firmar un acuerdo de cinco años para realizar investigaciones desde Vernadsky. Pero no son los únicos que están moviendo sus piezas en el tablero. Muchos gobiernos han intensificado su presencia científica en el continente, dice Valdespino. “Dentro del sistema del Tratado Antártico, la investigación no sólo produce conocimiento, sino que también otorga influencia política”, explica. “En la Antártida, la ciencia funciona como una forma de diplomacia”.

A cuatro días del final de 2025, el Noosfera arribó de vuelta a Punta Arenas. Cada vez que López Martínez pisa de nuevo tierra cálida siente algo que hace años nombró como depresión postantártica. Es una nostalgia difícil de describir, dice, una añoranza por regresar algún día al único lugar “donde nació para estar”.

Sabe que la carrera científica polar por fin está cobrando la relevancia que merece en el país. Pero cuando piensa en la Camex-1 y en la entrada de México a la ciencia antártica, López Martínez considera algo más importante que la geopolítica. El acuerdo con Ucrania no sólo abre la puerta del continente blanco a científicos con décadas de trayectoria, sino también a decenas de jóvenes que apenas comienzan su camino en esta especialización.

Cuando era niño, en 1985, pasaba horas frente al televisor viendo la miniserie *El último lugar de la Tierra*, la historia de dos exploradores que compiten por convertirse en el primer humano en pisar el Polo Sur. El sitio al que él también soñó llegar, y llegó. Quizá ahora, piensa López Martínez, muchos más lo lograrán. “Ojalá viajen”, dice, “y un día salven a la Antártida y, quizá, al planeta entero”. ❧

Los científicos involucrados en esta expedición agradecen a la Agencia Mexicana de Estudios Antárticos y al Centro Nacional de Ciencia Antártica de Ucrania por hacer posible este viaje.



Copito de Nieve en el Parque Zoológico de Barcelona, 1981 [izquierda] y 2003 [derecha]. Wikimedia Commons ©.
Enrique D'Almonte, *Muni. Guinea Continental Española* [mapa del Ministerio de Estado], 1903. Library of Congress ©.

Copito de Nieve: un gorila con el corazón tan blanco

AGUSTÍN B. ÁVILA CASANUEVA

*Mis manos son de tu color; pero me
avergüenzo de llevar un corazón tan blanco*

WILLIAM SHAKESPEARE, *MACBETH*

(TRAD. JAVIER MARÍAS)

“Para mí, un gorila blanco era normal”, me cuenta Tomàs Marquès, un experto en el análisis genómico de primates que creció en Barcelona, hogar de Copito de Nieve, el único gorila albino conocido hasta la fecha. “En la primaria íbamos al zoológico, veía cuatro o cinco gorilas y uno era blanco: estaba acostumbrado.” Pero para el resto del mundo “Barcelona era: la Sagrada Familia y Copito de Nieve”, me dice María Teresa Abelló, conservadora de primates en el zoológico de la ciudad durante casi tres décadas, “al menos a eso venían los turistas”. Según recuerda Abelló, Copito “era un poco soberbio, un poco arrogante, con la cara alzada”. La historia de este gorila de piel rosada y pelaje blanco en Europa —un continente densamente poblado por otros primates de piel blanca—, nos habla de cómo ha cambiado nuestra manera de ver y cuidar a los animales.

*NFUMU NGUI, SNOWFLAKE,
FLOQUET, COPITO*

El primero de noviembre de 1966 el alcalde de Barcelona, José María de Porcioles, recibió en el ayuntamiento a un pequeño gorila albino. La leyenda cuenta que el invitado de honor defecó en el cabildo.¹ Hasta ese momento tenía una descripción, más que un

nombre, Gorila Blanco, aunque provenía de otra lengua y otro lugar.

Un mes antes, el primero de octubre, en la selva de Nkó, en la provincia de Río Muni de la antigua Guinea española, actual Guinea Ecuatorial, un grupo de agricultores mató a una gorila que se alimentaba de sus cultivos de plátano y café. Al acercarse, notaron que en la espalda de la madre estaba, aún agarrada con fuerza, una cría albina. Uno de ellos, Benito Manié, llevó al pequeño gorila a su casa. Sencillamente lo llamaron *Nfumu Ngui*, Gorila Blanco en lengua fang. Cuatro días después Benito lo trasladó al Centro de Adaptación y Experimentación Zoológica que el Ayuntamiento de Barcelona tenía en Ikunde.² Ahí, por quince mil pesetas —poco menos de tres mil euros al tipo de cambio actual—, *Nfumu Ngui* volvió a cambiar de manos y quedó bajo la responsabilidad del primatólogo Jordi Sabater Pi.³

No era nada nuevo. Muchos animales africanos llegaban al Centro de Adaptación de Ikunde, fundado en 1959, donde pasaban un tiempo de aclimatación, para después ser enviados al zoológico de Barcelona o vendidos a diversos parques y universidades, desde Cincinnati hasta Hamburgo.⁴ Lo novedoso era que el gorila era blanco.

“En aquel momento”, me explica Tomàs, “los zoológicos tenían esta idea victoriana de tener algo para que la gente pague y se escandalice”. Sabater quería mantener el nombre de Gorila Blanco, pero, en marzo de 1967, la portada de la revista *National Geographic* mostraba una foto del primate albino y el título “*Snowflake, the world’s first white gorilla*”, que anunciaba un artículo escrito por

1 Leticia Blanco, “El lado oscuro de Copito de Nieve”, *El Mundo*, 9 de junio de 2016.

2 *Passim*, “Copito de Nieve”, sitio web del Zoológico de Barcelona.

3 Antonio Ortí, “Retrato de la familia de Copito de Nieve que todavía vive en Barcelona”, *La Vanguardia*, 18 de abril de 2022.

4 Antonio Jonch, “La extensión y modernización del Parque Zoológico de Barcelona durante el periodo 1955-1964”, *Zoo. Revista del Parque Zoológico de Barcelona*, núm. 4, abril de 1965, p. 7.

los especialistas Riopelle y Zahl.⁵ A Sabater *Snowflake* le pareció “impropio para un gorila”,⁶ sin embargo, el nombre resultó entrañable y más aún la cariñosa traducción, tanto catalana como castellana, que claramente no se resistió a usar el diminutivo, y terminamos con Copito de Nieve, *Floquet de Neu*.

Mientras el gorila iba rumbo a Barcelona, Sabater estaba en África y ahí descubrió que los chimpancés utilizan unos palos largos de madera para extraer termitas de sus nidos. Fue un hallazgo importante, publicado en la revista *Nature* en 1969, que sumó evidencia a las investigaciones de Jane Goodall. Posteriormente, ganó una beca para trabajar en Ruanda con Dian Fossey, la mayor autoridad en gorilas. Nada mal para un naturalista que carecía de título académico.⁷ Sabater consideró que Copito era nada más una anécdota, algo que resultaba irrelevante para sus investigaciones.⁸

MIS MANOS SON DE TU COLOR

Copito de Nieve fue una estrella mundial. Dejó una enorme huella en las y los catalanes, quienes escribieron continuamente al zoológico de Barcelona preguntando si, con los avances en la genética, sería posible crear un clon de Copito y así llenar de alguna forma la ausencia que había dejado su muerte. Los restos de Copito guardan cierto misticismo, atrapados por siempre en el legado político de lo que su vida representó o tal vez en el error que aún no estamos listos para enfrentar. Sin embargo, en 2011, ocho años después de la muerte del primate albino, Tomàs Marquès llegó a la Universidad Pompeu Fabra como el nuevo experto en genómica de primates. Y pidió analizar la sangre de Copito.

Tomàs hizo su tesis sobre la especiación cromosómica entre humanos y chimpancés y estaba en Barcelona como parte del proyecto europeo de diversidad genética humana y de grandes simios. Con la calma de un veterano, Tomàs no se lanzó a intentar secuenciar cada gran simio o varios de ellos. “Quería empezar por calibrar un solo genoma”, me cuenta, y la elección de ese único genoma era clara, “era tirar dos pájaros de un tiro”. Por un lado, de este modo se podía conocer más sobre Copito, “no se sabía cuál era la mutación”, me dice Tomàs refiriéndose a aquella que lo hizo albino; y, al mismo tiempo, “aprendíamos a hacer ese tipo de genomas y a analizarlos”.

Se diagnosticó que Copito padecía de un tipo de albinismo, el oculocutáneo, es decir, el gorila vestía pelo blanco, piel rosa y ojos claros; estaba enfermo de fotofobia y tenía una agudeza visual reducida. Es el diagnóstico que recibe una persona con las mismas características. En los humanos se han encontrado al menos siete mutaciones distintas en varios genes que pueden derivar en un fenotipo de albinismo y el mecanismo molecular es idéntico, las diversas mutaciones impiden que las células sean capaces de sintetizar melanina, la molécula que les da color. Tras hurgar en el genoma de Copito y compararlo con el de algunos humanos, Tomàs y sus colegas encontraron veinte mutaciones en los genes del gorila relacionados con el albinismo —llamados OCA, por albinismo oculocutáneo—. Pero sólo una de éstas resultó ser única al contrastarla con el genoma de otros dos gorilas. Así, el albinismo de Copito quedó definido como tipo 4 (OCA4), lo que también podía develar un poco sobre su pasado.⁹

El albinismo, genéticamente hablando, es recesivo: se necesita heredar una mutación tanto de la madre como del padre para que se presente. Haciendo diversos análisis ge-

5 Sitio web del Zoológico de Barcelona, op. cit.

6 Rafael Muñoz, “Copito de Nieve dio fama mundial a Jordi Sabater Pi, pero también le arruinó su vida”, *RTVE*, 18 de diciembre de 2022.

7 “Un primatólogo a la sombra de Copito de Nieve”, *Asturias Mundial*, 24 de noviembre de 2013.

8 R. Muñoz, “Copito de Nieve dio fama mundial a Jordi Sabater Pi...”, op. cit.

9 Tomàs Marquès Bonet *et al.*, “The genome sequencing of an albino Western lowland gorilla reveals inbreeding in the wild”, *BMC Genomics*, vol. 14, 2013.

néticos, Tomàs y su equipo encontraron lo que se llama “regiones de homocigosidad”, regiones del genoma que son idénticas por descendencia, es decir, que se heredaron desde un mismo origen. “Sabíamos que necesitamos tener la doble dosis para que [el albinismo] se exprese”, explica Tomàs. En el caso de Copito, esa doble dosis fue resultado de que sus padres estaban emparentados. “Un gorila no albino era el portador de la mutación y pasó ese cromosoma a distintos individuos que posteriormente se cruzaron” y dieron origen a Copito. Los análisis proponen que la relación entre los padres de Copito era de tío-sobrino o tía-sobrino.¹⁰

UN OSCURO LINAJE ALBINO

María Teresa Abelló recuerda su impresión de Copito cuando empezó a trabajar en el Parque Zoológico de Barcelona en 1985: “Estaba hiperobeso.” Para la fortuna de *Floquet*, un cambio estaba en camino. “Había un equipo muy bueno”, explica Abelló, “hubo un cambio de mentalidad, pasamos de meras exhibiciones de animales a una verdadera conservación”. Se buscaban condiciones óptimas, no solamente para Copito, sino para el resto de los animales en el zoológico. “Cambiamos las jaulas vacías por hábitats con ramaje, con un sustrato; se cambiaron las dietas buscando evitar el aburrimiento y el estrés.” Las modificaciones eran notables. “Los animales empezaron a ser más sociales.”

“Los gorilas son diurnos”, dice Abelló relatándome un poco la vida cotidiana en el zoológico. “Iniciaban su jornada junto con el día, desayunaban en sus dormitorios interiores. Después pasaban a la instalación exterior. Ahí se estaban todo el día hasta que oscurecía. Hacían seis tomas diarias de alimento y dos tomas de ramas. Se les daban bloques de hielo con frutas dentro para que se entretuvieran un poco.”

Si Copito andaba de suerte, se le ofrecían ciruelas o pasas. “Le gustaban mucho”, recuerda Abelló, “hacía pequeños gruñidos de satisfacción” cuando las comía. Gruñir o incluso tararear melodías propias es un comportamiento común en los gorilas, pero apenas en 2016 se reportó este hallazgo en la vida silvestre.¹¹ Se cree que está relacionado evolutivamente con los orígenes del habla.

Copito era un *rockstar*. “Cuando él veía cámaras, se ponía orgulloso, altivo, retando, enfrentando”, asegura Abelló, “la gente decía ‘¡Está posando!’”, con esa mirada un poco de lado. Ver de frente, directamente a los ojos, es un signo de agresión entre gorilas, aunque “a veces sostenía la mirada, hacía una pequeña carrera y se golpeaba el pecho. Pero lo que Copito hacía siempre era estar al cuidado de su territorio y su grupo, era un buen líder”.

Floquet tuvo al menos veintiún hijos e hijas con distintas gorilas hembras. Cada uno de ellos tenía la posibilidad de heredar la mutación del albinismo. “El cromosoma sigue segregando”, explica Tomàs, pero la probabilidad de que otra gorila de una población distinta contara con la misma mutación era extremadamente baja. Para obtener otro gorila albino, la historia de Copito tendría que repetirse, el linaje necesitaría encontrarse de nuevo consigo mismo. Copito habría tenido que producir crías con sus parientes. Durante un tiempo, el zoológico de Barcelona sí intentó conseguir otro ejemplar albino, “en los setenta se forzaron cruces entre Copito y sus hijas”, afirma Tomàs. “Se hubiera considerado un éxito en aquella época”, asegura Abelló, e inmediatamente agrega: “pero era una animalada”. “Por suerte, en los ochenta, un comité dijo: ¡basta!”, concluye Tomàs.

En la actualidad, el cromosoma mutante de Copito sigue bajo la lupa, pero con una intención completamente distinta. “Se está buscando prevenir que haya otro gorila blan-

11 Eva Maria Luef, T. Breuer, S. Pika, “Food-Associated Calling in Gorillas (*Gorilla g. gorilla*) in the Wild”, *PLoS ONE*, vol. 11, núm. 2, 2016.

10 *Ibid.*

co”, dice Tomàs. Copito tuvo al menos once nietos y tres bisnietos, y sus pedigríes están muy bien detallados para que el linaje no vuelva a toparse con sí mismo. Hasta la fecha, Copito ha sido el único gorila albino que hemos conocido.

UN CORAZÓN TENDIDO AL SOL

Abelló admite que un tiempo sintió cierta resistencia hacia Copito. “Todos los primates me importaban, pero la gente sólo me preguntaba por Copito.” Ella quería hablar de todos los animales a su cargo, cada uno con historia y cualidades propias. ¿Qué hacía tan especial a este gorila? Abelló lo descubrió de manera inesperada: “¡Me robó el corazón al ver el gran abuelazo que era! Ver a este bicho tan orgulloso, un animal tan poderoso, en una situación tan tierna”.


Uno de los proyectos que realizó Abelló en el zoológico de Barcelona fue que volviera a haber crías de gorilas. “Hacía décadas que no nacía ninguna.” Cuando empezaron a lograrse, la nueva dificultad era introducir las al grupo. “Las anteriores habían sido criadas hasta una edad avanzada por personas y eso traía problemas posteriores”, explica la primatóloga. “Nosotros quisimos hacer una introducción muy temprana, para que las crías no se humanizaran. Eso nos estaba costando mucho trabajo porque las hembras eran muy complicadas”, es decir, no aceptaban a las crías en el grupo. “Quien logró que todo fuera un éxito fue Copito”, cuenta con una sonrisa.

“Él se tumbaba en el suelo y atraía a las crías con los brazos. Estaba boca arriba, vulnerable.” Abelló relata que Copito también hacía gruñidos de satisfacción con las crías, los mismos que emitía cuando disfrutaba de su comida favorita. Esto generó una nueva dinámica en el recinto de los gorilas. “Copito pasaba dos horas de cada mañana en el recinto común únicamente con las crías”, después ya se unía el resto del grupo. Copito era “un animal bastante excepcional, que nos enseñó muchas cosas”. Todo ese aprendizaje

quedó plasmado en un artículo de investigación publicado en el *International Zoo Yearbook*.¹² Antes de que acabe el texto, se lee: “Y al final, mas no al último, agradecemos a Copito de Nieve, quien nos mostró que el albinismo no era su única característica notable: ¡él realmente fue un excelente abuelo gorila!”.

Otro de los placeres de Copito era tirarse al sol. “En verano, hasta se le podía ver ligeramente moreno”, dice María Teresa. Pero esto le trajo problemas que en 2001 se expresarían en la forma de un cáncer de piel. “Fue creciendo en su pecho hasta llegar a una úlcera”, explica Abelló, “le poníamos tópicos y un *spray*”. Copito fue monitoreado cotidianamente, pero su salud, poco a poco, empezó a empeorar.

El punto crítico fue cuando dejó de lado lo que más disfrutaba. “Lo vimos muy cansado, estaba tumbado, ya no interactuaba con las crías”, cuenta Abelló. En ese momento se tomó la decisión. Copito de Nieve murió por eutanasia el 24 de noviembre de 2003.

Tras su muerte se tomaron muestras de distintos tejidos para diversos laboratorios. “Se hablaba de taxidermizarlo o de incinerarlo y regresar sus restos a Guinea o de hacerle una estatua”, rememora Abelló, y fue con el director del zoológico a preguntar cuál era el plan para el cadáver de Copito. El director simplemente contestó: “Copito fue un error”. Abelló argumenta que cuando este gorila llegó al zoológico, “nadie sabía de los problemas de conservación”, estos sitios tenían otra manera de operar y sus metas eran distintas. Copito no sólo vivió la transición de mentalidad de los zoológicos, sino que ayudó a convertirlos en el espacio de cuidado y conservación que ahora son. Actualmente, la piel y los huesos de Copito de Nieve se encuentran en un museo, lejos del calor del sol. 

12 María Teresa Abelló y M. Colell, “Early introduction of hand-reared Gorillas to conspecifics at Barcelona Zoo: general procedures and three case studies”, *International Zoo Yearbook*, vol. 43, núm. 1, 2009, pp. 159-175.

¿POR QUÉ JUGAMOS?

JUN. 26

475+
UNIVERSIDAD
MÉXICO
UNAM *centro de estudios mexicanos*



ZONA DE JUEGO HUMANO

SERIE DE ESTRENO

VIERNES | 19:30 H RETRANSMISIÓN | SÁBADOS | 16:00 H



JUNIO 5

UN ANTIGUO RITUAL



JUNIO 12

RITOS DE INICIACIÓN



JUNIO 19

ROMPIENDO LA BARRERA DEL DOLOR



JUNIO 26

EN BUSCA DE LA PERFECCIÓN



JULIO 3

ZONA DE JUEGO DE LOS DIOS



JULIO 10

GRANDES NEGOCIOS



tv·unam



tv.unam.mx

IZZI ▶ CANAL 20 | TELEVISIÓN ABIERTA ▶ CANAL 20.1 | DISH · SKY · MEGACABLE ▶ CANAL 120

culturaUNAM



CRÍTICA

PP. 138-140 RAFAEL LEMUS

PP. 141-143 NORA DE LA CRUZ

PP. 143-145 DANTE SAUCEDO

PP. 146-149 CHRISTIAN MENDOZA

PP. 150-152 MARIANA DEL VERGEL

PP. 153-155 MOISÉS ELÍAS FUENTES

(137-155)

La crítica en tiempos de poscrítica

RAFAEL LEMUS



Paul Klee, *Angelus novus*, 1920. Museo de Israel ©.

Es una gastada rutina de la crítica literaria lamentar la suerte de la crítica literaria. Que ya nadie lee crítica. Que ya nadie quiere ser crítico. Que todo es prisa y barbaridad y ruinas. Uno no es de veras crítico literario si no se sabe desoído y ninguneado, y si no responde a tanto maltrato de la manera más destemplada. Ahora apaleamos aquel librito para ver si así llamamos la atención de la gente. Ahora ya proclamamos que nuestra prosa no tiene menos magia que aquel poema o aquella buena novela. Rara vez lo decimos pero vaya que lo creemos: puede que los otros publiquen libros —¡y vendan y triunfen!— pero somos nosotros, los ninguneados, los desoídos, los que atamos un libro a otro, los que armamos los archivos, los que construimos —¡está claro!— la Literatura.

Es otra vez mi turno: la crítica literaria está en crisis. No, no está muerta, como tantas veces se cacarea, ni va a terminar de morir mientras siga habiendo, mal que bien, literatura. La crítica está enferma: terminal-

mente enferma. Esto último es lo importante: el malestar de la crítica no tiene ya remedio. Ni siquiera el más ingenuo entre nosotros puede vislumbrar un horizonte en el que las cosas, digamos, se recompongan, la atención vuelva a fijarse, la literatura recupere el centro y la crítica literaria se pasee soberbia, saludablemente por la plaza pública. Todos los críticos han vivido en tiempos difíciles; acaso nadie ha tenido menos futuro que nosotros. De esto podemos pavonearnos: no somos mejores críticos que nuestros antecesores, no, pero nuestra situación es más crítica.

Confesaba Walter Benjamin, en una carta de 1930, que por fin estaba cerca de alcanzar su cometido: “ser considerado el principal crítico de la literatura alemana”. Si la tarea le había tomado tanto tiempo, explicaba, no era tanto culpa suya como del estado de la crítica literaria: la reputación de ésta estaba demolida y él había tenido que resanarla.

Esa posibilidad, la de recuperar los viejos privilegios de la crítica literaria, es la que está cancelada hoy para nosotros. No importa cuánto nos esforcemos, nada más no hay forma de tejer de nuevo un entorno —como aquel de principios del siglo XX, como aquel de los siglos XVIII o XIX— en que la crítica juegue un papel decisivo. De esta certidumbre hay que partir: aquel mundo, nunca demasiado propicio, se ha marchado y en este otro la crítica literaria es extemporánea, un espectro de otra época. El contexto que hizo posible la irrupción y el ejercicio de la crítica literaria como tal —la prensa, los campos nacionales, las academias literarias, la ciudad letrada— se ha desvanecido, y con ese contexto se han borrado también las funciones que el crítico desempeñaba allí: mediar entre el público y las obras, consagrar escritores, arbitrar polémicas, custodiar el canon, fijar el gusto, sembrar el miedo. La crítica ha sobrevivido a su propio cataclismo, pero desprovista de autoridad y sitio y sentido. Cosa rara lo de hoy: una crítica en tiempos de poscrítica.

La crítica sobrevivió a la catástrofe, no así el crítico literario. Esa figura, tan propia de la República de las Letras, es una imposibilidad hoy en día. El crítico era el contexto: el medio, el campo, la institución. Si alguno, su poder se desprendía no tanto de su escritura como de su posición en el espacio. Los que se obstinan en practicar aún hoy el performance de críticos literarios no tienen tablado y, por carambola, no tienen, pobres, luces ni público ni aplausos. Vamos: son fantasmas pero no provocan ya espanto. Se dirá que es buena cosa la desaparición de estos figurones y que la crítica, libre de ellos, será más horizontal y más diversa. Puede que esto sea verdad y sin embargo, ahora que me despido de estos personajes, no dejo de lamentarlo. Tipógrafo: deja aquí un doble espacio, a manera de minuto de silencio.

Entonces: desprovista de una habitación propia, la crítica literaria no ocupa hoy un punto preciso en el mapa; anda suelta por distintas prosas —ensayísticas, académicas, narrativas, periodísticas— y aun a veces en los rincones que los periódicos y revistas le asignan mecánicamente. Nómada, no tiene un solo lenguaje; habla teoría y jerga y poesía y aun a veces algo de aquella arenga pontificante que acostumbraban los críticos más insufribles. Sin oficio, no desempeña una operación única; explora y amplía y desarma y archiva y parodia y recicla y aun veces tiene el mal gusto de expresar un juicio.

La crítica literaria, ya se ve, corre muy libre y despojada en estos días pero no todo —oh no, no todo— es crítica literaria.

Tres condiciones: la crítica literaria, para de veras serlo, debe ser escritura y debe ser crítica y debe ser literaria.

De manera muy plana:

No es crítica literaria —porque no es escritura— las palabras en el aula, el desvarío en el club de lectura o tu más reciente, tu más gustada, recomendación en TikTok.

Tampoco lo es —porque no es crítica— la reseña que apenas glosa, el dulce texto con que saludas la novedad de tu compadre o el ensayito con que le haces la tarea publicitaria a las editoriales.

No lo es tampoco —porque no es literatura— la escritura crítica que se niega a practicar distinciones entre los textos, que no afirma la existencia de la literatura, que descrea de sí misma.

En una extraña nota sin fecha, garabateada al final de un texto sobre López Velarde, Jorge Cuesta llamaba a sus amigos a abandonar de una vez por todas la superstición de la literatura. Una a una, decía, hemos ido abandonando nuestras creencias: religión, patriotismo, orden moral, progreso. Es hora, agregaba, de abandonar el último y más absurdo de los dogmas: nuestra fe en la literatura. “Amigos, os suplico: hagamos a un lado al último y al más dulce de los embriagantes y despertemos por fin completamente sobrios.”

Es razonable dudar de la literatura, pero la crítica literaria nada más no puede operar sin este culto. Incluso cuando la mayoría de los editores y escritores no cree ya más que en la celebridad y el mercado, incluso cuando los académicos y activistas insisten en que todas las escrituras tienen el mismo peso, toca a la crítica literaria practicar el viejo, impopular oficio de la distinción y afirmar la existencia —la soberana existencia— de la literatura. No es que se deba negar la común barbaridad de todas las escrituras ni colocar los textos literarios por encima de los demás discursos, al margen del ruido y la política. Es que es obligación de la crítica literaria sostener que en este mundo caben varios mundos, que hay escrituras que apelan de otro modo, que hay lenguajes que enrarecen el lenguaje y que allí, entre esos archivos y escrituras, despunta de pronto un algo —un irreductible algo— que puede ser percibido pero no explicado ni mucho menos rebajado a la pura circunstancia de su enunciación. Un plus, decía la última

Beatriz Sarlo. Una densidad, aseguraba, que es, debe ser, el asunto central de la crítica literaria y que ella encontraba, por ejemplo, en la prosa de Silvina Ocampo pero no, ni modo, en la de Laura Esquivel.

Tan obvio como esto: si no hay literatura, tampoco hay crítica literaria. O los críticos afirman la excepcionalidad de su objeto de estudio o, sencillamente, no son críticos literarios. La crítica que explora igualitariamente las producciones culturales es crítica pero no merece el adjetivo de literaria. Para decirlo en inglés: es *critique* pero no *literary criticism*. Que no se malentienda: es buena, potente cosa practicar la crítica. Es mejor todavía practicar la crítica y la crítica literaria.

Aquí no se le pide a nadie un acto de fe —estamos hablando de ser honestos—. No se trata de postular *a priori* la religiosa existencia de la literatura. Se trata de postularla *a posteriori*, no porque creamos ciegamente en ella sino porque una vez más, al leer o releer esta o aquella obra, nos hemos topado con aquel indecible algo. Si uno no halla ese plus en ninguna escritura o no se enciende al encontrarlo, entonces quizás uno no debería intentar la crítica literaria. Los que sí lo hallamos de vez en vez y nos prendemos momentáneamente al encontrarlo buscamos a veces ser fieles a ese hallazgo, ahora celebrando con ardor su aparición, ahora desmontando con pareja intensidad los falsos milagros. De hecho, conviene hacer como el bueno de Cuesta: abjurar de la literatura, negarla en principio, para que así nos arrebate más su manifestación.

La escritura. La escritura no es el lastre con el que el crítico debe cargar para ejercer fatigosamente su oficio. No es siquiera el medio a través del cual comunica sus exploraciones, sus comentarios, su mal humor. La escritura es el componente fundamental de la crítica literaria. La escritura es la crítica. Los lectores reescriben la obra que leen; el crítico hace eso y además escribe otra obra. La crítica li-

teraria es, a fuerzas, un texto que viene después de otro texto, una escritura que sigue a otra escritura y que al venir después —san Juan el Evangelista *dixit*— viene también primero. La crítica —escribía Roland Barthes— es tocar un texto no con los ojos sino con la escritura. También anotaba: “Pasar de la lectura a la crítica es cambiar de deseo, es desear ya no la obra sino su propio lenguaje”.

Esto: la crítica literaria no desea cualquier lenguaje, desea el lenguaje mismo de la obra literaria. A veces este deseo deviene mera codicia y el crítico remeda los giros, los gestos del texto previo pero no su opacidad ni su potencia creativa. En los mejores casos el crítico, al tiempo que explora la obra, continúa no su estilo sino su embriaguez. Conviene ser tajantes: si la reseña que lees o escribes no está un tanto intoxicada por el lenguaje, si no se cree capaz de extender otro poco la fiesta, entonces es comentario y no crítica.

No avasallará ya la crítica literaria. No recobrará su casa ni su autoridad ni su figura. Andará errante, intempestiva, un tanto loca, desencajada del mundo, menos un oficio que un rigor o una grieta. El reto...

Es ya tarde y he citado ya a Benjamin y Barthes y Cuesta y Sarlo. No veo más razón para seguir con este texto. ¶



Paul Klee, *En el reino del aire*, 1917. Museo de Arte de Basilea ©.

El sueño erótico de un nuevo milenio

NORA DE LA CRUZ



Sierra Simone,
*Padre, perdóname
porque he pecado*,
Vera, México, 2024.

Escondida en la burbuja virtual, tardé en enterarme de lo que, al parecer, ya todos sabían: una de las tendencias comerciales más exitosas en la ficción actual es el género que se ha dado en llamar *spicy*. Se trata de romances cuya principal característica es tener contenido sexual, que puede ir de lo más sutil a lo más explícito. Me enteré de esto de la manera más directa que se pueda imaginar: cuando fui arrollada por la multitud de compradoras que rodeaban los estantes donde se exhibían las novedades del género. No pude resistir la curiosidad, así que entré al grupo exclusivo de lectoras de Facebook en el que participo y pedí recomendaciones, mientras más picosas, mejor. Una de las que más se repitieron fue *Padre, perdóname porque he pecado* (*Priest*, en inglés) de Sierra Simone, el primer tomo de una serie de seis libros que cuenta el amor prohibido entre el sacerdote Tyler Bell y una agnóstica recién llegada a su comunidad, Poppy Danforth.

Antes de convertirse en una autora de éxito, Sierra Simone era una bibliotecaria norteamericana aficionada a las novelas de romance. Eso explica que haya estado tan familiarizada con lo que requiere el género, pero también con el apetito de esta generación. Este tipo de novelas siempre ha existido, lo

sabemos, y se discute también cuál ha sido su rol cultural y social. Elena Garro decía envidiar a Corín Tellado por el éxito económico que le garantizaba acceso a la vivienda y el dentista, mientras que el feminismo reivindica la función de este tipo de obras como una forma de expresión —e incluso educación— sexual femenina; no se puede negar que, para tener un alcance masivo, deben reflejar el pensamiento de su época. Y aquí es donde mi lectura de *Padre* se volvió mucho más interesante de lo que esperaba.

Confieso que, al principio, lo primero que me tomó por sorpresa fue lo explícito del libro. A pesar de que mis prescriptoras fueron claras al respecto, no estaba ni siquiera cerca de imaginar lo que podía encontrar en el relato. Esto habla del libro, pero también de mí, por lo subjetivo de este criterio, pero quiero decir que todas las partes del cuerpo aparecen nombradas sin lugar a ambigüedades, y los distintos encuentros entre los personajes van cada vez más lejos en su afán de transgredir las convenciones.

Intentaré ser tan clara como la novela: hay sexo oral, vaginal, anal, juegos de rol, encuentros en la iglesia, y casi todos involucran objetos devocionales o litúrgicos del ritual católico. La transgresión también pretende ser ideológica: en distintos momentos de la trama, los antecedentes de la pareja los llevan a reafirmarse en la fe, pero también a cuestionar a la institución que protege pederastas y no se ha actualizado lo suficiente como para ordenar a mujeres, o permitir a sus sacerdotes casarse y formar familias. Lejos de mostrar los actos de los protagonistas como profanaciones, la autora propone una interpretación poco original, pero comprensible, en su contexto: el sexo puede ser una experiencia espiritual y sagrada bajo ciertas circunstancias.

¿Y cuáles son los términos que se nos proponen para que esto resulte aceptable? Esto fue para mí el aspecto más interesante de la novela: los protagonistas y su manera de vincularse nos proponen nuevos modelos de la



Reprografía de fotograma de la película
Los demonios del director Ken Russell, 1971.

masculinidad, de la feminidad y del romance. No es riesgoso asumir que, si gozan de aceptación masiva, es porque en buena medida representan las aspiraciones de una buena parte de la población (o al menos de su segmento de mercado). Estas coordenadas de lo deseable podrían asemejarse a sus predecesoras; después de todo, los personajes centrales son jóvenes, guapos y buenos. Lo interesante radica en saber cómo las entiende, al menos los dos últimos términos, esta generación.

Poppy, la “ovejita descarriada”, es una muchacha que ha estudiado en las mejores universidades del país y proviene de una familia, no sólo adinerada, sino de cierta alcurnia. Su destino hubiera sido casarse con un soltero prometedor y administrar su herencia, pero sintió un llamado interior: el de independizarse y buscar su propia identidad. Sin dejar de tener éxito en los negocios, consiguió descubrir su vocación artística y combinarla con sus exploraciones sexuales. El encuentro con Tyler es parte de una búsqueda espiritual que había iniciado en su labor como voluntaria en países menos favorecidos. Un detalle particular: su fragancia huele a lavanda, aroma tradicionalmente masculino, aunque puede que esto responda mucho más a la popularidad actual de *Libre*, creación de la destacada perfumista Anne Flipo para Yves Saint Laurent, que a una sutileza de la autora para señalar los matices de androginia que presenta Poppy, al menos en comparación con protagonistas más tradicionales del género romántico.

Por otro lado, Tyler es un sacerdote que decide ordenarse por una cuestión familiar más que por vocación. Decisión inteligente por parte de Sierra Simone, pues si nos hubiera planteado a este personaje como un hombre que desde niño había sentido el llamado de la religiosidad, Poppy sería considerada una corruptora. En cambio, ambos nutren mutuamente su curiosidad espiritual: ella es una tentación que propone otras maneras de contactar con lo sagrado, mientras que él le muestra que la fe católica puede ser un consuelo y un medio de realización. En este caso, diríamos que Tyler es el seducido, y gran parte de su atractivo tiene que ver con eso; en muchas ocasiones lo vemos contener sus impulsos, sin embargo, no siempre porque le preocupe el pecado o lo que pueda suceder con él, sino cómo pueda sentirse Poppy. Incluso reflexiona en términos feministas y brilla entre sus cavilaciones la palabra *consentimiento*. Además, la relación que se establece entre ambos tiene, desde el principio, un componente sexual que predomina en la narración, pero la autora es muy cuidadosa al mostrar que no es eso lo único que los une; comparten aficiones, valores, el interés por la comunidad y la vocación de ayudar a los demás.

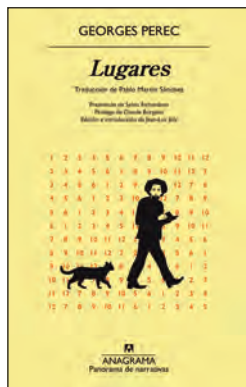
Si no he sido clara hasta este punto, aprovecho la oportunidad: esta representación parecía prometedora. Si bien no es completamente transgresora, al menos no se apoya en los tradicionales roles de género. Por otra parte, es significativo que Poppy es un ideal de mujer propuesto por otra mujer, cuyas características centrales no incluyen sólo el atractivo sexual, sino también la autonomía sobre su propio cuerpo y placer. En ese mismo sentido, Tyler es un ideal de hombre escrito por una mujer, que en la relación sexual aspira a satisfacer a su pareja —le inquieta incluso—, y no juzga el comportamiento de Poppy, ni en ese ámbito ni en ningún otro. Ésa es la verdadera fantasía erótica, si me lo preguntan.

Lo que también es pertinente aclarar es que eso es insuficiente en sí mismo para re-

comendar esta lectura. En parte porque el elemento erótico es a veces tan excesivo que resulta casi de humor involuntario y porque se llega a tensar la trama en un sentido moral que parecía original (el dilema entre el placer individual y el deber dentro de la comunidad), pero esa tensión se resuelve de la manera más convencional que a cualquiera se le pueda ocurrir. (Eso también pareciera humor involuntario, una alusión al chiste que se burla de que las mujeres ven completas las películas pornográficas porque creen que al final los protagonistas se casarán). Honestamente, no volvería a leer un libro de este género (uno fue suficiente para satisfacer mi curiosidad), pero al menos me tranquiliza saber que las generaciones actuales esperan algo más del amor, del matrimonio y del sexo. Aunque sólo sea en la ficción. RM

Lugares, o el fracaso de Perec

DANTE SAUCEDO



Georges Perec, *Lugares*, Anagrama, Barcelona, 2025.

Lugares es un libro grande, pesado, amarillo, compuesto de 824 páginas que incluyen dos notas introductorias, un preámbulo, un prólogo, una introducción, una lista de abreviaturas, un apartado de notas al pie, tres índices, una tabla sinóptica, cuatro semblanzas, 110 ilustraciones y un mapa de París. El peso que acumulan todos esos elementos no debe

estar lejos de los mil gramos, de los cuales unos seiscientos están consagrados a listas y observaciones que podrían parecer tan superfluas como la que abrió este párrafo, con la evidente diferencia de que aquéllas fueron escritas, dentro de una inmensa obra, por uno de los más grandes novelistas del siglo XX.

Y, aunque gracias a una convención centenaria nos parece natural recibir lo redactado por Perec en veinticinco cuadernillos en un solo título, la idea original —concebida en 1969 luego de una difícil ruptura amorosa— era de una magnitud casi desesperada, que desbordaba por mucho la idea tradicional de libro. Así la describió en una carta al editor Maurice Nadeau:

he elegido doce lugares de París ligados a recuerdos, [...] acontecimientos o momentos importantes de mi existencia. Cada mes, describo dos de esos lugares; la primera vez, describo sobre el terreno [...] “lo que veo” de la manera más neutra posible, enumero los comercios, ciertos detalles arquitectónicos, algunos microsucesos; [...] la segunda vez, sin importar dónde, [...] describo el lugar de memoria, evoco los recuerdos ligados a él [...]. Una vez terminado, meto cada texto [...] en un sobre y lo sello con lacre. [...] Pienso hacer lo mismo durante doce años [...]. Comencé en enero de 1969: ¡habré terminado en diciembre de 1980! Abriré entonces los 288 sobres lacrados. [...] No tengo una idea muy clara del resultado final.¹

La edición de Anagrama, basada en la original francesa de Seuil, permite asomarse a un proyecto que quizá cabría mejor en las salas blancas de un museo de arte contemporáneo. Leemos una descripción “real” y un recuerdo por mes, según el plan cronológico

1 Georges Perec, *Nací*, Anagrama, Barcelona, 2022.

inicial. Las descripciones se acompañan de dibujos, esquemas, tickets de consumo o fotografías incluidas en el sobre correspondiente. Cuando la escritura alcanza 1972, los lugares, los amigos y ciertas memorias son ya familiares para quien lee. A pesar del laconismo de algunas entradas, acompañamos a Perec en sus recorridos, sus descubrimientos y sus obsesiones.



Kurt Schwitters, sin título, ca. 1948. Archivo Kurt Schwitters ©.

En septiembre de 1975, sin embargo, después de enumerar por sexta ocasión los comercios de la Rue Saint Honoré, Perec se pregunta si no llegaría al mismo resultado limitándose a copiar el listín telefónico. Además de autoetnografía, mapa afectivo de París y ejercicio de escritura expandida, *Lugares* es la historia de su propio fracaso. En las descripciones y recuerdos se cuelan las resistencias del autor; leemos su hartazgo, su cansancio y la cada vez más constante incapacidad de cumplir con los plazos que él mismo se había puesto. Después de cerrar unos ciento trein-

ta sobres, Perec abandonó definitivamente esta deriva narrativa en diciembre de ese mismo año.

¿Por qué tendríamos entonces que leer, medio siglo después, un volumen tan repetitivo y desesperante que terminó por fastidiar al autor mismo? La respuesta más sencilla es su valor historiográfico. Nadie puede negar hoy que Perec es un autor “de culto”, aunque habría que precisar que sus seguidores parecen más fanáticos de *Star Trek* que discípulos de Bolaño: desde 1982, la Asociación Georges Perec organiza congresos y publica minuciosos estudios de su vida y obra. En revistas especializadas, expertos desentrañan los complejos y restrictivos mecanismos de su escritura, o escarban para descubrir los más ínfimos detalles de su biografía. La edición crítica de *Lugares* es el resultado de ese esfuerzo obsesivo: la nota al pie número cuatro del sobre 57, dedicado a un recuerdo del barrio de Jussieu, nos informa cómo y dónde pasaron el verano de 1970 los cuatro cachorros de Duchat, el gato de Paulette y Georges Perec.

Para los lectores que, como yo, adoran el resto de su obra pero no alcanzan la categoría de fanáticos con credencial, *Lugares* ofrece una mirada única a uno de sus periodos más productivos, pues resulta una suerte de laboratorio del que surgen algunos de sus libros más célebres. *W, o el recuerdo de la infancia* (1975), *Los lugares de una fuga* (1990), *Me acuerdo* (1978) y *Especies de espacios* (1974) están íntimamente relacionados con el objeto que nos ocupa, y aparecen más o menos explícitamente en él. Por su parte, *Tentativa de agotar un lugar parisino* (1975) no es más que una versión en miniatura de *Lugares*. Incluso más, *La vida instrucciones de uso* (1978), novela singular de su bibliografía y de su siglo, es una suerte de resultado feliz —complejizado, ficcionalizado y perfeccionado— del fracaso de *Lugares*. Si la afirmación parece exagerada, baste una prueba: en un sobre de octubre de 1970, escribiendo sobre los pasajes parisinos, el autor recuerda que en uno de ellos compró un rompecabe-

zas y, “acto seguido”, concibió la sinopsis de la novela.

Pero hay razones más generales para sumergirse en el registro de esta empresa abandonada. En la misma carta a Nadeau, Perec escribe que “el tiempo se pega a este proyecto, constituye su estructura y su restricción”. Conforme se avanza en la lectura, sin embargo, se hace evidente que la fuerza concreta de los espacios —habitados, transitados, recordados— se impone sobre la frágil abstracción del tiempo. El dolor ante lo que cambia y el terror ante lo que permanece —la isla de Saint-Louis, el “lugar maldito” asociado a su ruptura amorosa, por ejemplo— se cristalizan en los doce lugares parisinos. Poco a poco descubrimos que vivir no es avanzar ciegamente en una recta temporal, sino “pasar de un espacio a otro haciendo lo posible por no golpearse”.

Para quien ha crecido en una urbe, esto es una evidencia cotidiana y no una revelación metafísica. Yo mismo leí ese libro voluminoso en el centro de la Ciudad de México, en un departamento que supo ser mi casa durante varios años. Unos días después de terminar la lectura, tuve que abandonarlo para que sus dueños lo convirtieran en una de sus múltiples bodegas semiabandonadas. Las ochocientas páginas neuróticas de *Lugares* registran cambios cotidianos, pero en última instancia naufragan ante las abrumadoras evidencias espaciales del apego, el duelo y la nostalgia. Un pasaje de *La vida instrucciones de uso*, por suerte, lo ilustra a la perfección:

Un día, sobre todo, desaparecerá toda la casa, morirán la calle y el barrio. Hará falta tiempo [...]. Antes de que surjan los bloques de vidrio, acero y hormigón, habrá el largo palabreo de las ventas y los traspasos, las indemnizaciones, las permutas, los realojamientos, las expulsiones. Uno tras otro se cerrarán los comercios, sin tener sucesores, una tras otra se tapiarán las ventanas de los

pisos desocupados y se hundirá su suelo para desanimar a vagabundos y squatters. La calle no será más que una sucesión de fachadas ciegas —ventanas semejantes a ojos sin pensamiento—, que alternarán con vallas manchadas de carteles desgarrados y graffitti nostálgicos.²

Mucho más que un grueso volumen póstumo, *Lugares* es el registro de un sueño fallido: poner todas las herramientas de la escritura al servicio del espacio habitado. Para quienes no podemos reclamar como nuestro otro territorio que unas cuantas calles sucias y un puñado de amigos, la empresa descabellada de Perec es un horizonte posible, y este pasaje de 1970 sobre la Rue Vilin, una suerte de lema: “mi única tradición, mi única memoria, mi único lugar, es retórico. He elegido como terruño lugares públicos, lugares comunes”.

Bajo el pretexto de cuatro o cinco partidos de fútbol, y con el respaldo pleno de la administración local, la Ciudad de México vive en 2026 la agudización de un proceso cuyo fin estamos aún lejos de vislumbrar. Por ahora sabemos a la perfección que lo que para algunos es desarrollo y ganancia, para otros es pérdida y desplazamiento. Hay quienes se organizan para defender sus *lugares* y, con ellos, su vida. Ojalá haya también quien los describa y los recuerde, de manera neutra o desesperada, para asegurar con ello algo de su porvenir, y lograr así un diminuto triunfo inesperado, como el hermoso y monumental fracaso de Perec. ¶¶

2 G. Perec, *La vida instrucciones de uso*, Anagrama, Barcelona, 2004 (sexta edición).

El misterio paterno de la ciudad

CHRISTIAN MENDOZA



Daniel Saldaña París,
Los nombres de mi padre,
Anagrama, Barcelona, 2025.

Daniel Saldaña París confía en la novela como un método para contar historias y dialogar con la tradición del género. Es particularmente hábil, por ejemplo, para construir tramas fluidas y tersas; asimismo, sus personajes protagónicos están plenamente diferenciados de aquellos que son secundarios, y sus problemas o enredos albergan la proverbial promesa de un final sorpresivo.

Sin embargo, el escritor inserta ciertas estrategias que complican, en cierta medida, el pacto de lectura que impone una novela que se presenta como una historia lineal. En *El baile y el incendio* (Anagrama, 2021), la trama se confecciona en tres capítulos escritos en primera persona, cada uno enunciado por los personajes protagónicos —Natalia, Erre y Conejo—, quienes comparten una historia íntima de afectos y desencuentros que abarca desde su adolescencia hasta su madurez. No obstante, los conflictos de su relación quedan resueltos de manera un tanto esquiva: cuando tendría que llegar el momento en que los personajes confesaran a gritos lo que verdaderamente piensan y sienten, nadie habla, sólo bailan; es el descoyuntamiento del cuerpo, ocasionado por una epidemia de baile que hace que los habitantes de una Cuernavaca ruinoso y calcinada se dirijan a los sitios donde están los incendios, resultado de una larga sequía.

El motivo de la evasión también se encuentra en *El nervio principal* (Sexto Piso, 2018): un niño se percata de que su madre lo ha abandonado a él y a su hermana adolescente; pero ninguno de los personajes confronta este enredo de manera directa. El padre, por ejemplo, prolonga hasta lo indecible comunicarles a sus hijos lo que está ocurriendo; la hermana solamente llora y se encierra en su cuarto; y el niño escucha los rumores de sus compañeros de clase y ve los titulares de periódicos sobre el levantamiento zapatista, cuya grave dimensión no alcanza a codificar. La partida de la madre constituye una tragedia, pero los tres miembros de la familia fracturada la ocultan. El destino final de la progenitora, además, no provoca ningún suceso dramático mayor ni una catarsis que consuele al protagonista y, en consecuencia, a quien lee. Finalmente, el padre muere, la casa en la que todos vivieron es vendida y el niño crece: cuando narra es un hombre a inicios de sus treinta paralizado en una cama y que consume toda clase de fármacos mientras escribe obsesivamente en unos cuadernos lo que vivió en su infancia. Al tiempo que su vida se ve mermada por una inmovilidad que no es del todo involuntaria, busca, con la escritura, descifrar el enigma de su trauma.

Otro de los recursos con el que Saldaña París interviene en el desarrollo tradicional de las tramas es la acumulación de datos históricos que corresponden al contexto de sus personajes o de sus familiares. En *El baile y el incendio*, el trío de voces, en mayor o menor medida, recuerda “una Cuernavaca con estrellas de Hollywood y comunistas”, una ciudad que estimulaba a intelectuales y que ahora se acerca a su hecatombe social y ecológica. Las consecuencias de su agrietamiento dejan rastros en los individuos y en los paisajes. Argoitia, la pareja de Natalia, era antes un reconocido pintor de la vieja guardia que, poco a poco, fue volviéndose la sombra de sí mismo. Por su parte, en las calles, Erre constata: “brotó un nuevo centro comercial, entre dos centros comerciales, a trescientos me-

tros del [...] que ya estaba allí desde mi adolescencia”. Los cuernavacenses se sofocan por el humo y la ceniza de los incendios, al igual que por la saturación de tantas plazas comerciales que constriñen el paisaje.

Igualmente, en *El nervio principal*, el protagonista retrata a su madre como una mujer que “empleaba términos como ‘enajenación’ y ‘capitalismo’”, y piensa que huyó de un esposo irascible y opresor para unirse a las filas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Estos sucesos, no obstante, se exponen con la frialdad de una ficha bibliográfica y no despiertan mayor emoción en los protagonistas. En ambas obras, la pérdida de la infancia y la juventud se relaciona con la historia mexicana del siglo XX, cuyos sucesos son apenas una referencia que les ayuda a los personajes a indagar sobre una herida emocional todavía latente, o con un padre que no conocieron del todo.

En *Los nombres de mi padre* (Anagrama, 2025), la novela más reciente del autor, estas estrategias narrativas se refinan. En plena pandemia, Camilo comienza a establecer una comunicación más nutrida con una madre distante, la cual se expresa a través de gestos, insinuaciones o francas negativas para hablar de las cosas. En parte por la hipocondría de la mamá, que se queja constantemente de unos síntomas que parecieran tener como referente alguna enfermedad reconocible, y en parte por los peligros del covid, Camilo lleva a consultas médicas para atender el extraño cuadro que presenta.

En las charlas que sostienen en las salas de espera o en el intercambio de mensajes por WhatsApp, la mujer comienza a contarle con insistencia de un tal Miguel Carnero, un hombre que fue amigo de ella y de su padre cuando eran jóvenes, hasta que nació él. Camilo sabe que, en lugar de comunicarse de manera clara, su madre es más adepta a sembrar sospechas; de ahí que la reiteración que hace sobre Carnero lo conduzca a investigar a este personaje y su verdadera influencia en la vida familiar.

Su mayor sospecha es que él es, en realidad, su padre biológico, y sus indagaciones lo llevan a gastarse sus ahorros en un vuelo a Nueva York: “Vine porque mi mamá se está muriendo y tengo pánico, un miedo atroz al futuro, a un futuro en el que seré un huérfano sin hijos ni ataduras”. El recurso rulfiano de ir a buscar al padre —colocado en el verbo *vine*— es traducido en la novela como una ansiedad por la falta de historia: “Pero aún más que al futuro, le tengo miedo a no haber entendido lo suficiente del pasado. A no haber sabido aprovechar lo que tenía mientras lo tuve. A haber vivido una vida sin preguntas, o con las preguntas incorrectas”. Ese pasado concierne tanto a su herencia familiar como a los valores sociales de un momento histórico que le es ajeno.

A partir del fragmentado relato que su madre le hace sobre su historia —“mi mamá es una de esas conversadoras que se salen del camino principal, se pierden en la espesura y luego vuelven a la vereda como si no hubiera pasado nada”—, Camilo concluye que “la política [funciona] como un subterfugio para quererse”. Cuando eran jóvenes, le cuenta, su amistad con Carnero y Raquel, quien fue la primera novia de éste, estuvo mediada por manifestaciones públicas y canciones latinoamericanas de protesta. En ese entonces, Miguel Carnero, un hombre “muy guapo, que tenía un aire un poco femenino y a la vez algo magnético”, estudiaba en la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Con este dato, Saldaña París integra en su novela una reflexión sutil, aunque potente, sobre las formas de habitar la ciudad. A través de este personaje, la voz narradora cuestiona qué es una vivienda, quién la hace y para qué clase de familias, pues según él, el poder, ya sea gubernamental o económico, es el que la produce y, por ende, el que constriñe las posibilidades de vida de sus habitantes, controlando sus movimientos, sus preferencias y su desarrollo.

Al igual que otros personajes del autor, Camilo revisa la política contestataria del pasado como quien lee una entrada de Wikiped-

dia sobre algún suceso histórico lejano y curioso, de modo que no puede compenetrarse con las causas por las que luchaba su madre. La distancia temporal entre Camilo y Carnero establece también diferencias en cómo se concibe el espacio urbano. Mientras el narrador vive en una ciudad asolada por la pandemia, la cual le permite apenas caminatas cortas —acompañadas por capturas de pantalla de Google Maps—, Miguel Carnero experimentó el momento en el que la capital mexicana crecía a fuerza de proyectos de vivienda e ideales políticos estimulados por el Estado. En el contraste entre una ciudad desierta y uno de los periodos de mayor desarrollo arquitectónico, Camilo comienza a reconstruir la figura de la sombra de quien tal vez fue su verdadero padre a través de velados testimonios de su exesposa, de escritos de Carnero que Camilo consigue en hemerotecas y de visitas a quienes fueron los vecinos del arquitecto.

Así, descubre que para Carnero las construcciones debían responder a la vitalidad y la belleza de la capital y sus habitantes; belleza que experimentó cuando, de niño, fue testigo de la última nevada en la Ciudad de México, ocurrida en 1967 y la cual es un punto de partida para una de las imágenes más conmovedoras de *Los nombres de mi padre*. Después de investigar todo lo que pudo sobre Mario Pani —arquitecto responsable de Tlatelolco—, de visitar sus conjuntos habitacionales y de analizarlos con rigor, Carnero “empieza a publicar sus primeros ensayos: panfletos contra la ciudad moderna, tratados neoluditas, exhortaciones a cortarle la cabeza a Pani”.

Al joven Miguel, Tlatelolco y Satélite, los grandes desarrollos que pondrían a disposición de todas las clases espacios públicos dignos y vivienda asequible, le parecen sitios macabros que condenan a una “medianía suburbana, aspiracional y conformista”; o bien, que funcionan de escenario para masacrar estudiantes. Entonces, utiliza la retórica del movimiento estudiantil para temas de su interés: “Le parece evidente que cualquier mo-

vimiento revolucionario que quiera modificar sustancialmente el mundo debe empezar por transformar los espacios públicos y ampliar las posibilidades de la vida en común”.

Este loable compromiso provoca que se vuelva una figura ausente en las vidas de la madre de Camilo, de Raquel y de su hija Ángela, concebida en su noviazgo con Leslie, una estadounidense. De manera semejante a la madre de *El nervio principal*, Carnero desaparece constantemente de la casa donde vive con su familia. En las asambleas estudiantiles, Miguel conoce a Víctor, el papá de Camilo, y a otros estudiantes más radicalizados: “No tienen un programa, ni una organización, ni objetivos, pero conforman una especie de comité espontáneo, una secta de *carneristas*”. El arquitecto los convence de considerar a Mario Pani como un enemigo de la causa y aspira a que demuelan con explosivos las obras del célebre urbanista.

Una vez finalizada la carrera, Carnero trabaja en Austroplan, cuyo jefe es Karl Emil Franz Fiebinger. La motivación del joven para trabajar en el despacho del austriaco no es más que la de tenerlo cerca, aprender sus rutinas y poder asesinarlo, pues cuando estudiaba la obra de Pani, descubrió que Fiebinger llevó a cabo la construcción de Satélite y que, además, era un “criminal de guerra, responsable de la muerte de decenas de miles de judíos en los túneles secretos del Tercer Reich”.

Fiebinger, por cierto, sí existió: utilizando acompañamientos visuales que consisten en fotografías que retratan al genocida, así como fotocopias de documentos provenientes de departamentos de guerra, Saldaña París construye un personaje históricamente verificable. Fiebinger, de este modo, es una estrategia narrativa, pues le sirve para reforzar el argumento que espetaba Carnero en las asambleas estudiantiles: en la ciudad moderna subyacen siniestros intereses que se anteponen a la pretendida utopía urbana. Es posible afirmar, pues, que Saldaña París refina la narración tradicional al llevar al lector



Las Torres de Ciudad Satélite, 2012.
Wikimedia Commons © 4.0.

a esa frontera ambigua entre la realidad y la ficción.

Una vez que las circunstancias lo permiten, Camilo decide ir a Nueva York para entrevistar a Ángela Carnero, la única que puede darle más pistas. Aprende, por ejemplo, que el temperamento irascible de su padre no le ayudaba a sostener su vida laboral, y que se fue “distanciando de todos” obcecado, supone Camilo, “con sus proyectos de demolición y secuestro”, hasta que desaparece definitivamente del mapa y nadie lo vuelve a ver.

El personaje-narrador descubre que Ángela siguió los pasos de Carnero: por motivo de sus actividades anarquistas, vive en la semilegalidad, lo cual lo lleva a experimentar de nuevo las distancias políticas entre él y los ideales que han defendido sus posibles familiares: “Aunque coincidido con muchas de las posturas políticas de Ángela, y de todo un movimiento de personas como ella, siempre siento que me tratan como imbécil”. No obstante, Ángela le revela que Carnero no conseguía habitar la unidad doméstica de la familia porque su cuerpo y sus afectos no sólo aspiraban a liberarse de la ciudad moderna, de su retícula simétrica y sus constructores nazis, sino que también deseaba escaparse de las expectativas sociales.

A pesar de formar parte de una época cuyo compromiso político desafiaba las estructuras dominantes, la idea de construir un patrimonio para una familia conformada por un padre, una madre y los hijos continúa moldeando los destinos de los amigos de Car-

nero. La vida que perseguía Carnero resulta sorprendente por lo aparentemente banal, un gesto típico de Saldaña París: los climas recaen en los ocultamientos. Por ejemplo, los personajes de *El baile y el incendio* lo único que necesitan es confesarse el amor que sienten los unos por los otros; sin embargo, al trío de voces lo asedia la destrucción climática. En cambio, la familia que Carnero quisiera tener en realidad resulta demasiado incómoda para el tiempo en el que vive. En las novelas de Saldaña París, entonces, las situaciones de los personajes no se resuelven con la facilidad de la catarsis.

De este modo, con *Los nombres de mi padre*, el autor consolida su voz como narrador y demuestra que la investigación no es ajena a la creación literaria. A pesar de ello, los tecnicismos referentes a la arquitectura —como “brutalismo”— y las alusiones clásicas y un tanto obvias —como la de Mario Pani— son los únicos recursos con los que el autor construye el tema arquitectónico de su novela. En la obra, no obstante, aparecen otros nombres de la arquitectura moderna y contemporánea mexicana, entre los que destacan Vladimir Kaspé, Juan Sordo Madaleno y Alberto Kalach, cuya referencia habla de las múltiples soluciones que, en su momento, fueron imaginadas para la Ciudad de México y con las que Miguel Carnero discutió. Al lado del dolor y el abandono, el autor reivindica, de igual manera, la ternura; en sus manos, se vuelve una emoción *plenamente* humana; es decir, compleja y no exenta de conflicto. ¶¶

Este sol, una mañana oscurecida

MARIANA DEL VERGEL



Nicté Toxqui, *Sol negro*, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, UNAM, Ciudad de México, 2024.

Siete son los apartados de este poemario: *Circa diem*; Casa/Árbol/Persona; Mudanzas; Centro de la Imagen; Del verbo estar; Melancolía I, y Sol Negro. Durante su lectura, la luz se atenúa; luego, el cielo se oscurece por completo y, después, se vuelve a despejar, como en un eclipse de sol. Se trata de un tránsito poético por los estadios del deseo femenino porque un mundo sin violencia sea posible —que como un astro se oculta parcial o totalmente, según las circunstancias—. La óptica desde donde se mira este eclipse es el cuerpo de la mujer.

Poner el cuerpo al centro del lenguaje es algo que caracteriza la obra de Nicté Toxqui. De ahí nacen —me atrevo a decirlo— las preguntas fundamentales de su escritura. Pienso en algunos versos de *Melamina*, su primer poemario, el cual la hizo acreedora del Premio Dolores Castro de Poesía (2015):

Cualquier poema que beba del poema está
adulterado

[...]

el cálculo renal es un niño de azúcar un
extranjero

su patria está herida

la melanina carcomió el poema
la melanina es un país gobernado
por una vaca

la adulteración es un estado físico
y mental

la melanina es el verso final del poema muge
es provocativo es una provocación que

trastorna metáforas

El poema está adulterado

Cualquier verso está adulterado¹

En ese libro, como toda primera publicación que tiene algo de raíz y de promesa, Nicté recurre a motivos literarios que también están presentes en *Sol negro*: la herencia familiar y la ancestralidad; además, en este último se pregunta cómo las mujeres a su alrededor viven y se expresan; su relación con sus cuerpos y su manera de enunciar sus experiencias (de enfermedad, de abuso, de complicidades). La poeta dice: “las que han pasado por esto/ saben a lo que me refiero:/ ser un cuerpo abierto/ a la espera del lenguaje”.²

Esos versos evocativos tienden la mano a lo común, en el sentido en que Silvia Federici lo entiende: las relaciones en las que cada mujer, en compañía de otras, se autodetermina. Se refiere, entonces, a una forma de concebir y entretejer lo uno en lo *comunitario*, como lo concibe Brenda Navarro: “Ayer Lucrecia, después Marina, después Marcela, después todas y cada una de nosotras y nuestras hijas y sus hijas y sus primas y sus amigas y las amigas de las amigas”.³ La(s) Lucrecia(s). No las del relato de los tarquinos de los livios ni de los shakespeares, cuyas historias son de la “víctima ejemplar”, sino aquellas que exponen sus narraciones por sí mismas, en las que, ante todo, claman justicia o denuncian la vejación.

A partir de una visita que Nicté Toxqui hace a una exposición artística, se nos invita, en el apartado titulado “Centro de la

1 Nicté Toxqui, *Premio Dolores Castro 2015. Poesía y narrativa escrita por mujeres*, Instituto Municipal Aguascalentense para la Cultura, 2015, p. 43.

2 N. Toxqui, *Sol negro*, p. 67.

3 Brenda Navarro, “Lucrecia y nosotras entre nosotras”, texto integrado como ensayo polifónico en *Lucrecias*, Una Habitación Para Nosotras, CDMX, 2021.

Imagen”, a una sala con luces doradas y marinas. Al interior está Lucrecia, una mujer partida en dos, icónica, occidental, grotesca. De su costado brota un crisantemo. Sujeta la cuerda de una cortina. “Como si estuviera a punto de bajar el telón” e irse de su propio acto. Lucrecia se convierte así en la metáfora de lo que significa proyectarse en una obra de arte; ella interferida “significa el lente/ con el que te miras a ti misma”; verla es “como estar frente a ti misma, paralizada, a través del tiempo”.⁴ El poemario expone la serie de fotografías de Lucrecia, curada bajo una representación arquetípica: “la antigua, la de Roma”, “la del monte de venus”, “[la] antesala, [la] interceptada, la digital”, “[la] irrefutable, la chivito expiatorio”, “ah, la vulgar, la que se mató por la vergüenza”.⁵

Pienso en la imagen de un cuerpo intervenido violentamente, sin consentimiento: es la imagen que sólo aquellas que hemos sido ultrajadas seguimos viendo y de la que nunca hemos hablado: “Nosotras: sustantivas [...] / anidábamos dentro del secreto”, dice la poeta. Está ahí, en silencio deslumbrante. Lo usual es que las mujeres no la reconozcamos, es decir, no aceptamos que hemos sido víctimas de agresión, abuso sexual o violación, porque lo primero que llega, antes de cualquier ayuda, es el juicio. Pero aquí, dentro de la sala marina de Nicté, los poemas nos obligan a recorrer cada rincón hasta hacer brotar el ritmo de esa imagen de mujer agraviada, y atender a sus ecos, a sus repeticiones. Detenerse en el objeto luminoso —ese astro solar que es nuestro deseo de un mundo distinto— por encima del bruñido.

Las Lucrecias representan un tejido, un grito conjunto de dolor ante el abuso sistemático del patriarcado, de la apropiación de sus voces y sus cuerpos. Ellas comparten una experiencia de maltrato que habita en sus cuerpos: “Y esa otra que vino de adentro de ella, / a través de un golpe, a través/ de un

grito”.⁶ Al juntarse, dicen al unísono “ya basta”: “Aquí estamos todas: no hay honor, ni imperio, ni patriarcado, ni sistema que nos rompa del todo”.⁷

Cuando intentamos nombrar un suceso traumático, acudimos al gran cajón de la memoria. Desde ahí, la palabra se vuelve una herramienta que acentúa escenas olvidadas, balbucea pronombres, rodean el “¡No!” que se quedó atorado entre los dientes. La poesía, lo vemos en *Sol negro*, nos permite interferir en la realidad, mirar otras maneras en las que pudieron articularse los hechos —sus pruebas, sus versiones.

Así, se abren las puertas a otras posibilidades, a testimonios o declaratorias íntimas que no persiguen —únicamente— regímenes de la verdad. Se trata, en este poemario, de una expresión de la “reparación del daño”: una apuesta y una postura desde el lenguaje. Pienso en un fragmento de *Comparecencia (in) voluntaria* de Marisol García Walls que enhebra una experiencia autobiográfica de violencia sexual:

Con la escritura, creo que el cuerpo vuelve a hacerse presente y se convierte en una forma de evitar el imán de la muerte [...]. Yo no pedí contar esta historia, pero ella se escribió en mí. El trauma es del tiempo de la palabra: las cosas que nos pasan se escriben en nuestra memoria como si fuera un sello sobre un bloque de cera. El acontecimiento es del tiempo de la imagen: las cosas que nos pasan se nos revelan como el dibujo del ángel de la historia, de espaldas al futuro, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta llegar al cielo.⁸

4 N. Toxqui, *op. cit.*, 2024, p. 67.

5 *Ibid.*, p. 47.

6 *Ibid.*, p. 18.

7 Alejandra Arévalo *et al.*, *Lucrecias, Una Habitación Para Nosotras*, CDMX, 2021, p. 112.

8 Marisol García Walls, *Comparecencia (in) voluntaria*, Ediciones La Palma, 2023, p. 147.

La poesía permite abordar los traumas y los sucesos desde la contemplación y la sensibilidad, como un intento de reescritura de lo vivido: “todo es un ensayo porque/ la fuerza poética no es/ la captura de la imagen/ sino el intento”. Pero el ensayo no hace que las cosas sean imprecisas (eso que llaman déficit del lenguaje aquí es cuerpo traspapelado). Se trata de hacer que las palabras se transporten, es decir que se vuelvan metáfora; que se muevan a un lugar distinto de donde estaba ese sol eclipsado en una mañana oscurecida. Metáfora: del griego *metaphōra*: traslado. Metáfora: mirar fijamente el deseo sexual propio que se oculta progresivamente. Metáfora: la habilidad para hacerle contrapeso al mundo ante las fuerzas hostiles y opresivas que lo atraviesan. Metáfora: decidir qué hacer con el cuerpo, con la vida y la muerte propias.

Nicté construye esta figura literaria con las palabras atoradas en la garganta, el balbuceo de una afirmación, las preguntas que intentan articularse y, también, con las frases que se repiten, se interrumpen, se debilitan y se suspenden:

porque me sobraba el cuerpo / El ardor es
una ruta
de tiricia, incomprensible / ¿por qué
estás llena de melancolía / pensaron en voz
alta
mis compañeras del trabajo / Estar llena
pienso, de memoria, solamente / porque me
arrastro
hacia las palabras / La verdad lleva dos ecos
en su sombra⁹

En el poemario, la melancolía es un estado que opera en los límites de aquello que se fractura y se pierde. Toma forma de lo que ya no está, pero no se sabe si ha dejado de estarlo del todo: se trata de una frontera afectiva. Por eso la melancolía, como dice Julia Kris-

teva, es una crisis de significado, pues suspende la articulación de cualquier idea: “naufgando en la nada de la asimbolía o en la demasia de un caos de ideas imposible de ordenar”.¹⁰ Nicté comparte con la filósofa un hallazgo: “en tiempo de crisis, la melancolía se impone, [...] construye su arqueología, produce sus representaciones y su saber”.¹¹

Maleza, flores pensamiento, violas, prímulas, gallinas, tordos, gladiolas y gayombas erigen la arqueología de Nicté, autora de *Orizaba* que, al haber crecido en las Altas Montañas, recurre a la voz y a las sensibilidades de las plantas y los animales de ese lugar. Con estos elementos la poeta edifica nuevas rutas para sus recuerdos. Construye su propia versión de los hechos. Hacia el último apartado del libro, “Sol Negro”, la autora vuelve al jardín de su infancia, se acuesta sobre el aroma de las flores para reconocerse:

Ahora puedo oler la humedad con todo
y sus cadáveres, las flores con todo
y mi cuerpo al filo
de su nueva y propia
voluntad.¹²

Esta es su forma de ensayar la imagen del trauma, del acontecimiento: tomarse una fotografía junto al naranjo, en la casa materna, como “queriendo encontrar el rastro de alguien que ya no/ se refleja en el mismo espejo”; poner la hoja de tlanepa contra el sol, para tomar distancia, para mirar “cuántos principios para estar viva”.¹³ ¶

10 Julia Kristeva, *Sol negro. Depresión y melancolía*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1991, p. 33.

11 *Ibid.*, p. 13.

12 N. Toxqui, *op. cit.*, 2024, p. 75.

13 *Ibid.*, pp. 11 y 74.

9 N. Toxqui, *op. cit.*, 2024, p. 38.

“Oración por Marilyn Monroe”: Ernesto Cardenal y la exterioridad del misticismo

MOISÉS ELÍAS FUENTES



Ernesto Cardenal,
*Oración por Marilyn
Monroe*, Ediciones La
Tertulia, Medellín, 1965.

La vida de Ernesto Cardenal (Granada, 1925-Managua, 2020) estuvo signada por las vocaciones literaria y religiosa. Desde muy joven se dedicó a la literatura e integró, junto con Ernesto Mejía Sánchez y Carlos Martínez Rivas, una generación (la del 40), tutelada por la de la Vanguardia; quizá gracias a ello es que estos tres poetas encontraron temprano sus voces, distinguibles y autónomas.

Pero, si bien tomó de inmediato la vocación literaria, no fue así con los hábitos, pues experimentó titubeos y reticencias que lo llevaron del monasterio trapense dirigido por Thomas Merton, en Kentucky, al seminario de Cuernavaca, México, y de ahí al Seminario para Vocaciones Tardías de Cristo Sacerdote, en Antioquía, Colombia. Este periplo, tras el que se ordenó sacerdote a los cuarenta años, resultó decisivo, toda vez que le permitió decantarse por la teología de la liberación y la defensa de los desfavorecidos, formas de entender y practicar el cristianismo a las que se mantuvo fiel hasta su muerte.

El 4 de agosto de 1962, día en que apareció muerta Marilyn Monroe (presuntamente por suicidio), el poeta cursaba estudios sacer-

dotales en el Seminario de Cristo Sacerdote.¹ Fue durante su estancia en dicho seminario que publicó *Salmos* (1964), poemario definitorio en la confirmación de su fe cristiana; ahí supo de la muerte de la actriz estadounidense y se planteó la escritura de *Oración por Marilyn Monroe y otros poemas* (1965),² título axial en su obra creativa, toda vez que representa la cifra y suma de la evolución del discurso poético del autor nicaragüense. De hecho, los primeros versos de “Oración por Marilyn Monroe” parecen surgidos de *Salmos*:

Señor
recibe a esta muchacha conocida en
toda la tierra con el nombre de
Marilyn Monroe
aunque ése no era su verdadero nombre
(pero Tú conoces su verdadero
nombre, el de la huerfanita violada
a los 9 años
y la empleadita de tienda que a los 16 se
había querido matar)³

Esta primera estrofa concluye con un verso que indica que la joven actriz se encuentra con Dios “sola, como un astronauta frente a la noche espacial”. Autor atento a los avances científicos y tecnológicos (presentes a lo largo de su obra poética y ensayística), Cardenal usa al astronauta como metáfora para aludir a la inocencia que necesitamos recuperar para encontrarnos con lo desconocido, trátase de Dios o del universo.

Devenida sexualidad en bruto, antes de ser un artificio de la industria fílmica, Marilyn Monroe fue una creación divina, un ser humano en quien el poeta atisba la presencia de Dios, que recupera a su hija, la redime

- 1 Ernesto Cardenal, *Las ínsulas extrañas. Memorias II*, FCE, Ciudad de México, 2003. En este volumen de memorias el poeta dejó un inteligente y ágil testimonio de sus días en el susodicho seminario.
- 2 El presente texto se centra en el poema “Oración por Marilyn Monroe”.
- 3 Ernesto Cardenal, *Nueva antología poética, Siglo XXI Editores*, Ciudad de México, 2006. Las citas del poema proceden de este volumen.



Marilyn Monroe en la publicidad para la película *Niagara*, 1953. Fotografía de Eugene Kornman. Wikimedia Commons ©.

y, al hacerlo, nos redime a nosotros, partícipes involuntarios de la tragedia individual de la actriz:

Pero el templo no son los estudios de la
20th Century-Fox.
El templo —de mármol y oro— es el
templo de su cuerpo
en el que está el Hijo del Hombre con
un látigo en la mano
expulsando a los mercaderes de la 20th
Century-Fox
que hicieron de Tu casa de oración una
cueva de ladrones.

Así como el aspirante a sacerdote hace una introspección en los poemas de *Gethsemani, Ky* (1960), en “Oración por Marilyn Monroe” el poeta invita a la mujer a dar el paso al reencuentro consigo misma. No una introspección hecha de enigmas y supuestos, sino sensible, cotidiana, exteriorista, como denominaron Cardenal y su maestro y amigo José Coronel Urtecho a la poesía que ambos

concibieron y desarrollaron (colaboración que tuvo uno de sus momentos más altos en las traducciones que reunieron en la *Antología de la poesía norteamericana*).⁴

Ahora bien, esta poesía, que da relevancia a lo exterior, a la realidad diaria, a las cosas y los hechos palpables, es en la que se apoya Cardenal para acceder a los mundos interiores tanto de la colectividad como del individuo; es a través de la voz exteriorista que advierte la falsía de la sociedad contemporánea, a la que acusa de ser indiferente a las inequidades sobrevenidas por las ambiciones mezquinas y las cobardías de otros: “Señor/ en este mundo contaminado de pecados y radioactividad/ Tú no culparás tan sólo a una empleadita de tienda”. En tres versos, Cardenal devuelve a Marilyn Monroe a su naturaleza humana frágil, que no débil.⁵ Es la mujer que lucha por sobrevivir a las heridas de sus emociones y sentimientos y que se reinventa en un mundo que no comprende el dolor, sino que lo acalla: “Ella tenía hambre de amor y le ofrecimos tranquilizantes./ Para la tristeza de no ser santos/ se le recomendó el Psicoanálisis”.

Apunté ya que la poesía exteriorista da prioridad a los hechos y las cosas palpables; señalo aquí que esta prioridad no obsta para la presencia de metáforas, alegorías y, sobre todo, para que el poema alcance una gran plasticidad. Crítico de la sociedad capitalista y su obsesión por el consumo y el artificio, Cardenal fue un maestro en el tejido de imágenes poéticas agudas en cuanto a su crítica social, bellas en cuanto a su agilidad rítmica. Con imágenes de este corte, el poeta nos lle-

4 *Antología de la poesía norteamericana*, Siglo XXI Editores, Ciudad de México, 2016 (trad. José Coronel Urtecho y Ernesto Cardenal). La primera edición fue publicada por Editorial Aguilar en 1963. Para la versión de Siglo XXI Editores, Cardenal agregó nuevos poetas y poemas que había recopilado con Coronel Urtecho, posteriores a 1963.

5 La fragilidad humana fue tema recurrente en la poesía de Cardenal. En *Hora O* (1957), para describir la fragilidad del héroe nacional nicaragüense, Augusto Sandino, escribió: “En la luz su rostro se le rejuvenecía,/ y en la sombra se le llenaba de cansancio”.

va a experimentar el mundo irreal que atrapa a la “empleadita de tienda”:

Sus romances fueron un beso con los
ojos cerrados
que cuando se abren los ojos
se descubre que fue bajo reflectores
y apagan los reflectores! [...]

Irrealidad que desorienta, porque su aparente cercanía hace creer que es accesible, apariencia que Cardenal dibuja con precisión dolorosa: “O como un viaje en yate, un beso en Singapur, un baile en Río,/ la recepción en la mansión del Duque y la Duquesa de Windsor/ vistos en la salita del apartamento miserable”.

“Oración por Marilyn Monroe” es una oración en el sentido religioso; sin embargo, no es la plegaria por la salvación del alma de la actriz, sino por la de la mujer en su interior, que se quebró, pero no se dobló, aun cuando todo estaba perdido, según se advierte en estos versos que remiten a dos poemas *noir* del escritor (“Llamadas” y “Murder Inc”): “O

como alguien que herido por los gánsters/ alarga la mano a un teléfono desconectado”.

Después del recorrido por su evolución poética, el poeta Cardenal cierra la oración con una emotiva petición, particular y a la vez polifónica, porque la solitaria muerte de Marilyn Monroe fue y es, de algún modo, la muerte de quienes vimos tardíamente que con la actriz no murió el mito, sino una mujer hondamente viva. Cerrojazo maestro para uno de los poemas más hermosos de la literatura en lengua española del siglo XX:

Señor
quienquiera que haya sido el que ella
iba a llamar
y no llamó (y tal vez no era nadie
o era Alguien cuyo número no está en
el Directorio de Los Ángeles),
contesta Tú el teléfono! ♫



En una postal,
ca. 1940. Fotografía
de Teichnor Bros.,
Boston. Wikimedia
Commons ©.



CARLOS ALFONSO

(Popayán, 1986) su práctica conjuga la pintura, escultura, escritura y cocina; le interesa enfatizar la construcción en colectivo. Estudió Diseño Industrial en la Uniandes y la maestría en Artes en la LUCA School of Arts. Su obra forma parte de la exposición *La luz, el fuego y la ceniza*.

PEDRO ÁLVAREZ
ICAZA LONGORIA

es especialista en política y gestión ambiental, con amplia experiencia en gobernanza territorial. Desempeñó cargos directivos en Corena y Conabio y ha formado parte de comités dedicados a la conservación de la naturaleza. Actualmente es titular de la CONANP.

AGUSTÍN B. ÁVILA
CASANUEVA

es coordinador de la Unidad de Divulgación del Centro de Ciencias Genómicas de la UNAM. Como miembro de Ciencia Beat, ganó el Premio Nacional de Periodismo 2018. Ha colaborado en *Chilango*, *Nexos*, *Gatopardo* y *Este País*. Es editor de *De cero a ciencia* y *Entrevistando a la ciencia morelense*.



HUMBERTO BASILIO

(México, 1997) egresado de la Universidad de Nueva York, es periodista de ciencia, salud y medioambiente. Ha sido publicado en *The New York Times*, *National Geographic*, *Science*, *Nature*, *Scientific American* y *Atmos*, entre otros. Foto: Kevin Vásquez.

HUGO CASANOVA
CARDIEL

es doctor *cum laude* en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad de Barcelona e investigador del IISUE de la UNAM. Actualmente encabeza la Coordinación de Reforma Institucional y Prospectiva Universitaria de la UNAM. Foto: Benjamín Chaires.



RODRIGO CÍRIGO

(Ciudad de México, 1992) es internacionalista por El Colegio de México y doctor en Sociología por la London School of Economics and Political Science. Autor del poemario *Cerdo feliz entre los cerdos*, ha sido becario de la FLM y del Programa Jóvenes Creadores. Foto: Ana Blumenkron.



NORA DE LA CRUZ

(Estado de México, 1983) es doctora en Teoría Literaria por la UAM-Iztapalapa. Gestiona el canal de BookTube Interior 403, orientado a la literatura contemporánea. Su novela más reciente es *Duerme, cicatriz* (Tusquets, 2025).

YVONNE DÁVALOS
DUNNIG

es tallerista en narrativa y sostenibilidad y diseña procesos colaborativos de aprendizaje e inclusión social. Maestra en Educación Inclusiva e Intercultural, coordina el Climatón UNAM desde el 2020 y es la coordinadora de vinculación de la RUM.

MOISÉS ELÍAS
FUENTES

(Managua, 1972) es poeta, ensayista y profesor. Naturalizado mexicano en 2008, estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Publica crítica literaria y de cine en el periódico nicaragüense *El Nuevo Diario* y en la revista virtual *Carátula*, que dirige el escritor Sergio Ramírez.

GABRIEL E.
GARCÍA PEÑA

maestro en Ciencias Ambientales y doctor en Biología, investiga en el C3 de la UNAM la evolución de la biodiversidad para entender la dinámica entre el ambiente, los ecosistemas, la salud, la sostenibilidad y los impactos del cambio climático.



JESÚS GARDEA

(Chihuahua, 1939-2000) escribió *Canciones para una sola cuerda*, *El sol que estás mirando*, *Los viernes de Lautaro* y *Septiembre y los otros días*, que le valió el Premio Xavier Villaurrutia (1980), entre otras obras. En 2022 Sexto Piso publicó sus *Cuentos completos*.



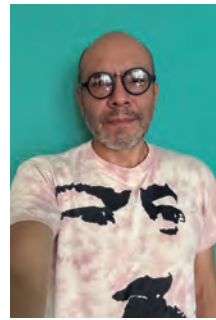
SOFÍA GARNICA ESTEVA

es antropóloga y lingüista de formación por la UNAM y consultora política. Ha publicado ensayos y poesía en *Nexos*, *Casa País*, *Revista Presente* y *Conspiratio*, de donde forma parte del consejo editorial.



RODRIGO GORDO

es doctor en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto Mora. Sus investigaciones se enfocan en la historia económica, fiscal y monetaria del periodo colonial y de las primeras décadas del siglo XIX. Actualmente hace un posdoctorado en la Facultad de Economía de la UNAM.



YURI HERRERA

(Actopan, 1970) es escritor y editor. Sus libros más recientes son *El incendio de la mina El Bordo*, la colección de cuentos de ciencia ficción *Diez planetas* y la novela *La estación del pantano*. Da clases de literatura hispanoamericana en la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans.



EVA HORN

es profesora de Literatura Alemana Moderna en la Universidad de Viena. Su trabajo se centra en la literatura, el arte y las cuestiones medioambientales. Es coautora de *The Anthropocene*. Foto: Barbara Mair.



ISABELLA JIMÉNEZ ROBLES

(Zapopan, 2001) es licenciada en Periodismo y Comunicación Pública por el ITESO. Su trabajo se enfoca en la investigación social y el diseño de narrativas, medios y experiencias para proyectos culturales y de divulgación ambiental. Ha colaborado con distintas publicaciones.



RAFAEL LEMUS

(Ciudad de México, 1977) es escritor y autor del volumen de cuentos *Informe* (2008), del panfleto *Contra la vida activa* (2008) y del ensayo *Breve historia de nuestro neoliberalismo: poder y cultura en México* (2021), así como del libro *Atlas de (otro) México* (2022). Vive en Fresno, California.



CHRISTIAN MENDOZA

Realiza un doctorado en Literatura Hispánica en El Colegio de México. Sus intereses se centran en la literatura mexicana del siglo XIX y las representaciones literarias de la violencia.



ALEJANDRA MANJARREZ

(Ciudad de México, 1986) estudió biología en la UNAM y es doctora en Ciencias por la Escuela Politécnica Federal de Zúrich. Es escritora de ciencia y aprendiz de muchas cosas. Su trabajo ha sido publicado en *The Scientist*, *The Atlantic* y *Este País*, entre otros medios.



MARIANA MASTACHE MALDONADO

es bióloga y fue miembro de la cuarta generación de la UIP. Investiga sobre neurociencias, ambiente, biomedicina y epigenética. En 2024 ganó el Premio Nacional de Periodismo en Salud y el primer lugar en ensayo del concurso Leamos la Ciencia para Todos del FCE.



PABLO MOLINET

(1975) es autor de *Noticia fidedigna del asalto a Santa Rita*, *Cautiverio y Poemas del jardín y del baldío*, que le valió el Premio Nacional de Poesía Ramón López Velarde. Ha colaborado con *Casa del Tiempo*, *Tierra Adentro*, *Pliego 16* y pertenece a la comunidad de la FLM.



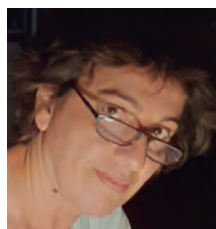
LEO MORENO

(CDMX, 1985) es un historietista egresado de la UAM-X y del PAD-UNAM con una estancia en Buenos Aires. Con su esposa Mariana Salina, fundó el estudio de diseño editorial Mediasombra. Juntos han obtenido varios premios de historieta. Foto: Mariana Salina.



LEONARDO PADURA

(La Habana, 1955) es guionista, periodista, crítico y autor de la reconocida serie de novelas policíacas del detective Mario Conde, así como de la novela *El hombre que amaba a los perros* (2009). Fue reconocido con el Premio Nacional de Literatura de Cuba en 2012. Foto: Philippe Matsas.



AMELIA DE PAZ

es doctora en Filología, enseña literatura en un barrio obrero y en la Universidad Complutense de Madrid. Ha editado la poesía de Juan José Domenchina y a Góngora ha dedicado trabajos en los que cuestiona diversos lugares comunes del gongorismo (*Una idea de Góngora*, 2025).



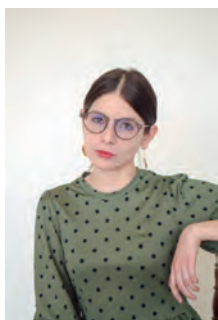
GIANCARLO POMA

(Lima, 1985) es maestro en Creación Literaria por la Universidad Pompeu Fabra y autor de *Sonata para kamikazes*, obra con la que ganó el XIII Premio de Novela Corta Julio Ramón Ribeyro. En el 2023 participó del número especial de Granta dedicado a la literatura peruana contemporánea.



CÉSAR RODRÍGUEZ

(Tepic, 1983) es un fotógrafo cuyo lente se enfoca en la migración, los derechos humanos y el cambio climático. Su proyecto *México, un clima cambiante* es uno de los ganadores de Proyectos a largo plazo (Norteamérica y Centroamérica), 2026, de la World Press Photo. Foto: Musuk Nolte.



ANIELA RODRÍGUEZ

(Chihuahua, 1992) es autora de *El problema de los tres cuerpos*; ha sido reconocida con el Premio Chihuahua de Literatura, el Nacional de Cuento Joven Comala y el Internacional de Literatura Aura Estrada y fue incluida en los Mejores Narradores Jóvenes en Español (Granta, 2021). Foto: Gala Phenia.



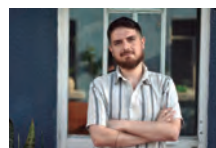
ISRAEL RODRÍGUEZ NAVARRO

(Guadalajara, 1998) es fotógrafo y artista visual. Su práctica documental investiga la memoria, la migración forzada, el medio ambiente, el territorio y los imaginarios sociales desde metodologías etnográficas. Ha expuesto su trabajo en México, Uruguay, Brasil, España y Serbia.



RODRIGO SALIDO MOULINIÉ

escribe, fotografía y es candidato a doctor en Historia por la Universidad de Texas en Austin. Su libro *El pasado que me espera: bosquejo de etnografía cinemática* explora la política de la representación etnográfica en el culto a la Santa Muerte. Foto: César Camacho.



DANTE SAUCEDO

(Ciudad de México, 1990) estudió filosofía en la UNAM. *Ruidazal*, su primer libro, será publicado próximamente por la Editorial Iridiscencias.



CHRISTINA SOTO
VAN DER PLAS

(México, 1989) es cronista, académica, psicoanalista y profesora de literatura en la Universidad de Utrecht. Su libro *Curaçao: costa de cemento, pueblo de prisión* fue ganador del Premio Nacional de Crónica Joven Ricardo Garibay 2019. Coeditó *The Marx Through Lacan Vocabulary*.



JULIA TAGÜENA
PARGA

es investigadora emérita del Instituto de Energías Renovables, de la UNAM, y del SNIIL. Es la coordinadora de comunicación del Centro de Ciencias de la Complejidad, de la UNAM, y es Premio Nacional de Divulgación de la Ciencia Alejandra Jaidar 2020.



DRUSILA TORRES
ZÚÑIGA

(Ciudad de México, 1987) es escritora y docente. Estudió Letras Hispánicas en la FFyL. Es autora del poemario *De donde brota el loto* (2020) y de la novela *La bondad* (2023). Actualmente es profesora de humanidades en la Universidad Nacional Rosario Castellanos.



ADRIANA VALLARINO
MONCADA

es divulgadora de la ciencia, médica veterinaria por la UNAM y doctora en Ciencias por la U. de Glasgow; se especializa en conducta y fisiología de aves marinas. Actualmente coordina un proyecto sobre la ecología alimenticia de aves marinas en el Caribe.



MARIANA DEL
VERGEL

escribe ensayo y poesía; compiló *Discéntricas. Muestra de poesía joven mexicana de mujeres* (Ediciones La Rana, 2021). Ha sido becaria del PECDA, de la FLM y del Programa de Jóvenes Creadores. Imparte talleres de ensayo en Archipiélago. Talleres de literatura. Foto: Han eMe.

6.ª edición
CLIMATÓN
UNAM

¡Únete!

JÓVENES en ACCIÓN
ante la
CRISIS CLIMÁTICA

La CONVOCATORIA
ABRE el
26
de MAYO
www.climaton.unam.mx

MECIPIEMA, COUS, BSAO, CAMBIO UNAM, DGCUNAM, UNAM, UNICEF

RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR

María Soledad Funes Argüello

Miguel Armando López Leyva

Julia Santibáñez

Julia Carabias Lillo

Alejandro Cruz Atienza

Tatiana Cuevas

Jacobo Dayán

Cinthya García Leyva

Nashieli Ramírez Hernández

COMITÉ EDITORIAL

Yásnaya Elena A. Gil

Hernán Bravo Varela

José Luis Díaz

Eugenio Fernández Vázquez

Julieta Fierro &

Vivette García Deister

Thelma Gómez Durán

Verónica González Laporte

Pura López Colomé

Rosario Manzanos

Mariana Ozuna Castañeda

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Mary Frances T. Rodríguez Van Gort

Ignacio Sánchez Prado

Julio Villanueva Chang

Consulta nuestro aviso de privacidad en

<https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Suscripciones: 55 5550-5801 ext. 124

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Revista de la Universidad de México, año 9, número 933, junio de 2026, es una publicación mensual numerada editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, Av. Insurgentes Sur 3000, Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04510, a través de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, con domicilio en Av. Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México. Teléfonos: 55-5550-5792 y 55-5550-5794, correo electrónico editorial@revistadelauniversidad.mx. Editora responsable: Sandra Barba García. Reserva de derechos al uso exclusivo del título número 04-2017-122017295600-102, ISSN: 0185-1330, ambos emitidos por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Certificado de Licitud de Título y Contenido: 17669. Permiso SEPOMEX IM09-01025. Impresa en Fotolitográfica Argo, S.A. de C.V., Bolívar 838, Col. Postal, C.P. 03410, Benito Juárez, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en mayo de 2026, con un tiraje de 4 000 ejemplares, impresión tipo Prensa Plana, con papel bond de 105 g y papel couché de 100 g para los interiores y cartulina couché de 250 g para los forros.

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la Institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Revista de la Universidad de México no cobra aportaciones a sus autores para publicarse.

Distribuida por: Dirección de la Revista de la Universidad de México, Río Magdalena 100, La Otra Banda, C.P. 01090, Álvaro Obregón, Ciudad de México.

Jorge Comensal

DIRECTOR

Sandra Barba

COORDINADORA EDITORIAL

Julieta García González

COORDINADORA AUDIOVISUAL Y DE MEDIOS

Claudina Domingo

JEFA DE REDACCIÓN

Laura Ímaz Álvarez Icaza

EDICIÓN E INVESTIGACIÓN

María Fernanda Marín

EDITORA DE ARTE

Rafael Olvera Albavera

DISEÑO EDITORIAL

Yvonne Dávalos

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yazmín R. Romero Velasco

UNIDAD ADMINISTRATIVA

Blanca Estela Díaz

DERECHOS DE AUTOR

América Sánchez

COMERCIALIZACIÓN

Elizabeth Zúñiga Sandoval

ASISTENCIA EDITORIAL

Javier Narvárez

DISTRIBUCIÓN Y FOTOGRAFÍA

Fabian Jendle

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Maricris Herrera

Israel Hernández

(Estudio Herrera)

DISEÑO ORIGINAL

En la composición de los textos se utilizaron las familias tipográficas Chronicle Text e IBM Plex Mono.